

Julio - Agosto de 1963

COMUNIDAD IBERICA

5

COMUNIDAD IBERICA

**CARACTERES GENERALES DE LA ERA ATOMICA:
UNA REVOLUCION REGIDA POR LA CIENCIA
Y LA TECNICA**

Diego Abad de Santillán

SOBRE EL NACIMIENTO DEL DIABLO

Ramón Sender

NUESTRA CRISIS DE ADAPTACION

José Peirats

EL HOMBRE ANTE LOS SISTEMAS Y LAS DOCTRINAS

Marín Civera

EN TORNO A LA REVOLUCION CUBANA

Fidel Miró

ROMANTICISMO Y REVOLUCION

J. García Pradas

VEINTICUATRO AÑOS DE MEDITACION

Juan Rueda Ortiz

NUEVOS CAMINOS PARA LA ECONOMIA IBERICA

Carpio Carpio

5
JULIO
AGOSTO
1963

COMUNIDAD IBÉRICA

PUBLICACION BIMESTRAL

Autorizada como correspondencia de segunda clase en la Admón. de Correos N° 1, de México 1, D. F. el 20 de marzo de 1963.

AÑO II - Julio-Agosto, 1963 - Núm. 5

Editor: FIDEL MIRÓ

Director: P. ALFARACHE

Administrador: FRANCISCO ROMERO

Independencia 67-601

Apartado postal 13721

México, D. F.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

AMÉRICA

México un año 24 pesos

Otros países, un año 2 Dól. (USA)

Europa, un año 10 N. F.

PRECIO DEL EJEMPLAR

AMÉRICA

México 4 pesos

Otros países 0.35 Dól. (USA)

Europa 1.70 N. F.

CORRESPONSAL ADMINISTRATIVO EN EUROPA

M. FABRA

22, rue Plumet

París (XV)

C.C.P. 14 270 16 París

DE LOS ARTICULOS PUBLICADOS
SON RESPONSABLES SUS AUTORES

Impreso en los talleres de IMPRESIONES
MODERNAS, S. A. Sevilla 702 (Col. Por-
tales), México 13, D. F.

SECCION DE LIBROS

Recomendamos la lectura de los siguientes
libros, editados por

EDICIONES CNT - MEXICO:

Ramón J. Sender

EL LUGAR DE UN HOMBRE

Novela

PENSAMIENTO DE JUAN PEIRO

Marín Civera

EL SINDICALISMO

(Historia, Filosofía, Economía)

Manuel Muñoz Díez

MARIANET

(Semblanza de un hombre)

Louis Mercier

PRESENCIA DEL ANARCOSINDICA- LISMO

Evert Arvidsson

EL ANARCOSINDICALISMO EN LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

De otras editoriales

Marín Civera

LA INDUSTRIALIZACION DEL ESPIRITU

Víctor García

ESCARCEOS SOBRE CHINA

SUMARIO

	<i>Página</i>
Liga de Mutilados e Inválidos de la Guerra de España en el Exilio	2
La defensa de los presos antifranquistas	3
Caracteres generales de la era atómica: una revolución regida por la ciencia y la técnica (Conclusión), por Diego Abad de Santillán	5
Sobre el nacimiento del diablo, por Ramón Sender	12
Nuestra crisis de adaptación, por José Peirats	16
El hombre ante los sistemas y las doctrinas, por Marín Civera	19
En torno a la revolución cubana, por Fidel Miró	23
Romanticismo y Revolución, por J. García Pradas	28
Veinticuatro años de meditación, por Juan Rueda Ortiz.	32
Examinemos con calma nuestra situación, por Juanel ...	38
Nuevos caminos para la economía ibérica, por Campio Carpio	45
Las condiciones de una política obrera, por S. Parane ...	49
¿Qué es la UNESCO?, por A. Tarragó	52
La automatización, por J. García Durán	57
Comentarios de libros:	
Mesa revuelta de libros sobre la guerra civil española.	60
Una conferencia de Roque Santamaría.....	63

Liga de Mutilados e Inválidos de la Guerra de España en el Exilio

Al cumplirse el veintisieteavo aniversario del comienzo de nuestra guerra, la Liga de Mutilados quiere patentizar una vez más el espíritu antifascista que la anima y su firme decisión de mantenerse constantemente en el terreno de la lucha contra el franquismo, a la que colaboran todos sus afiliados, tanto en el seno de las organizaciones político-sociales donde militan, como esforzándose por asegurar la continuidad de nuestra propia organización, en recuerdo de los que cayeron en los campos de batalla y en atención a la personalidad y a los intereses de quienes quedaron disminuidos físicamente en el curso de la contienda.

En este nuevo aniversario, expresamos nuestra solidaridad incondicional con los compatriotas que prosiguen la lucha clandestina en el interior, nos inclinamos con respeto ante todas las víctimas del franquismo y expresamos públicamente el repudio que nos merecen gobiernos e instituciones que desconociendo sistemáticamente los derechos de nuestro pueblo, prestan ayuda y sostén al régimen español, permitiendo su continuidad y negando, con semejante actitud, los postulados democráticos que pretenden defender.

Al redactar estas líneas, queremos también recordar a todos nuestros compatriotas emigrados la situación en que se desenvuelven nuestros mutilados e inválidos, instándoles para que aporten a nuestra organización el apoyo moral y material que nos es indispensable para cubrir sus más perentorias necesidades. Creemos sinceramente que el olvido de que somos objeto y las privaciones que padecen nuestros ciegos, paralíticos, amputados, etc., viene en detrimento de lo que somos y representamos, en tanto que colectividad emigrada, confiando, por consiguiente, en que estas líneas serán el punto de partida de una solidaridad más constante y efectiva.

La Liga de Mutilados e Inválidos de la Guerra de España en el Exilio expresa en esta ocasión la confianza sin límites que deposita en el porvenir democrático de nuestro pueblo, al que dirige un saludo fraternal en espera de poderse incorporar a su lucha, en el seno de una España liberada de la opresión y de la miseria impuestas por el régimen franquista.

Burdeos, julio de 1963

EL COMITE NACIONAL

Dirección para la correspondencia:

Enrique Guillamon
36, rue Molière
PESSAC (Gironde)
Francia.

Dirección para el envío de giros:

Trapero Alexandre
Chemin des Peyrettes
MACAU (Gironde) Francia
C. C. P. Bordeaux 474-33

La defensa de los presos antifranquistas

Lo que revela la médula de los españoles en esta época sombría de su vida, es la persistencia de su actitud frente a la tiranía. A consecuencia de ello, y a pesar de las repetidas declaraciones de los jerifaltes falangistas para atenuar la eficacia de las protestas internacionales contra el régimen, las cárceles contienen un gran número de hombres que no dimiten su dignidad ni su hombría. Con un pretexto u otro, de los numerosos que el régimen ofrece por su brutal resistencia a terminar cuando sabe que toda España piensa en el momento en que eso ocurrirá, el español de dentro cumple con su destino. En todos los lugares y a veces donde se piensa que no puede ocurrir. Dos ejemplos: la elección de representantes en los colegios de abogados, donde triunfan los que no son candidatos del gobierno, y la actitud clara y decidida de las organizaciones sindicales clandestinas contra la elección de enlaces sindicales —los que se llamaban delegados de taller en la estructura sindical tradicional—, decisión que han aceptado los trabajadores negándose a votar. Esto último ha constituido, especialmente en las regiones del norte del país, una auténtica demostración contraria a la política supuestamente social del franquismo en el poder.

El gobierno acusa el golpe y achaca la actitud de los trabajadores a la intensa propaganda que se ha realizado durante las semanas anteriores a las elecciones. Es una parte de la verdad; otra es que si los obreros no hubieran considerado necesario hacerlo, no se habría producido el hecho. Ya no podrá el gobierno seguir diciendo que los sindicatos actuales constituyen el elemento defensivo y representativo de la clase obrera del país. Como tampoco podía decirlo antes; por ejemplo: durante las huelgas del año pasado, en que la voluntad de los trabajadores impuso un verdadero arrodillamiento del poder dictatorial, estado de conciencia confirmado hoy al negarse a participar en el nombramiento de "sus" representantes a los sindicatos gubernamentales.

Es de suponer que esta actitud ocasionará una política represiva más severa. Los focos de resistencia serán vigilados más estrechamente, con el propósito de impedir el contagio de su actitud a otras regiones más "calmadas"... por ahora. Y hay que temer que, como durante y después de las huelgas del año pasado, nuevos contingentes obreros aumenten el número de presos. Para el régimen imperante en España no hay otra alternativa. O la gente se somete al régimen de silencio, o se la detiene, apalea y encarcela. Y con frecuencia se asesina a los detenidos, como se ha hecho con el joven poeta Manuel Moreno Barranco, a quien los guardianes de la prisión de Jerez de la Frontera (Cádiz) lo arrojaron desde lo alto del edificio al patio de la cárcel.

Moreno Barranco era un hombre de treinta años, escritor, de la nueva generación que rechaza íntimamente lo que domina la vida de la nación. Hizo una visita al extranjero, y al cabo de pocos meses volvió a España. Como es corriente, aun con los que entran y salen con documentación legal, se le detuvo e interrogó. Como la policía local no encontrara motivos para acusarle y mantenerle en prisión, le puso en libertad. Pero pocos días después, dos agentes especiales de la Dirección General de Seguridad llegaron a Jerez —población de larga historia en el movimiento obrero—, le detuvo de nuevo, le "interrogó" cuidadosamente, le internaron en la prisión, y a los nueve días se comunicó a su familia que Manuel había in-

tentado suicidarse arrojándose al patio del establecimiento. La madre acudió presurosa al hospital, donde no le permitieron verle. Murió a las pocas horas, y tampoco autorizaron a la desconsolada mujer para que pudiera ver por última vez a su hijo.

En España no se conoció este crimen monstruoso hasta bastante después. Pero en el extranjero sí se conoció pronto, y no se ha hecho lo que en el caso de Grima, otro hombre asesinado, cuya muerte sirvió de pretexto a una campaña internacional de su partido, en la que intervino el propio Jrushchiov, quien pidió a Franco que no le matara, sabiendo que éste lo haría. El caso de Moreno Barranco está siendo expuesto por los escasos periódicos de la emigración republicana como un ejemplo más de la conducta criminal del fascismo.

Pero al mismo tiempo que esto sucede, y con motivo de la exaltación del nuevo Papa, Franco ha promulgado un decreto de indulto —indulto y no amnistía, como afirman las agencias informativas extranjeras, que no saben diferenciar estos actos— en virtud del cual han salido en libertad algunos prisioneros. Aplica ese decreto con criterio mercantil: una gradación de descuento de los días de prisión según las condenas a que fueron sentenciados. Así mantiene entre rejas a los que consideró en su momento como los más peligrosos enemigos de su régimen.

Hay algo que bulle en nuestra conciencia y lo decimos a riesgo de que algunos se molesten: ¿Qué se está haciendo en defensa de los antifascistas que pueblan las cárceles de España? ¿Cómo se les ayuda? Todos sabemos que lo que necesita el preso, además de la solidaridad moral de los combatientes de su misma causa, es que se trabaje positivamente por su excarcelación. Cruzados de brazos no se hace por ellos lo que merecen, sobre todo si se tiene en cuenta que a la hora de la verdad, la de manifestarse contra lo que tiene acogotado al pueblo español, ellos no vacilaron, ocuparon digna y firmemente su puesto de oponentes a la dictadura, con los riesgos sabidos. Esos riesgos comprenden desde la prisión hasta la pérdida de la vida.

De ahí que el problema de los presos debiera ser elevado a la categoría de trabajo permanente de las organizaciones españolas en el exilio. Que vayan juntos en este trabajo cuantos pueden hacerlo sin que nada les impida cumplir el más alto deber de solidaridad con nuestro pueblo. Sin vacilaciones. Interesando a quienes, en el ámbito internacional, comprenden la justicia de esta actitud, bien porque la hayan sufrido en otros momentos de su vida, o porque la realidad española les conmueva y estimule sus mejores sentimientos.

Caracteres generales de la era atómica: una revolución regida por la ciencia y la técnica (Conclusión)

POR DIEGO ABAD DE SANTILLÁN

LA GUERRA CON ARMAS NUCLEARES

LA HUMANIDAD NO HA CONOCIDO una era de paz, es verdad, y hablar del peligro de la guerra es en parte repetir viejos argumentos y copiar viejas actitudes. Sin embargo, hay que insistir, y más que nunca, con más presión que nunca.

Los estragos y el costo en vidas humanas de la segunda Guerra Mundial son bien conocidos. Pero ¿qué representa esta contienda con sus poderosos acorazados y submarinos, con su aviación de bombardeo a larga distancia y con centenares y millares de aparatos; sus bombas V-2 teledirigidas; sus movilizaciones de decenas de millones de combatientes, y de civiles para tareas de retaguardia; su peligrosidad tanto para los frentes de lucha como para las poblaciones y las industrias alejadas de las líneas, en comparación con lo que será una guerra con bombas atómicas, que destruirán vastísimos territorios en pocos minutos, como la más gigantesca de las conmociones geológicas, todo signo de vida, humana, animal, vegetal, con el fruto de la civilización y la cultura acumulado en milenios?

Se han difundido por la prensa, como advertencia y anticipación, cálculos acerca de los efectos de un presunto ataque con cohetes nucleares. Si la Unión Soviética, o mejor dicho, su minoría dirigente, se decidiese a atacar por sorpresa a los Estados Unidos, aunque la sorpresa no sería más que muy relativa, pues el radar descubriría en pocos minutos la operación; si se adelantase al ataque, causaría en el primer momento de 40 a 50 millones de muertos en América del Norte, 20 millones de heridos, dejaría en ruinas 40 ciudades importantes, destruiría el 60% de las bases de proyectiles, aeródromos y centros navales; un 40% de la industria quedaría arrasada, sin contar los efectos de la radiactividad subsiguiente. El mariscal Malinovsky, en febrero de 1963, en ocasión de la celebración del 45 aniversario de la creación del ejército rojo, advirtió que una sola bomba de 100 megatones podría volar todos los centros militares e industriales en una zona de varios millares de kilómetros cuadrados. Es verdad. Pero ¿se habría paralizado por ello la capacidad ofensiva de los Estados Unidos?

Las poderosas estaciones de radar de Flyngdale, en el Yorkshire, las de Groenlandia y las de Alaska registrarían en escasos minutos las señales de peligro, y mucho antes de que los cohetes y los bombarderos soviéticos saliesen del continente europeo, se pondría automáticamente en acción el contraataque norteamericano y británico desde sus múltiples bases de cohetes, desde los submarinos atómicos con proyectiles Polaris, desde los aeródromos estratégicos en todas las zonas del mundo y de 80 a 100 millones de muertos y 40 millones de heridos serían la primera respuesta a la agresión sorpresiva. Ciudades industriales, centros de comunicaciones, centrales eléctricas, campos petrolíferos, vías de transporte, todo quedaría en cenizas.

Trecientos millones de personas consideraba recientemente el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Robert McNamara, que podrían perecer en la primera fase del ataque a fondo con armas atómicas.

La cantidad de bombas atómicas y de hidrógeno, de bombarderos pesados y livianos para cargas nucleares, y de cohetes teledirigidos de que disponen los Estados

Unidos es aterradora, y las nuevas bombas de hidrógeno son 2,500 veces más destructoras que la que fue arrojada sobre Hiroshima. La cantidad de armas ofensivas modernas del paraíso del socialismo es también enorme; no está ya, en todo caso, muy distante de la de los Estados Unidos.

El trabajo, la ciencia y la técnica del gran país del Norte se han concentrado, como nunca, en los últimos veinte años, en la producción de guerra y en la alta investigación con el objetivo de la guerra, en una proporción que asombra y maravilla que no haya disminuido el estándar de vida de su población para mantener el monstruoso esfuerzo financiero. Se confiesa que gasta un 10.7% de su renta nacional en la preparación de la guerra, y que Inglaterra emplea el 7%, es decir, más de 4,000 millones de dólares por año. Pero la máquina de producción de bienes de consumo prosperó entre tanto lo bastante como para soportar el derroche extraordinario. Y no es menor el costo de la preparación bélica de la Unión Soviética, fundamental de las aspiraciones de los constructores del socialismo.

A la preparación de la guerra con armas nucleares, y como un derivado de ella, se agrega el esfuerzo por la conquista del espacio sideral para llegar un día a la Luna o a otros astros. El presidente de la Asociación Científica Británica, sir John Cockroft, en su discurso en la reunión anual de 1962 a los hombres de ciencia que agrupa, explicó cómo la suma que se gasta anualmente en los Estados Unidos para llevar un hombre a la Luna bastaría para aumentar los ingresos de la mayoría indigente de la humanidad en un 25%. La Unión Soviética no gasta seguramente menos que los Estados Unidos para ese propósito. Y ante el sentido común resulta absurdo que no se llegue a una decisión para limitar el inmenso derroche que se hace por cada una de esas potencias para disponer de capacidad ofensiva suficiente para destruir a la humanidad.

El historiador Toynbee decía recientemente, con un poco de humorismo, que la Luna podría esperar la visita del hombre, pero las bocas hambrientas de centenares de millones de seres humanos no merecen ser forzadas a una espera tan agobiante. Si no hay medios suficientes para encarar simultáneamente el viaje a la Luna y dar de comer al hambriento y vestido al desnudo, ¡que espere la Luna una visita de dudosa utilidad para ella y para el mundo terrestre!

Si la potencia nuclear fuese una sola, el asunto del monopolio de ese poder terrorífico tendría un sentido, aunque no una disculpa; pero tratándose de varios enemigos armados de manera similar, cada uno de los cuales puede destruir al otro sin impedir la propia destrucción, como agresor o como agredido, cuesta imaginar razones, si es que las hay, para que no se ponga término a una carrera tan ruinosa, tan absurda, tan directamente suicida. Pero cabe dudar de que haya razones, de que haya alguna lógica sana para mantener esa competencia. En el fondo, no parece haber otro motivo para esa locura que la defensa de privilegios minoritarios de poder dentro de las propias fronteras, de la ambición y la miopía de las castas, burocráticas o militares, que no ven más allá de la propia conservación en el mando supremo, esa embriaguez patológica de toda tiranía. ¡Qué poco importa la cimentación teórica, democrática o dictatorial, de esa posición antihumana, antisocial!

¿En qué cimentarían los dirigentes de la Unión Soviética la permanencia de su tiranía, que un día se nos anunciaba ingenuamente como transitoria, como etapa necesaria de transición hacia el socialismo y la libertad, hacia la sociedad sin clases, sino en el fantasma del imperialismo norteamericano? ¿En qué basaría su hegemonía el aparato militar, naval y aeronáutico de los Estados Unidos, el peso del Pentágono, sino en el espantajo del peligro soviético, que es hoy efectivamente la única manifestación imperialista que sobrevive en el mundo occidental?

Pero unos y otros están demandando fuerzas inmensas y hasta hace poco tiempo insospechadas, que es probable que acabarán con los fantasmas y los espantajos. La máquina montada irremisiblemente acabará por dominar a los que hoy se consideran sus amos y los dejará al margen de los acontecimientos que impulsaron en alas de su ambición diabólica.

Si por azar la guerra nuclear no se produjese en el curso de pocos años, de los que la mayoría de nosotros alcanzará a vivir, entre las potencias del mundo occidental, incluida la Unión Soviética, el peligro de la hecatombe se desvanecerá por una causa u otra, declinará la actual tensión homicida y todo quedará para las nuevas genera-

ciones como la pesadilla de una mala digestión, o bien surgirá un peligro tanto mayor entre el Asia modernizada y expansiva y el resto de la humanidad europea y americana.

Tenemos una vaga sensación de que han de surgir fuerzas y condiciones que hagan imposible la guerra con armas nucleares; pero mientras esas fuerzas y esas condiciones se presentan, hay que poner el esfuerzo, la pasión y la razón de que seamos capaces para crear un clima de paz, de entendimiento, de humanidad en el desconcierto actual. Todas las voces, iniciativas e impulsos son bienvenidos en esa dirección. La encíclica *Pacem in Terris*, de abril de 1963, es una alta apelación constructiva que ha de figurar entre los grandes documentos de la Historia. "Es menester que la acción humana se realice en el goce de la libertad, como conviene a la dignidad de la persona llamada a asumir responsabilidades en su propio obrar", dice Juan XXIII.

En todos los tiempos fue un deber moral del hombre digno la lucha y la resistencia contra la bestialidad de la guerra, que da la victoria a los mejor armados, a los más fuertes o más hábiles en un momento dado; pero en los tiempos en que nos ha tocado vivir es cuestión de vida o muerte poner todos los recursos, todas las ideas, todas las tácticas al servicio de la superación de la guerra, para que la humanidad sea lo que debe ser: un mundo, una familia, una especie inteligente y razonable, en lugar de ser campo de Agramante o plataforma para el suicidio en masa. Porque la guerra con armas nucleares es un absurdo suicidio en masa, al mismo tiempo que un homicidio en masa.

¿Para esto se han realizado a lo largo de la Historia tantos progresos y se hicieron tantas conquistas científicas y técnicas?

Los movimientos políticos y sociales que no ponen en el primer plano de sus reivindicaciones e inquietudes la lucha en toda la línea y con todas las consecuencias contra la guerra y contra los factores individuales y colectivos, intelectuales y morales, económicos y políticos que contribuyen a la guerra, testimonian que se hallan fuera de la realidad, que vegetan mentalmente en los tiempos ya un poco lejanos en que como resultado de las hecatombes bélicas podía haber vencedores y vencidos, víctimas y usufructuarios de la victoria.

¿Qué hacer? Ante todo, es preciso esforzarse con toda el alma para ponerse a tono con la época, también en los procedimientos de oposición al mal.

¿Bombas contra bombas?

En la lucha contra la guerra, contra la idea de la guerra y contra el hecho de la preparación de la guerra, sin menoscabar ninguna otra técnica, sigue siendo actual y promisor, más actual y promisor que nunca, el empeño de nuestro amigo B. de Ligt, que elevó el antibelicismo a la categoría de supremo imperativo moral y de ciencia.

Se echó mano hasta aquí a las armas del arsenal de la violencia y hay más propensión a recurrir a ello que al rechazo consciente y metódico de la guerra con las armas de la no violencia, de la no participación en ella, en su preparación intelectual, política, técnica, como investigadores o técnicos u obreros manuales. No merecen el olvido en que cayeron ante las nuevas generaciones, como anacronismos, las proposiciones de Tolstoi, la acción practicada por Gandhi, las sugerencias de B. de Ligt.

Pero sobre todo, lo que importa, lo que apremia y no admite dilación es contribuir, como quiera que sea y desde todas las posiciones y situaciones, a fomentar un estado de conciencia, en los individuos y en los pueblos, contra la guerra, contra toda guerra, como recurso indigno de hombres del siglo XX y de la era de la fisión atómica.

TOTALITARISMO O DERECHO DE SECESIÓN

Serían interminables las derivaciones que podríamos mencionar partiendo de las grandes líneas que hemos trazado como consecuencia de la iniciación de la era atómica, es decir, la velocidad de todos los procesos y de las más impensadas y sorprendentes innovaciones, el crecimiento demográfico sin precedentes, el peligro de la guerra con armas nucleares.

En la mayoría de los aspectos de los problemas, no hay actitudes, posiciones, reivindicaciones de partido, de organización o sector, sino que son imperativos morales, económicos y sociales, por haberse quebrantado para todos las viejas barreras y

haber llevado los interrogantes y las exigencias resultantes al patrimonio y a la obligación común. Ese estado de cosas lleva, por ejemplo, al Papa Juan XXIII a proclamar en 1963 la fórmula de la Primera Internacional, en 1864: "No más derechos sin deberes, no más deberes sin derechos."

Pero aún quedan para los que integran el movimiento y el pensamiento libertarios, algunas reivindicaciones específicas, que no son todavía compartidas por la opinión general, como lo son muchas de las que ayer éramos los únicos en mantener y fomentar.

Digamos algo sobre la revolución en general. Antes de las modernas regresiones políticas bautizadas como totalitarias, hemos conocido y rechazado las teorías de las revoluciones sociales y políticas totalitarias, no siempre con plena conciencia de la razón de esa actitud, sino más bien por intuición. Esas teorías propiciaban, por la persuasión o por la fuerza, un cambio completo, palingenésico, de la vida económica, política, social y moral. La revolución, según esa interpretación mística, lo trastrocaba todo, y ciertos espíritus se dejaron seducir por esa fantasía y hasta le hicieron objeto de una especie de culto.

En el coro demasiado uniforme del catastrofismo revolucionario, se hicieron oír algunas voces discordes, movidas por un sentimiento de tolerancia. Eliseo Reclus, por ejemplo, explicó los puntos de contacto, de afinidad y hasta de confusión entre la evolución y la revolución, pues por los dos caminos, por el evolutivo y por el de la violencia destructiva, se podía llegar al mismo fin.

La teoría de la relatividad vino después, en el primer decenio de nuestro siglo; y antes que Einstein habló Proudhon de la relatividad del desarrollo y del progreso humano. En la era de los ferrocarriles y de los barcos de vapor, que comenzaba entonces, advertía Proudhon que esas grandes innovaciones mecánicas no suprimirían el transporte en carretas de bueyes en algunas regiones y en algunos países, ni a lomo de mulas, ni la carga al hombro por el ser humano. Lo mismo podemos decir en esta era de los aviones de pasajeros y de carga supersónicos. No suprimirán en absoluto las carretas, ni las mulas, ni el transporte de cargas por el hombre. Pero así como un día fue el vapor el que dio la tónica, hoy la da la energía, en marcha veloz.

Se había formado en el terreno político, en la segunda mitad del siglo XIX, un esquema mental del progreso, que llevaba de la monarquía absoluta a la monarquía constitucional, de ésta a la república, etc., etc. Vino luego la llamada dictadura del proletariado, y experiencias como la de la aplastada revolución española. La historia de esas formas políticas está ante nuestros ojos y nuestro espíritu. A pesar de las llamadas dictaduras del proletariado y de nuestro intento de abrir en España un nuevo camino a la Historia, siguen existiendo monarquías absolutas, aunque reducidas a ciertas áreas africanas o del cercano Oriente y de Asia, monarquías donde la democracia y la libertad se mantienen más firmes que en muchas repúblicas, y sobre todo en los territorios dominados por la supuesta dictadura del proletariado, un régimen en el que prosperan y gozan de privilegios castas militares ensoberbecidas y burocracias tiránicas. El esquema del progreso político, pues, fracasó en toda la línea. No son los cambios externos, de forma o de hombres y símbolos, los que importan, sino los internos, morales, económicos, sociales, que son los que dan saldos efectivos.

Hemos entrado en la era atómica y en el proceso de su inevitable revolución, una revolución que gravitará en el mundo más rápidamente, infinitamente más que todos los cambios que pueda señalar el pasado de la humanidad; pero eso no significará que no han de quedar sectores, países, actividades que mostrarán a los hombres del siglo XXI supervivencias medievales, del período del vapor y otras. Lo que puede afirmarse con seguridad es que cada invención técnica de esa naturaleza, cada avance científico, son fuentes de procesos irreversibles e incalculables y que hemos de procurar adaptarnos a ellos, aunque haya esferas en que la técnica y el modo de vida del siglo XIX y de la primera mitad del XX no tendrán todavía manifestaciones múltiples, como las tienen hoy técnicas y modos de vida casi medievales y casi de la Edad de la Piedra.

Las concepciones revolucionarias totalitarias, las que propugnan un cambio en toda la línea, de pies a cabeza, sin excepciones, son, en los hechos, enemigas y obstáculos para la revolución, que debe ser obra de todos los días, y para el progreso, que es

obra y fruto de todos los instantes, aunque algunos hechos nuevos puedan irrumpir con violencia y suscitar hondas y vastas alteraciones.

Para nosotros no es nada extraño que los cultores de las revoluciones totalitarias culminen en la instalación de Estados totalitarios, cualquiera que sea el punto de partida.

La revolución que deseamos, la que se nos impone por la era atómica en que hemos entrado y nos debatimos ya, no se cifra en reducir la jornada de trabajo, ni en el aumento de los salarios de los obreros de la industria, ni en dar seguridad de vida a los proletarios y subproletarios del campo, que muestran crudas escenas y condiciones de miseria, de desnudez y de desamparo, como en España. El aumento del nivel de vida de las grandes masas depauperadas, por el que no hemos escatimado ni escatimaron nuestros precursores ningún sacrificio, es asunto de simple solidaridad humana y hasta un imperativo del mecanismo de la economía capitalista estricta, pues no puede haber prosperidad estable en el solo renglón de la producción de bienes sin un ensanchamiento correspondiente en el área de consumo, y el consumo con salarios de hambre o con falta de todo salario es mínimo o nulo.

La revolución que queremos, la que propagamos, a la que lo damos todo, es la que deja abiertas las puertas para la organización de la vida, del trabajo, del ocio según los propios impulsos, sin verse coartados por monopolios económicos ni por opresiones políticas. Nuestra revolución es la que coincide con la perspectiva de la era atómica, la que reivindica el derecho de secesión de la ley única, de la forma exclusiva, de la modalidad obligatoria, de la que se impone de arriba abajo con leyes, úkases, gendarmes, jueces y verdugos.

Ayer no se podía soñar siquiera con la secesión religiosa; la religión positiva era un andamiaje totalitario e inexpugnable, y el alejamiento o el apartamiento del dogma consagrado se penaba con la hoguera, con la persecución feroz e implacable. Costó muchos sacrificios, mucha sangre y muchas lágrimas; pero hemos llegado a un estado de cosas en que es posible la convivencia y la tolerancia de las más diversas religiones —más de cincuenta se registran en las estadísticas de los Estados Unidos— sin que se degüellen o se quemen mutuamente los respectivos creyentes; y es posible la coexistencia de las variadas comunidades religiosas con los disidentes de todas ellas, con los ateos, sin que por eso se haya producido ninguna catástrofe social.

Lo que parecía imposible, lo que no se soñaba siquiera hace un par de siglos, hace medio siglo, hoy es posible, es una realidad en el campo religioso y eclesiástico.

Naturalmente, esa conquista no significa que no queden restos medievales en materia religiosa, pero no son la norma. En plena era de tolerancia religiosa, por ejemplo, ocurrió lo siguiente: la policía de Franco en nuestra provincia de León detuvo y torturó a un amigo, que había sido secretario de los gastronómicos; llegó a la cárcel más muerto que vivo y un fraile se acercó a confesarlo para aliviar su muerte. El torturado pidió que lo dejase morir en paz; insistió el fraile y nuestro amigo reunió sus pocas energías para rechazar las exhortaciones que se le hacían para salvar el alma. El clérigo, indignado por la tenacidad del hereje moribundo, levantó el Cristo de bronce que llevaba en la mano y lo descargó con toda su fuerza sobre la cabeza del obrero torturado, que quedó muerto en el acto, pero que probablemente hubiese muerto lo mismo sin ese auxilio... piadoso. De todos modos, aunque puedan señalarse casos de muerte a cristazos, no es ya común. La tolerancia se ha generalizado y no escandaliza a nadie.

También el capitalismo industrial, el financiero, el inmobiliario, el agrario, fue un bloque monolítico fuera del cual no era posible la vida, la actividad independiente, la autonomía en el trabajo y en la distribución. Ese monopolismo era el dispensador de toda vida, y por consiguiente, también de la muerte. Costó ríos de sangre y martirios sin cuento, pero ese bloque no se mantiene inabordable más que en los regímenes totalitarios que sobreviven en el mundo; y se mantiene de forma muy relativa. En la mayor parte de los países modernos, por ejemplo, el régimen cooperativo de trabajo es una evasión, aunque sea parcial, del unicato capitalista, del absolutismo de la norma y de la ley única. La información nos dice cómo entre las diez mayores empresas de Alemania occidental el monto de las transacciones y operaciones de las cooperativas ocupa el tercer lugar, después de las de la casa Krupp y otro monstruoso conglomerado cuyo nombre no recordamos.

Quedan vestigios medievales, y especialmente en España, que pudieron resistir hasta aquí despiadadamente a todos los progresos económicos y jurídicos que impusieron en Europa las revoluciones francesa de 1789, la europea de 1848, y otras corrientes de opinión mundiales. De ahí que una de las primeras reivindicaciones en ella, por simples razones de prosperidad económica, si no por caridad, sea la de la reforma del régimen de tenencia de la tierra, la supresión de los 50,000 grandes latifundios que abarcan ellos solos, ocho millones de hectáreas de los treinta millones que suman las tierras cultivadas. Caben en el sector agrario, pues, todos los esfuerzos para superar esas barreras de privilegios anacrónicos que impiden la vida, el trabajo, el consumo de millones y millones de trabajadores del campo, fijos o temporales. Y esa situación, que sufren en carne propia, directamente, cuatro millones de españoles por lo menos, repercute en daño de España entera, pues se le cercena una masa de consumidores y de productores que constituye una gran riqueza potencial.

Pero en el terreno industrial, el monopolismo capitalista se halla resquebrajado, y con un poco de espíritu de empresa y con más disposición para la cooperación y el entendimiento, sectores crecientes de la vida industrial y del consumo en los centros urbanos pueden ser separados de la ley tradicional del sistema capitalista. Y allá queda en Mataró, como un símbolo, y casi como una acusación, la cooperativa vidriera de Juan Peiró.

Esa fue la gran conquista de siglo y medio de luchas obreras encarnizadas y de ensayos de liberación. ¡Peor ahora para los trabajadores si no aprovechan la puerta abierta o semiabierta para la iniciativa directa! Al derecho de secesión que se ha logrado en el bloque cerrado de la dictadura eclesiástica, totalitaria, se suma el derecho de secesión del monopolio capitalista. Y vivimos en un país, Argentina, donde el único obstáculo para que el grueso de las masas obreras se hiciesen dueñas del instrumento de trabajo —fábricas, medios de transporte, etc.—, lo ofrecen los trabajadores mismos, que no quieren abandonar el salario y las condiciones del capitalismo.

Sin embargo, donde no se ha quebrantado, sino todo lo contrario, se ha robustecido el bloque hostil, el muro de contención, es en el frente de la construcción política, que heredó, para su afianzamiento, todo el arsenal teológico absolutista del pasado. Así como un día el papado heredó el cetro del cesarismo, del imperio universal, heredó hoy el cesarismo el centro de la intolerancia y del absolutismo religioso. El Estado es Dios, el Estado moderno es totalitario en todas partes, cualquiera que sea el barniz que lo revista, porque dicta la ley para todos sus ciudadanos y no consiente disidentes, *en dehors*, y mantiene como tabú el derecho absoluto de las mayorías sobre las minorías, dogma intocable.

Pero ¿qué es el Estado? Digámoslo con las palabras de Ludwig von Mises: "El Estado es en esencia un aparato de compulsión y coerción. El rasgo característico de sus actividades consiste en compeler al pueblo, mediante la aplicación o la amenaza de la fuerza, a portarse de manera distinta a la que quisiera. Al complejo de reglas mediante las cuales emplean la compulsión y la coerción quienes empuñan el timón, se le llama Derecho. Sin embargo, lo característico del Estado no son tales reglas, sino la aplicación o la amenaza de la violencia. Las personas que manejan la maquinaria estatal pueden hacerse cargo de otras funciones y actividades y de otros deberes. El gobierno puede ser dueño de escuelas, ferrocarriles, hospitales y asilos de huérfanos, y hacerlos funcionar. Pero esas actividades no son más que incidentales del concepto de Estado. Cualesquiera que sean las funciones que asuma el Estado, se caracteriza siempre por la compulsión y la coerción que ejerce".

Dejemos de lado la discusión sobre si esa compulsión, esa coerción, esa violencia son necesarias o no. Pero el Estado es eso, tal como lo define Von Mises.

La exigencia fundamental del hombre de nuestros días debería consistir en el derecho de secesión en el campo político, como se ha logrado en el de la religión, ayer totalitaria y omnipotente, y en la esfera económica, donde el sistema capitalista imponía también su ley absolutista, arrolladora. No lograremos nada, o lograremos muy poco, con la emancipación del capitalismo si caemos en la esclavitud estatal, de derecha o de izquierda, pues es más humillante y más abyecta todavía.

Repetimos: se vive en tolerancia en materia de creencias religiosas o en el apartamiento de todas ellas; el individuo no se mide hoy por su adhesión a una iglesia o a un credo teológico. La lucha antirreligiosa de ayer, en nombre del ateísmo, ha que-

dado relegada y ni figura en los enunciados programáticos de las doctrinas sociales revolucionarias.

El movimiento obrero, que era esencialmente una reacción contra la expoliación ilimitada e inhumana y contra el monopolismo capitalista, tiene que buscar su afirmación futura y su razón de ser, no tanto en el anticapitalismo como en el derecho a la libre iniciativa y a nuevas formas posibles de trabajo y de distribución de los productos.

Mientras sea posible ejercer la libertad de iniciativa, aunque sea a costa de sacrificios y de esfuerzos de toda naturaleza, poco importa que subsistan vestigios más o menos grandes de formas económicas capitalistas, que al fin y al cabo han mostrado su eficacia, aunque se hayan movido por el motor egoísta de la especulación privada y no serán desarraigadas totalmente más que cuando hayan sido sustituidas. Ya es hora de saber que no se destruye más que aquello que se sustituye.

Ocurre de modo distinto con el aparato estatal moderno, último refugio y último baluarte del totalitarismo, cualquiera que sea su expresión externa y su denominación. El Estado moderno no hizo sino abarcar cada día mayor radio de intervención en la vida individual y social, y no hay ya esfera a la que no llegue su fiscalización de algún modo y no someta al arbitrio de sus funcionarios, de sus leyes, de sus coacciones.

Es éste un tema para más amplios desarrollos. En resumen, opinamos que importa hoy mucho más, infinitamente más la lucha contra el totalitarismo estatal que contra el sistema capitalista, que ya muestra resquebrajaduras suficientes para que el espíritu de iniciativa y el afán creador puedan practicar formas de vida económica no capitalistas.

Lo que sigue siendo más absoluto que nunca es el Estado, y sin conquistar un derecho a la secesión, a una vida al margen de su intervención opresiva, de su fiscalización meticulosa y de sus exacciones, hablar de liberación humana es una de tantas maneras de soñar y de engañarnos. Y reiteramos con esto la posición que proponíamos en 1929 al fundar la Asociación Continental Americana de los Trabajadores, malograda pronto por los golpes de Estado militares y fascistas en los países americanos.

UNA OPINION SINCERA SOBRE ESPAÑA

George Elvin, secretario general de la Asociación de Técnicos de Cine y de la Televisión de la Gran Bretaña, dijo recientemente, entre muchas cosas, a su regreso de España: "... Crímenes que nadie en nuestro país calificaría de delitos se hallan asimilados en España a actos de «rebelión militar»...".

"Esas condiciones en que viven los presos son atroces. Las torturas están a la

orden del día. Tienen una asignación diaria de 6 pesetas para gastos de alimentación. Como no es posible vivir con tal asignación, las familias se esfuerzan para enviarles dinero."

"España pertenece a las Naciones Unidas, pese a que el Gobierno español pisa-tea diariamente la Declaración de los Derechos del Hombre..."

Sobre el nacimiento del diablo

POR RAMÓN SENDER

EL ORIGEN DE LAS RELIGIONES, contra lo que algunos creen, es racional. Es una creación racional intentada por una razón imperfecta. Como decía en el último artículo, nada hay más razonable que adorar al astro Sol, del que nos viene la vida, y relacionar con él toda clase de fenómenos de fecundación, fertilidad y, en general, de creación.

En lo que se refiere a la fecundación sexual, el símbolo femenino era el loto, flor que se abre con el sol y lo sigue a lo largo de su carrera celeste (cambiando de posición para mirarlo) y se cierra con las primeras sombras de la noche. De este loto viene en occidente la flor de lis, signo matriarcal adscrito especialmente a las dinastías reales en los países donde por larguísima tradición predomina la hembra. Por ejemplo, Francia.

En sus orígenes el mito del loto era más complicado. El loto —nenúfar— sale a la superficie del agua y se abre al sol. Al ponerse el sol, se cierra y se hunde en el agua. Este loto era el santuario de la vida: *Matrix*. Lo mismo Budha que Visnu y el egipcio Horus han sido representados dentro del loto sagrado. Y todo lo excelente viene en el Asia primitiva del loto.

Los egipcios creían que el mundo había surgido del agua y de ella también el Sol como un loto gigantesco, y ésa era la razón de que la flor viviera pendiente de él. A medida que el símbolo del loto fue pasando a las culturas de occidente, fue modificando su naturaleza hasta convertirse en la flor de lis. Es decir, en el sexo femenino.

En mi artículo último hablaba de la representación que los egipcios dieron al símbolo fálico en sus ideogramas jeroglíficos y era el ave intermediaria entre lo absoluto y lo relativo en diferentes formas: el ave Fénix, la cruz *anxata* y las imágenes triangulares que van generando poco a poco a la Tanit cartaginesa, a otras divinidades virginales y maternas e incluso, últimamente, a las vírgenes de los mantos piramidales tan frecuentes en España y en Sicilia.

He aquí otro hecho escandaloso para las beatas: los dos sexos, el masculino y el femenino, aparecen alternados y repetidos un número de veces probablemente mágico en la tiara del pontífice de Roma. Las fotografías que he visto no permiten contarlos todos, ya que sólo se puede ver la tiara por un lado; pero es casi seguro que se trata de doce símbolos —número solar, como el de los signos del Zodíaco, el de los apóstoles, el de los meses— en cada una de las tres series circulares y paralelas. La tiara es en su nombre griega, pero viene de la mitra persa —Mitra era uno de los nombres del Sol— y la que usa el papa es de forma ovoidal, como eran las de los caballeros de la más alta orden aristocrática romana, los equites de Leda, adoradores del Sol, por alusión al huevo de Leda de donde nacieron los *dioscuros*, o sea, los hijos de Júpiter.

En otro artículo hablaba hace algunos años en *CNT*¹ de la fidelidad ritual de los papas al mito pagano de Leda y Júpiter. Se supone que Leda concibió de sus re-

¹ "El Pontífice y los hijos de Leda", en *CNT* de México, núm. 27, octubre de 1958. (N. de R.)

laciones con el cisne jupiterino y puso un huevo dentro del cual germinaron y crecieron Cástor y Pólux. Los *gemelos* o *cuates* —como dicen en México— celestiales que han quedado incorporados al anillo zodiacal y que representan al Sol en todo su esplendor. No voy a repetir lo que decía entonces, pero los *equites* de la aristocracia romana iban en procesión el día que el Sol estaba en ese signo y adoraban a esos dos caballeros, que solían aparecerse en los combates montados en caballos blancos y ayudando a los romanos. El día fue adoptado por la Iglesia y Santiago matamoros —que se aparecía también, según decían, en las batallas montando un caballo blanco— es



El Ave Fénix

(Dibujo de M. Capdevila)

venerado como caballero guerrero y santo igual que los hijos de Leda el mismo día. Santiago de Compostela (del campo de la estrella) prolonga, pues, el mito de Leda en las calendas de julio.

Pero como decía antes, el origen de las religiones heliosísticas (que lo son todas de un modo u otro) es racional. A veces más racional que el punto de vista de sus detractores, es decir, que es más cómodo e inepto burlarse del que adora a un hombre mitrado que detenerse a ver de dónde procede esa superstición. En sus orígenes, no sólo es racional sino que es de un realismo sorprendente. ¿Qué grupo político laico o qué organización social atea de nuestro tiempo se atrevería a adoptar como máxima distinción simbólica la del pontífice romano, es decir, tres series de sexos masculinos y femeninos alternados? No sólo es en sus orígenes el catolicismo racional, sino

que es de un naturalismo que haría salir corriendo de las iglesias a las beatas si se les explicara.

Por otra parte, si las doce representaciones de los sexos aluden a los doce niveles del Sol en su órbita anual (y los doce apóstoles y los doce meses), las tres series son todavía de un naturalismo más crudo. El tridente, el triángulo sagrado, el triscele, la trísula y la trinidad, el triduo, el trisagio, vienen, como todas las trilogías rituales en todas las religiones antiguas (desde los símbolos de los remotísimos cilindros caldeos), de los tres órganos masculinos de la generación. Todo es, pues, en la mitra pontificia sexo en su sentido más noble, mezclado al color del fuego y con la forma piramidal del fuego, hijo del Sol. *Mitra* es en persa el nombre del Sol y de la divinidad matriz al mismo tiempo.

Con todo esto quiero decir que el catolicismo, que fue magia blanca hasta más o menos el siglo VI, luego ha ido asimilando también formas de la magia negra. Esta última aparece con el culto del diablo que tanta importancia ha tenido en el desarrollo de las religiones modernas de influencia semítica.

Parece que toda la magia era blanca —es decir, positiva— en los primeros orígenes de la humanidad. El Sol producía bienes sin cuento y su adoración suponía la negación del mal, de cualquier clase de mal. Pero un día de los tiempos prehistóricos sucedió una catástrofe cósmica. Un cometa fuera de camino entró en la atmósfera de la Tierra. Y fue entonces cuando *llovió fuego* en muchos lugares del planeta (la cola de los cometas es en su mayor parte carbono, que al contacto con el oxígeno se inflama). Ese cometa alcanzó estabilidad transformándose en un planeta (Venus) cuyo nombre latino Lucifer es uno de los nombres del diablo.

Parece que con ese fenómeno cósmico nació la idea del diablo o al menos la personificación del diablo como algo más que una abstracción dañina.

Un autor moderno, Velinowski, ha dedicado varios libros a estudiar históricamente ese hecho, y en uno de ellos, titulado imprudentemente *La guerra de los mundos*, presenta algo que parecía imposible: una evidencia documental abrumadora usando principalmente de escritos asirios cuneiformes de hace más de cinco mil años (por ejemplo, las tabletas de Asurbanipal que él conservaba en secreto y se hacía leer) y de otras reminiscencias caldeas, egipcias, chinas e incluso aztecas, ya que en antiguos códices precortesianos se alude al tiempo en que el Sol quedó inmóvil en el espacio. La Tierra, bajo la influencia de Lucifer, se inmovilizó —es decir, dejó de girar por seis días, sin dejar de seguir su marcha orbital ya que si se detuviera no sólo desaparecería toda la vida del planeta a causa del calor, sino que éste sería tal que la Tierra misma se volatilizaría—. Parece que en el lado opuesto de México (Egipto, notablemente) las tinieblas duraron seis días. El rey egipcio —semilegendario— Tifón dio su nombre al cometa.

Y de Tifón —que produjo tremendos vendavales devastadores— vino toda la larga generación de las divinidades adversas grecolatinas, comenzando por las Harpías y siguiendo con Cerbero, Quimera, Esfinge, Echidna, Orto y Lucifer. El cometa se perdió por occidente —de ahí *Orto*— y los egipcios y los griegos le llamaban Tifón-Etna porque al desaparecer se confundió con el fuego del volcán. Lo cierto es que después de trastornar el mundo —Velinowski dice que el cometa chocó realmente con la Tierra y que entonces se hundió la Atlántida— desapareció por occidente y quedó finalmente fijado, aunque en estado fluido como Venus (que en latín se llama aún Lucifer).

Entre los nigromantes de todos los países se da a España el nombre de *Infierno*, es decir, se designa el infierno por el nombre de España, y Homero dice que la entrada del infierno está en la parte suroeste de nuestra península ibérica (donde, por cierto —provincia de Huelva—, hay una laguna de Acherón, lugar probable donde Caronte cobraba su pasaje de barquero funesto). Pero también hay un río en Grecia con ese nombre y otro en Italia. Es probable, sin embargo, que el genuino —el que

comunicaba a los hombres muertos con el mítico mundo inferior de las eternas tinieblas— sea el de Huelva por una razón parecida a la de los nigromantes: porque Tifón o Lucifer, hijo de las tinieblas (en oriente fue siempre de noche mientras hizo de las suyas), desapareció por el extremo occidente, que era entonces la península ibérica.

Durante milenios, Venus —Lucifer— daba la impresión a simple vista de ser una estrella humeante. Y es que se hallaba en un estado tan fluido que al pasar por el perihelio la atracción solar la deformaba y le producía un contorno irregular y cambiante como probablemente al pasar por el perigeo producía apéndices de apariencia filamentosos por la atracción de la Tierra. Cuernos. Los cuernos del diablo. Al cometa se le identificó con un toro. Las primitivas religiones de Creta tienen algo que ver con eso, y quizá también la fiesta de toros española. Y la presencia del toro en la mitología va relacionada con Venus y Lucifer. Incluso ha habido pueblos como los sármatas europeos que antiguamente sacrificaban todos los extranjeros que atrapaban a Venus (Lucifer) y ese pueblo se llamaba “los tauros” y la península donde vivían se ha llamado después según ese nombre: *Chersonesus Taurica*. Pero esas sugerencias nos llevarían demasiado lejos.

Lo cierto es que en el idioma náhuatl el nombre de Lucifer es “la estrella que echa humo”. Y también en otros idiomas antiguos del lejano oriente. Parece que Venus era entonces más grande y estaba más cerca de la Tierra, de modo que se podían observar esos hechos a simple vista. Hoy es un planeta tan fluido todavía que no se le puede alcanzar a ver —rodeado de nubes, siempre— y es el más joven de nuestro sistema solar.

En fin, de ese hecho nace la magia llamada negra. Los que cultivan esa pintoresca y absurda afición saben que todo lo hacen los nigromantes bajo la presidencia de Venus. Hay algunos errores en esa materia, entre los hombres de ciencia. Por ejemplo, el signo de Venus entre los astrónomos y en el lenguaje astronómico es la cruz anaxata egipcia. Pero esa cruz, estuviera o no relacionada con Venus, corresponde más bien a la llamada magia blanca, es decir, a aquel repertorio de símbolos, ritos y tradiciones relacionado con los aspectos positivos del misterio generador.

El diablo es lo contrario, es la negación de la generación y la creación, es decir, la tendencia a la nada.

A una distancia muy larga los católicos españoles habrían de llegar a una síntesis ecléctica muy curiosa. El amor es el bien y el sexo el mal. El amor es magia blanca: el Sol. El sexo, magia negra: Venus, Lucifer. Pero de la relación de la magia —negra o blanca— con el mundo moderno y sobre todo con la cultura hispánica hablaríamos otro día si los lectores de nuestra revista no se aburren.

Este nivel en el que la historia, la religión, el mito, la poesía se mezclan y confunden es o puede ser más veraz y positivo que la historia de los palimpsestos y las referencias de referencias de referencias escrupulosamente anotadas a las que los eruditos (que tantas veces se han equivocado y se equivocan) nos tienen acostumbrados. Y es que, como dice Heidegger, la historia la hacen los poetas. En este caso concreto se podría decir que la han hecho las religiones.

Pero en su origen, como los lectores pueden ver, poesía y religión eran lo mismo. Como decía Novalis, la religión es poesía práctica. Lo era también en los tiempos protohistóricos, es decir, en los comienzos del período histórico. Asurbanipal guardaba las tabletas famosas en relación con Venus Astarté; Balaam ejercía su magia negra; Salomón, Numa Pompilio, Pitágoras, la magia blanca. . . en fin, la historia, siendo entonces una parte del nivel críptico religioso, era también poesía, es decir, que lo mismo Novalis que Heidegger tienen razón.

Nuestra crisis de adaptación

Por JOSÉ PEIRATS

LO QUE SE LLAMA crisis contemporánea del anarcosindicalismo es más bien una crisis de adaptación. Los valores ideológicos ácratas que lo informan no han sido pulverizados, como hay quien pretende, por las nuevas realidades económicas, políticas y éticas. Sus soluciones fundamentales no es cierto que se hayan demostrado falsas. Todo lo contrario. Esos valores ideológicos de la filosofía anarquista han sobrevivido y están sobreviviendo en líneas generales a sus antagonistas más directos: los dogmas doctrinarios del marxismo.

Frecuentemente los principios anarquistas son redescubiertos por investigadores que no tuvieron previamente ninguna clase de contacto con esta original corriente del pensamiento revolucionario. Tal o cual escritor o sociólogo, al abordar aspectos constructivos de tipo futurista, topa de manos a boca con Proudhon o con Bakunin, ambos puestos ahora de moda al conjuro del federalismo supranacional que se busca para la nueva Europa.

El centralismo marxista, la dictadura del proletariado y el determinismo histórico-económico quedan arrinconados como tópicos de propaganda limitados a la razón de Estado lateral. Los rayos X del psicoanálisis han descubierto que el proletariado no constituye una clase. En química ya se está de vuelta sobre la pretendida calidad de los cuerpos simples que el análisis detenido ha revelado compuestos. Lo único puro y simple es la dictadura, que aún se pretende del proletariado, pero que cede en toda la línea donde el despotismo del Estado que así se nombra da una oportunidad para que la conciencia del hombre pueda dar su propia medida libérrimamente.

Lo que resulta pulverizado del pensamiento anarquista (valga la expresión) es lo que no ha sido, ni es ni será anarquista. Verbigracia: la recaída en el clausura o proletariocracia, el *nosaltres sols* revolucionario que visa la dictadura de clan y el concepto milagrero de la revolución que cae bajo el dominio de la metafísica.

El gran drama del movimiento libertario es no saber encontrar el lugar adecuado en el renovado torbellino en que andamos revueltos o no acertar a imprimirle un giro saludable y lúcido. Deduciendo de lo que viene ocurriendo en el movimiento libertario español, podríase diagnosticar la dolencia que le aqueja internacionalmente.

Hay, por lo que nos concierne, la intuición o el convencimiento de que un reajuste se impone, más en los hábitos que en las ideas, si queremos salir airosos de la tremenda prueba a que nos tienen sometidos las nuevas realidades. Estas realidades son un Estado cada vez más omnipotente que invade avasallador los fueros y dominios más íntimos, individuales y comunitarios. Este nuevo poder del Estado nace de las complicaciones aturdidoras que toman la sociedad contemporánea y la llamada *cosa pública*, imperativos económico y demográfico frente a los cuales el Estado, que se siente y se desea cada vez más paternal, tira por la calle de en medio y no quiere saber de *frivolidades* románticas o ideológicas.

Pues bien, frente a este fenómeno aterrador, pues el totalitarismo más o menos

franco no es un accidente pasajero sino un producto genuino de nuestra aberrante civilización, nunca se ha podido decir con más fundamento que todos hacemos la guerra por cuenta propia, imbuidos del viejo prejuicio religioso de que el nuestro es el solo dios verdadero.

Se puede creer y hasta sostener cuerdamente la verdad absoluta de nuestro dios particular; lo que no está tan dentro de la lógica es ignorar el dios privativo de los demás y querer hacerles comulgar a viva fuerza según nuestro rito. Reducida así la cuestión a términos excluyentes, se impone una eliminatória más o menos incruenta. Vulgarmente se suele decir que la unidad, aun sobre la base del más pobre de espíritus, haría la felicidad del género humano. Hoy hemos descubierto que el peor de los despotismos sería el gobierno de un cónclave de sabios, y peor aún, si cabe, un gobierno revolucionario. La experiencia de la dictadura bolchevique es definitiva. "De todos los despotismos, el de los doctrinarios o de los inspirados religiosos es el peor", ha escrito certeramente Bakunin. Un doctrinario es un religioso rabioso.

Hay, pues, que renunciar, por una cuestión elemental de ética libertaria, a la revolución particular de un solo partido, de una sola organización, de un solo movimiento, por otra parte imposible. Ningún imperio, ninguna religión, ningún movimiento revolucionario hizo ni hará nunca el milagro de vencer ni convencer a todo el mundo, ni siquiera a la mayoría. Hay, hubo y habrá siempre dos factores paralelos a tener en cuenta: aquello que cada uno concibe y desea por separado, y la realidad objetiva inmediata. Está la vida sencilla, primitiva y sin complicaciones, o la sociedad mecanizada racional, a la medida del hombre, que le gustaría vivir a uno; y hay la sociedad de cuerpo presente, sola realidad concreta, hechura de la historia de los hombres, efecto de todos sus vicios y de todas sus virtudes. Producto del tira y afloja de uno y otros habrá siempre una realidad concreta e inmediata. Dos actitudes son, pues, a tener en cuenta: batallar constantemente por nuestro ideal subjetivo y saber adaptarse a la realidad objetiva inmediata. Desconsiderar esta realidad concreta e inmediata (a la que quierase o no todos le rendimos pleitesía, aunque sea en sordina) en aras de un ideal superior sería no estar en el cielo ni en la tierra, contrasentido caro a nuestros monjes del medievo.

Planteadas así "nuestra" cuestión, siempre en términos españoles, ¿cuál es la reacción de nuestros militantes? En términos muy convencionales podríamos decir que hay una reacción extrema derechista y otra izquierdista de igual envergadura. En medio existe una zona muy matizada en la que figuran los contemplativos, los *non engagés*, los más o menos influenciados y los que resisten a todo encasillamiento.

La crisis de adaptación la resuelven los primeros saltando el Rubicón al grito de "¡Revisión! ¡Abajo los cotos cerrados! ¡Hay que afeitar a Bakunin!" Estos extremistas de la revisión descendiente rivalizan con los detractores más calificados del anarquismo por su solemne indignancia informativa. A veces, el anarquismo contra cuya tiranía se insurgen merece con creces la insurrección, por la sencilla razón de que no es anarquismo. De siempre nuestros flageladores malintencionados tuvieron necesidad de doctorar en anarquismo a las más diversas pobres gentes, para atacar, más cómodamente.

¿Y cuál es la solución de recambio de esa *nouvelle vague* revisionista? Por ahí anda traído y llevado un ya viejo proyecto de partido político "libertario", propuesto en sordina o insinuante, según el humor del momento. Ridícula esa solución de recambio en una época de bancarrota del partido político, mejor diríamos de suicidio por incapacidad immanente. Estos impertérritos evolucionistas no se han enterado de que una crisis profunda agita y sacude el sistema parlamentario mismo. Que lo que se llama fascismo o totalitarismo, repetimos, no tiene nada de accidental, sino que es un intento de solución tanto o más torpe y evidentemente más

brutal que el parlamentarismo mismo. Es la solución que toma sus derechos del fallo de la solución auténticamente socialista torpedeada por el partido político. El partido político, digámoslo en otras palabras, se cruzó en el camino de la Primera Internacional, cuyo motor era el socialismo, la socialización de todos los medios de producción y la abolición de todos los contrasentidos sociales, políticos, económicos y éticos. La Primera Internacional era la revolución que pedía a gritos, como diría Nicolai, la transformación económico-industrial del mundo moderno, falta de la cual seguimos yendo a la deriva, una deriva con presagios de abismo. Pues bien, esta revolución social complemento de la gran revolución industrial fue torpedeada por el partido político, precisamente por el partido político "revolucionario".

La revolución industrial a la deriva y la pujanza demográfica ("El mundo no detendrá su hambre mientras actuemos como conejos", Toynbee) más incontralada todavía han creado el super Estado moderno, centralista cien por cien, *pater familias* de grandes masas con millones de bocas abiertas como hornos insaciables, que ya no tolera el llamado eufóricamente *torneo parlamentario* o *juego democrático*, ni sus secuelas, las crisis ministeriales quincenales, la meteorización de los ministerios, la inestabilidad del gobierno, la falla en la continuidad política, y aparta el profesionalismo político de la vía pública (tal éste una tribu de gitanos campando en la Quinta Avenida con el consiguiente quebranto para el tránsito) tratándolo como un anacronismo. La única virtud del *partido* es hoy una prima al sablazo o cuartelazo. Todas las dictaduras occidentales "vinieron a poner orden en la cosa pública, podrida por las corruptelas de los partidos políticos y sus flagrantes incompetencias". Si exceptuamos que los *golpistas* son unos perfectos chantajistas, unos logrerros y mamarrachos, encontramos que tienen razón en lo que alegan. El partido político, pagado con la misma moneda que pagara, es víctima de su propia perfidia. Espejo de la caballería andante parlamentaria son los Estados Unidos de Yanquilandia y su prima hermana Inglaterra. Pues bien; allí no juegan prácticamente más que dos partidos que se relevan periódicamente. La democracia francesa purga hoy bajo el aplastante poder personal el pecado de su prolongada orgía parlamentaria con aplauso del cuerpo electoral o referendario. La gran democracia italiana está en una peligrosa encrucijada con el tráfico parado, embotellado a causa del embrollado obstáculo de los partidos. Los otros grandes países se desenvuelven expeditivamente con el *partidito único*, que es un certificado de defunción del partido. La falta de imaginación y de inventiva de nuestros revisionistas descendientes, su falla de agilidad mental y de resortes no puede ser más palpable. Está fuera de toda ponderación.

Pero hay frente al revisionismo descendiente el otro grupo extremista, formado en orden de batalla: el de los vestales de la intransigencia ortodoxa. La más leve insinuación de reforma les saca de quicio, les yergue, les pone en tensión. Montan la guardia como soldados romanos de los principios. Hacen cuestión batallona de cada palabra, pues hay un léxico oficioso fuera de cuyos límites el divagador es sospechoso cuando no traducido a juicio sumarisimo. Se miden con instrumentos de alta precisión las intenciones aviesas susceptibles de disimularse detrás de la expresión más en línea. Estos bonzos se alimentan de declaraciones de principios a todo pasto e imponen solemnes profesiones de fe a mansalva, sin que haya cabeza a resguardo de sus fulminantes excomuniones. Tanta estrechez va convirtiendo el campo militante en claustro abovedado, la palabra en rezo, la libre expresión en obligados latines.

Continuaremos estas reflexiones.

El hombre ante los sistemas y las doctrinas

POE MARÍN CIVERA

Cualquiera que haya estudiado la evolución de las ideas sociales modernas verá que el socialismo es uno de tantos momentos de la historia de la Humanidad. Desde Platón a Babeuf y desde Blanqui a Marx, el socialismo toma origen en un ideal de perfección del hombre y en una forma armónica de resolver todas las contradicciones sociales. Es una lucha de interpretaciones teóricas sin ninguna práctica y una guerra de programas que se modifican al menor soplo de la realidad. Por lo general, toman al hombre en la cumbre de su perfección y lo van moldeando poco a poco hasta encajarlo en un sistema de contornos definidos y de origen personal en su animador. Claro está que aquella sociedad perfecta que el filósofo traza en su mente no tiene en cuenta la individualidad imperfecta de los actores sociales. Va de lo mejor a lo peor, de lo perfecto a lo imperfecto, en vez de seguir la línea inversa. El hombre sigue sufriendo. Las ideas sociales recorren el amplio camino de lo teórico, de la ciencia, de la técnica y aun de lo empírico; todo es bueno para justificar un sistema, aunque el hombre se quede fuera de ello.

En el orden político, el socialismo, en su primer tiempo, se sale de lo político y de la democracia; luego, se vuelve demócrata y republicano, y más tarde se confunden la dictadura y la libertad. El hombre es lo que quiere que sea el pensamiento abstracto. Saint-Simon idea un socialismo autoritario de entronque teocrático; para Fourier la forma de Gobierno le es indiferente; Cabet insiste en una reforma económica fuera de todo estatismo político, aunque siente simpatía por lo republicano; Pierre Leroux, discípulo de Saint-Simon, se enorgullece de haber introducido la República en el socialismo y éste en aquélla; Infantin, también sansimoniano, lleva su socialismo a colaborar con Luis Bonaparte; Considerant, furierista, es un ardiente demócrata, al igual que Blanqui, Barbés y Luis Blanc. Proudhon es el hombre de las contradicciones: acusa a la democracia, aunque es demócrata, porque es fuente de desigualdades, y la llama "una tiranía de las mayorías", para defender un federalismo antiestatal con defensa, en parte, de la propiedad, la cual garantiza la libertad individual contra el Estado. Surge la ciencia, y en nombre de ésta combate la utopía. Luego viene Marx y declara la utopía fuera de ley. Cito en gran parte a los socialistas franceses porque en ese país se dan todos los matices de las ideas sociales y sirve bien para la argumentación que persigo. Como se ve, el pensamiento va de una a otra concepción, según la originalidad de quien lo impulsa.

En Pecqueur y Colins se observa el matiz colectivista como transición hacia el comunismo, ya que para éstos la sociedad es imperfecta y su marcha ascensional ha de ser por grados. Esto es el origen del oportunismo tan combatido luego por algunas organizaciones. Ya no fían en la libre espontaneidad, sino en una moral cohibitiva y sujeta a dirección por una ideología política más o menos democrática.

En general, el principio de este socialismo está impregnado de una especie de filosofía mística de la historia basada en un providencialismo retorcido. Lo perfecto es lo ideal, la pureza altísima, en la que el hombre habrá de encajarse si quiere no seguir un curso arrítmico con el desenvolvimiento histórico. Su desarrollo

es poco más o menos paralelo al del pensamiento filosófico, el cual, como se ve en Herder, Lessing, Hegel y otros, fía algo a la Providencia en la elección de pueblos y épocas con misión determinada. El mecanismo social tiene fuertes raíces, tan fuertes que todavía se observan en la actualidad algunas huellas de su paso. Sobre todo en los iniciadores se nota bastante. El socialismo es para Saint-Simon a modo de una nueva Iglesia, un nuevo cristianismo, cuya secta se llena de símbolos, ritos, confesiones, éxtasis y todo el acompañamiento jerárquico correspondiente. Cada hombre de genio inventa un sistema para obligar a otros hombres a su aceptación. El tono profético y redentorista lo da Fourier, ofreciendo sus teorías cosmogónicas, sus delirios y su salvación por la obediencia. La mística del simbolismo nos la propone Leroux, con gran riqueza de detalles. Colins hace entrar lo colectivo en una pretendida teodicea histórica con causas y fines determinados de los que el hombre no puede salirse si quiere salvarse. Cada teórico ordena el trabajo a su modo; interpreta los sentimientos como le place; hace bueno o malo al hombre, según el sistema que proponga. Si es comunista, garantizará la socialización por el Estado e impondrá una absoluta igualdad en el reparto. Si cree en el asociacionismo, socializará la producción en asociaciones de trabajo, que, al final, producirán la desigualdad por efecto de la formación de grandes monopolios corporativos. Si es colectivista, nacionalizará los medios de producción con la protección y dirección del Estado, remunerando a cada uno según el esfuerzo y la calidad del trabajo rendido.

Es decir, que la idea socialista, como casi toda otra, es un constante flujo y reflujo de crisis, adaptaciones y readaptaciones, que nacen en el misticismo y van coloreándose con los matices del idealismo o del fatalismo pesimista o bien del optimismo con ilusión teleológica, para acabar a veces en el mesianismo o en un escepticismo brutal y desconsolador. Después de pasar por Marx, que es la ciencia hecha ilusión con un fin redentor idealista, llega a la meta de un sindicalismo utópico de un Pataud y Pouget o de Griffuelhes, para modificarse en la paradoja de Sorel, cuyas tesis son, gran parte de las veces, inasequibles, aunque sin perder la ilusión moral. Si Platón, Moro, Mably, Campanella y Saint-Simon construyen esas magníficas ciudades ideales en las que el hombre no puede entrar, después los Berth, Lagardelle y Labriola ya no saben, ni quieren conocer, cómo se realizará la sociedad futura. Lo importante es la acción, y el movimiento lo determinará todo. No más religiones ni cosmogonías, ni teodiceas, ni utopías. Lo real es lo vivo, lo básico, lo fundamental. La noción de futuro va quedando desvanecida y el hombre se lo imaginará, si acaso, o se pasará sin él; queda desamparado de toda ilusión y de cara a su destino; de cara a la dictadura o a la democracia; de cara a una infinidad de interpretaciones nuevas que lo quieren salvar. Unas son intransigentes; otras, oportunistas; aquéllas, eclécticas; éstas, cerradas; todas miran hacia lo alto, hacia lo ideal, aunque el hombre quede solo en medio de la calle frente a lo económico, que es su vida, y con la psicología vuelta hacia su interior o simplemente ante tanta confusión de ideas y de sentimientos.

La formación de la Economía Política nos enseña la parte que tiene el pensamiento abstracto en el análisis de la necesidad humana y las vueltas y revueltas que toman las concepciones para considerar lo humano como mero punto de referencia o como motivo a liberar. El hombre sigue siendo tan desconocido como al principio, hasta la llegada de la escuela socialista positiva y de última hora.

Tan equivocados andaban en la manera de considerar el hombre que el sistema mercantilista, principio de la Economía considerada como ciencia, veía en la moneda una de las principales causas de riqueza. El dinero lo era todo, o casi todo, como encaje en una teoría que imponía un orden esencial en las sociedades humanas. Hoy se ha dado una vuelta completa, al extremo de considerar el dinero como una negación y obstáculo a la liberación del hombre. No es el dinero, sino

el pensamiento lo que cambia, aunque el hombre permanezca en lo estático. La primitiva ciencia económica buscaba la relación entre el hombre y el mundo exterior que sirviera de puente entre la materia y el espíritu. Las escuelas que siguen ya no le dan tanta importancia al dinero, sino a los bienes consumibles para la satisfacción de las necesidades humanas. La moneda es mero instrumento de cambio y medida de valor. La producción de riqueza, y no la vida, es a lo primero que se refiere la ciencia económica, siempre con una dirección y un fin abstractos.

Quesnay, uno de los primeros sistematizadores, médico por añadidura, establece el círculo de cambios sin fin de materia y fuerza entre las sociedades y la Naturaleza. Las voluntades individuales obedecían a un órgano regulador; el Estado, y el mundo social se refería siempre a leyes providenciales. El hombre era un engranaje más del gobierno de la Naturaleza. Locke y Condillac, filósofos del siglo xviii, influyen en la economía en su tiempo e introducen el análisis y la psicología moral, lo justo y lo injusto. El hombre es un ente abstracto e invariable sometido a la necesidad y persiguiendo su interés en el orden de la riqueza. Con ello nace el derecho de propiedad individual; el derecho que Grocio sustrae a la teología, sentando la relación de conveniencia con una naturaleza humana, social y razonable.

La economía del siglo xviii era una función de la moral, el derecho, la psicología social e individual, sistematizada y unida a la consideración de riqueza. El conjunto de la producción y de los hombres lo centraban en la solución de un orden inmutable y absoluto de la sociedad, la cual permanecía estática sin revolución económica posible.

Pero el hombre no se encuentra bien; no comprende exactamente el alcance de los sistemas que proponen y empieza, con el pensamiento libre, a investigarse a sí mismo; la biología científica adelanta y al calor de ella y de las matemáticas empieza una época intermedia que podríamos llamar crítica. Y vemos cómo Adam Smith se empeña en toda su obra en sacrificar lo absoluto y limitando la acción del Estado, sin perder todavía ese carácter optimista que anula, en parte, la acción del hombre. Los intereses individuales, en su choque diario, se bastarán para llegar a una armonía. La causa permanente es el interés personal. Después confía en una mano invisible providencial que guía al hombre hacia la felicidad suprema. El hombre no tiene dirección propia.

Malthus cambia de fondo y considera al hombre animado de una tendencia a multiplicar la especie, cuyo exceso de población consecuente lo podrá contener por la virtud de su disciplina moral. Malthus y Ricardo son pesimistas. En sus sistemas aparece la cuestión social como el conflicto de las fuerzas de la naturaleza y del espíritu. La libre espontaneidad tiene un límite: la tierra, y ésta dará al hombre un rendimiento siempre inferior proporcionado al esfuerzo humano. El hombre se queda preocupado. ¿Cómo evitar esta catástrofe? El trabajador se encuentra desarmado y la solución la ve en la limitación voluntaria de la población como medio de contener la oferta de productos. Lo económico va dirigido por lo psicológico. Hasta que llega la escuela histórica, dándose cuenta de los antagonismos sociales. Sismondi hace entrar el tiempo y la relatividad en la Economía; el hombre adquiere categoría sobre la producción de riquezas; ya cuenta algo. Los economistas atienden más a la distribución, quieren un mejor reparto y un desarrollo intelectual y moral del hombre. La comunidad es digna de un progreso material y espiritual. Vemos cómo el hombre va ganando puntos, aunque sigue dirigiendo la idea, lo moral, lo religioso. El hombre todavía es considerado como una contradicción más a resolver. Se va intercalando la escuela socialista, si bien como un derecho ideal. Owen es su mejor representante. Las instituciones tienen ya un origen humano y su misión es la de asegurar a los individuos condiciones iguales para su desarrollo. A la par, y oponiéndose, nace una escuela económica que se lanza de nuevo al optimismo absoluto. Carey y Bastiat, sus mejores

impugnadores, recogen al hombre económico y social y lo refieren a la unidad, pues, según ellos, todo tiende a la armonía final. El hombre queda comprometido en esta empresa heroica que con el arma de la fe se introduce en la Providencia mezclada a la ciencia positiva y a las hipótesis audaces. El individuo ya no sabe qué hacer. Estas corrientes del pensamiento económico y filosófico, que influyen en lo político, zarandean al ser humano de una a otra orilla salvadora sin que le dejen salirse del compromiso del naufragio. Al fin, de este orden absoluto va pasando al orden orgánico con el progreso de los intereses. El hombre está ya en medio de una corriente de la sociedad.

Aparece Stuart Mill como un juez conciliador, tratando de fundir la tendencia individualista con la colectivista, sobre todo en el problema de la propiedad. Pero llega el socialismo científico, con su concepción dinámica y propone una vida mejor y abundante para todos, cuyas consecuencias llegan hasta hoy. Proudhon, Marx, Lassalle: he aquí tres nombres símbolos, sobre todo los dos primeros. Proudhon es lo abstracto y lo científico a la vez. Su conclusión es moral: la Justicia unirá el egoísmo y el altruismo. Marx, con *El capital*, lanza un acta de acusación contra el Estado social moderno y contra la economía de sus antecesores. Marx es de la escuela histórica. Emplea el método psicobiológico en la explicación de los hechos. Su sociología abarca el derecho y la riqueza. Es dinámico y perfectible, defendiendo al hombre contra lo absoluto. Sentimiento de solidaridad y del sistema colectivo.

El hombre se queda en vanguardia hacia su resurrección. Sus espaldas las guardan la escuela orgánica y el método histórico; pero no sabe todavía qué hacer con tantas reminiscencias de sistemas y de teorías. ¿Por dónde empezará su reconquista? He aquí la lucha que sostiene el hombre actual. ¿Qué otros factores de orden psicológico se le cruzarán en su camino ya despejado? Ahora se verá si el hombre es capaz de ejercer libremente su destino.

En torno a la revolución cubana

ENTREVISTA CON SALVADOR GARCIA

Por FIDEL MIRÓ

Salvador García es un viejo militante confederal, como de cincuenta años de edad. Ingresó en las Juventudes Libertarias de Moncada (barriada de Barcelona) siendo casi un niño. Durante nuestra guerra civil luchó en el frente de Aragón hasta la caída de Cataluña. Con el grueso de su división fue a parar a un campo de concentración en Francia. Durante la segunda Guerra Mundial, tras el colapso del ejército francés, se incorporó a la lucha en el "maquis" contra el ejército alemán de ocupación. Se trasladó luego con su familia a Cuba, donde tiene familiares y de donde es originaria su esposa. Ha sido secretario de la CNT de España en Cuba durante muchos años. Llegó a México hace unos días, tras asilarse con su compañera en la Embajada de México en La Habana gracias a la generosa actitud de las autoridades mexicanas en aquel país.

EL PRINCIPIO DE LA FRUSTRACIÓN

Trato de eludir en lo posible lo mil veces repetido (alusiones al G.-2, la intervención militar y policiaca en todos los órdenes de la vida, las penurias económicas y la falta de alimentos, la ausencia absoluta de libertad y la negación de los más elementales derechos ciudadanos) y le pido a S.G. que me explique cómo se siente el hombre en un régimen totalitario y qué es lo que le hizo solicitar asilo en la Embajada de México.

—Haré lo posible por dar respuesta a lo que pides —comienza diciendo—. Se produce un estado anímico tan complejo que no es fácil describirlo. Se comienza por sentir una mezcla de indignación y de temor por las medidas gubernamentales y la marcha de los acontecimientos; se nota que la revolución se pierde, minadas con sigilosa labor de zapa al principio, y descaradamente después, las conquistas logradas. La conciencia se resiste a admitirlo. Lucha uno como puede contra las acciones gubernamentales encaminadas a negar el principio de libertad y de auténtica democracia; contra lo que tiende a aumentar la miseria de las clases productoras, "dueñas" de fábricas y campos, pero no de la producción, que es administrada por la nueva clase privilegiada en provecho propio y de sus fines políticos. No se quiere perder la esperanza. Algo, se piensa, habrá de quedar de la revolución; algún beneficio para el pueblo, algún adelanto en la historia... Se confía, en fin, en que habrá de producirse algún milagro: un golpe de Estado de los verdaderos revolucionarios, la rebelión de Fidel contra los comunistas, las guerrillas...

Pero pasan los meses sin que el milagro se produzca. El cerco se va estrechando: agobia y acobarda. El sentimiento de frustración se confunde con el temor, la incertidumbre, el fastidio y la repugnancia. Los bellos sueños se convierten en espantosas pesadillas: la mujer despierta a medianoche gritando que se llevan a los hijos; se sueña que la policía toca a la puerta. El Estado totalitario ha tejido su fantástica tela de araña. Ya no hay posibilidad de queja, o de reclamar, sin ser tachado de contrarrevolucionario y sufrir toda clase de riesgos. No hablemos de protestar, pues esto se paga con encarcelamiento. El simple reparto de una octavilla,

todo intento de organizar la oposición, representa exponerse a largos años de presidio, e incluso al paredón, como en la España de Franco; peor, como en los primeros años del franquismo. . .

—El Estado “bolchevique” —replico— tiene derecho a defenderse, debe hacerlo y aplastar de manera inmisericorde todo intento de subversión o de simple rebelión, según alegan los comunistas cuando están en el poder, lo que no les impide opinar lo contrario cuando están en la oposición y luchan con todas las armas —como sucede ahora en Venezuela—, contra las “podridas democracias”. Caídos, imploran el perdón de las autoridades.

García continúa, sin comentar mi interrupción, como obsesionado por una idea que ha conseguido crear en él una segunda naturaleza:

LA VIDA REPUGNANTE

—Parece como si el mundo se encogiera y la vida se volviera más ingrata y repulsiva, como si las paredes del hogar amenazaran desplomarse sobre uno. Terminaron las reuniones de afines en ideología e incluso de hermanos en desgracia. El sentimiento de amistad y camaradería desaparece. Surge por doquier, inevitablemente, el recelo y la desconfianza. Terminan las pláticas francas con los vecinos, y hasta con amigos y familiares. El círculo de los íntimos se reduce hasta su extinción. Uno se aísla, buscando la seguridad en la soledad. Escribe algo que no tiene el valor de decir a voces, como confesándose a sí mismo, para buscar luego un rincón donde ocultarlo y acaba siempre por destruirlo. Y ya sólo se piensa en huir y poder iniciar nueva vida en desconocidas y hospitalarias tierras.

Viejos amigos confiesan en la intimidad su derrota, su falta de valor, que tratan de justificar con los argumentos de la edad y la ausencia de esperanza. Con tal confesión parece que le echen a uno en cara la propia cobardía. Como si le dijeran: “Tú eres joven aún; tu deber es huir. Tú tienes que salir del país o irte al monte con las guerrillas.” Otros, afortunadamente pocos, han encontrado más fácil, venciendo todas las repugnancias, amoldarse, convertirse en abyectos servidores de los nuevos amos. Necesitan hacer méritos y que se olvide su pasado, por lo que hay que rehuirlos por peligrosos y cobardes.

Se sufre de asfixia intelectual y moral. A todas horas propaganda política de la peor especie. Pésimos programas de radio y televisión alternan con esa propaganda, de tan machacona insistencia como la propaganda comercial en el mundo burgués, con la agravante de ser menos variada y además agresiva e insultante. Lo mismo ocurre en el cine y en el teatro. Hay que reprimir la protesta a flor de labios, y cuando ésta inevitablemente se exterioriza —cada vez menos—, la irrupción violenta de la policía, que se lleva a un grupo de hombres y mujeres, y los gritos de la gente del régimen, coreados por lo más bajo de las capas sociales, lo más inculto y abyecto, por los mismos que sirvieron o aplaudieron la dictadura de Batista hasta el último minuto: “¡Gusanos! ¡Paredón!” Esto, y la constante vigilancia policiaca, disimulada a veces, contra los elementos conocidos como no adictos al régimen. La provocación diaria, el acoso brutal e incesante en todas partes y en todos los aspectos de la vida, llegan a crear una atmósfera irrespirable, que hace abominable la existencia. . . Sin hablar de la vida entre rejas. Queda explicado, así, el por qué me exilé, por qué huí de la “Cuba socialista” después de haber luchado siempre por la libertad y el socialismo.

LOS RÉGIMENES TOTALITARIOS

—Al proponerte esta conversación, era mi propósito que fuera breve en atención a que en torno de Cuba y el comunismo se ha dicho todo, o poco menos. Predomina en nosotros una idea simple: Cuba y Rusia, en el orden político, son

una sola cosa. Todos los regímenes totalitarios, cualquiera que sea su denominación, se parecen como una gota de agua a otra. No hay que añadir nada a lo ya dicho. Estamos convencidos de su carácter inhumano y su orientación y estructura contrarrevolucionarias. (Para los libertarios, la revolución se define así: libertad, bienestar en la igualdad, cultura y humanidad). Sin embargo, tu definición de cómo es y cómo se siente la vida, o cómo la siente el idealista apasionado de la libertad y de la verdadera revolución social, me ha impresionado tanto como si fuera la primera vez que la oyera.

Conozco tu participación en la lucha contra la dictadura de Batista, sé de tu entusiasmo desbordante durante los primeros meses, cuando fuiste a Francia, delegado por la CNT de España en Cuba, a defender la revolución cubana en nuestros medios, pidiendo que se le prestara todo el apoyo posible. ¿Puedes indicar en qué momento te declaraste abiertamente en lucha contra el régimen?

—Me costó mucho decidirme y sería difícil o imposible señalar un hecho determinado o una fecha exacta. Las razones expuestas contestan en parte la pregunta. Todos los libertarios y los cenetistas de dentro y fuera de Cuba fuimos entusiastas defensores de la revolución cubana, durante más o menos tiempo. Podría quizá señalar como el momento de mi ruptura definitiva con el régimen aquel en que publiqué un artículo en *El Libertario* con el título “¿Hay libertad en Cuba?” Poco después la policía asaltó y registró mi domicilio y me encarceló en el Castillo del Príncipe.

LOS QUE HUYERON

—Dejemos lo personal para fijar la atención sobre algunos hechos. Se dice que en el exilio hay ya más de cuatrocientos mil cubanos, cifra que parece fantástica si se sabe que la isla tiene sólo seis millones de habitantes y lo difícil que resulta huir de los países dominados por el totalitarismo, cualquiera que sea éste. Además, siendo Cuba una isla, la barrera a salvar es tanto o más difícil que el muro de Berlín levantado por los comunistas y conocido como el Muro de la Ignominia. La explicación de los comunistas la conocemos: cuantos huyen son contrarrevolucionarios; los vagos, los maleantes, las prostitutas. . . Lo que no explica los esfuerzos y las inhumanas medidas adoptadas para evitar que se vayan. Siguiendo una secuencia lógica de la propaganda comunista, el muro de Berlín y los impedimentos debieran levantarlos las “podridas democracias” para evitar la huida en avalancha de sus pobladores hacia el “paraíso socialista”.

—A los que han huido habría que sumar los que en el intento han perdido la vida, los que se ha tragado el mar y los que han sido enviados a los presidios. Además, los que han solicitado salir del país arriesgándolo todo, que suman posiblemente más del número de los que han logrado llegar a otras tierras. Al principio salió no poca gente enemiga de toda revolución social; pero después empezaron a desfilar —lo que significa honra para el cubano político y el hombre de ideas— los que habían hecho la revolución con las armas en la mano —no los que se sumaron a última hora a ella, como hicieron los comunistas— y los que participaron en la dirección del país en los primeros meses, desde el presidente de la República hasta milicianos, ministros y jefes del ejército, nombres y hechos de todos conocidos. Nadie ignora que es enorme el número de cubanos que espera una oportunidad para salir del país. Bastaría recordar las interminables “colas” ante la Embajada norteamericana antes de la ruptura de relaciones diplomáticas; los múltiples intentos de asalto a otras Embajadas para refugiarse en ellas arriesgando con frecuencia la vida; la trágica odisea de los que intentan huir en toda clase de embarcaciones. . . Si ello fuera poco, cabe señalar que a raíz de la llegada de los primeros barcos que llevaron alimentos y medicinas en pago del rescate de los prisioneros de Bahía de Cochinos, se produjeron verdaderas avalanchas de gente

que quería huir en ellos, teniendo el gobierno necesidad de acordonar las calles adyacentes al muelle para impedirlo.

SOLICITUDES DE SALIDA

En octubre del año pasado, cuando se produjo el bloqueo norteamericano, existían en las estaciones de policía más de doscientas mil solicitudes para salir del país, y se calcula que actualmente superan la cifra de trescientas mil, pese a los riesgos y perjuicios que ello comporta. Al hacer la solicitud hay que acompañar una renuncia escrita al empleo, un inventario completo de bienes personales, incluyendo utensilios caseros y otros de uso personal. Desde ese momento ya no se puede disponer de nada de cuanto figura en el inventario. Las declaraciones son verificadas inmediatamente por la policía y los comités de defensa de las respectivas barriadas. A partir de ese acto el solicitante es considerado y declarado contrarrevolucionario, "gusano", y sometido a estrecha vigilancia. Pérdida automática del trabajo sin ningún derecho a recuperarlo, y de todo derecho ciudadano. Es el caso de la inmensa mayoría de esas trescientas mil personas, que al no poder salir, y con muy pocas probabilidades de conseguirlo algún día, viven una situación tan desesperada que muchos se han visto obligados imperativamente, para poder subsistir, a solicitar nuevamente empleo. Y perdón, Castro manifestó recientemente, en el tono jactancioso que le es peculiar, que los "gusanos" que no han podido escapar a Miami "por haber sido abandonados por el imperialismo" no tendrán más remedio que ir a cultivar la tierra si quieren comer y subsistir.

LA NUEVA CLASE

—Tú has hecho mención a la nueva clase —digo a García—, fenómeno que ha explicado elocuentemente el ex teórico comunista y ex vicepresidente yugoslavo, Milovan Djilas. Cuando se hace mención a ello, los comunistas contestan, irritados, que es una frase puesta en boga por un traidor, sin comprobación real. Permíteme la narración de un hecho que conozco bien y que viene a abonar la tesis de Djilas. Hace cinco o seis años, un médico cubano rico editó en México un lujoso libro que me entregó para su distribución. Autor y libro, en lo social, de ideas avanzadas. Con tal motivo nos hicimos amigos. A fines de 1959 el médico en cuestión había enviado ya a su familia al extranjero. Un hijo estudiaba en México y se ayudaba con la venta del libro. Un año después, el médico vino aquí y me confesó que buscaba la manera de quedarse. Hablaba pestes de Fidel Castro y de su régimen. Pero hace apenas un año volví a hablar con él. Nuestro hombre ya no pensaba salir de Cuba. En forma bastante hábil justificaba el régimen, combatía fogosamente al imperialismo yanqui, afirmaba que el comunismo triunfaría a la postre, porque los miles de millones de hambrientos de Asia, Africa y América Latina no tenían nada que perder, etc. En el transcurso de la conversación, a menudo polémica, me dijo que trabajaba muy pocas horas al día, con todos los honores y la buena paga correspondiente; que disfrutaba de lujoso coche; que los médicos cobraban lo que querían en sus visitas a los enfermos; que salía con frecuencia al extranjero en misión oficial y con "suficientes" dólares. Me dijo también que un hermano suyo, rico hacendado que había estado algún tiempo preso por contrarrevolucionario, se hallaba de nuevo al frente de su finca en calidad de técnico y administrador, con sueldo de más de tres mil pesos (cuyo valor adquisitivo en Cuba, según el gobierno, es igual al de antes de la revolución, o sea al dólar, aunque no deje de ser una afirmación gratuita), espléndida vivienda, coche, ayudantes, secretarios particulares, etc.

—Quisiera añadir —continúa Salvador— que es cierto que en Cuba se han confiscado los bienes y residencias de los oligarcas de ayer, pero no lo es menos que tales bienes han pasado exclusivamente a los poderosos de hoy: técnicos extran-

jeros, altos oficiales del ejército y cuerpos represivos; estudiantes marxistas llegados de todas partes. Los lujosos coches son también el distintivo de la nueva clase. La división entre potentados y pueblo es más acentuada que nunca. Aquellos revolucionarios gesticulantes que hablaban sin cesar de austeridad y decencia se han convertido en jerarcas ostentosos que el pueblo repudia y teme a la vez.

Los viajes al mundo "socialista" son continuos. Es raro el día que no salen del aeropuerto de La Habana comitivas numerosas que van a China, a Rusia y demás países de ese mundo con abundantes fondos. Hay en la Cuba de hoy, además de restaurantes de lujo, los de carácter especial reservados a técnicos y militares soviéticos, donde abunda de todo; para ellos, tiendas especiales, ropa y calzado, y los licores más caros, sin necesidad de requisito; mientras el cubano pobre tiene que vivir con raciones miserables de café, arroz, yuca, ñame, plátanos, carne, ayer abundantes y al alcance de las clases humildes. Es una verdad que los comunistas no pueden negar, que Cuba era uno de los países de América con mejor nivel de vida.

PRODUCCIÓN MÍNIMA

Al principio se habían hecho cálculos sobre las próximas cosechas de azúcar, indicándose la cifra de ocho o nueve millones de toneladas. Antes de la revolución se habían logrado hasta siete millones en un año. Según declaraciones de los actuales gobernantes, la zafra actual ha sido de tres millones. Pregunto a Salvador a qué atribuye este enorme descenso, pese al tan cacareado "trabajo voluntario".

—El escaso rendimiento de los trabajadores —dice— es debido, entre otras causas, a la falta de estímulos, haber visto mermados considerablemente su capacidad adquisitiva y sus derechos ciudadanos y sindicales, lo que ha producido una apatía general y la desbandada colectiva de los obreros hacia las grandes ciudades. El campesino —pese a todas las jactancias del gobierno— ha sido quizá el peor tratado por la revolución. El "guajiro" se ha percatado de su desdichada situación. El mísero sueldo no le permite cubrir las más elementales necesidades. Comida escasa, y rara vez poder adquirir un par de zapatos u otra prenda de vestir. Como todos los cubanos, tiene que acudir al mercado negro con sus limitadísimas posibilidades. De ahí que prefiera irse a la ciudad y vivir a la sombra del hijo o hermano miliciano, policía o funcionario político por pequeña que sea su categoría. El aparato estatal ha tenido la virtud de multiplicar la burocracia gubernamental y las fuerzas represivas.

Otros factores causantes de esta quiebra de la producción, especialmente en el caso del azúcar, han sido: fracaso estrepitoso del trabajo llamado voluntario sin más finalidad que la propaganda política; falta de repuestos para la maquinaria, de insecticidas y abonos; quemía de cañaverales por actos de sabotaje, con frecuencia realizados por los mismos campesinos; perjuicio en las plantaciones por los cortadores improvisados...

—¿Crees que Fidel Castro es y ha sido siempre comunista?

—Ni lo es ni lo ha sido, a mi entender. Es un ególatra, con ambiciones sin límites, capaz de vender su alma al diablo con tal de figurar, de mandar, de ser el centro de la situación. En cualquier lugar y momento los comunistas encuentran siempre un Fidel Castro.

—¿Crees en una pronta liberación del yugo comunista?

—Tengo esperanzas. Estas nunca se pierden. Pero a la vez tengo dudas y temores. No es fácil que un pueblo se libere por sí solo, sin fuerte ayuda exterior, de las garras totalitarias. Tenemos el caso de España, que lleva ya un cuarto de siglo de duración, a pesar de que el fascismo internacional fue vencido en los campos de batalla, al impulso democrático en Europa, a la "ayuda" de los rusos...

Romanticismo y Revolución

Por J. GARCÍA PRADAS

EN LONDRES, HACE UNOS AÑOS, leí un manifiesto estético de cierto anarquista inglés, joven, culto, muy activo entonces como poeta, dramaturgo, novelista, sociólogo y médico a la vez, que se me había hecho admirable, pero no me había dado ocasión de conocerle. En aquel manifiesto de algún tiempo antes, poco más que estudiantil, postulaba un bravo romanticismo, que alzase bandera anárquica —si bien decía “anarquista”— en todo campo del arte, y especialmente en el literario. Aquello no me extrañó, ya que venía de un joven que, al escribirlo, tenía sólo veinte años; y, además de no extrañarme, lo vi con mucha simpatía, aunque también con una sonrisa escéptica. Pero, avanzando por las páginas del texto, empecé a hallar dos cosas harto chocantes: una, el fiero tono de odio que había en la prédica levantisca, y otra, frecuente, la confusión —muy inglesa, desde luego— de “sociedad” con “Estado”, cosa que daba lugar a suponer, o por lo menos a temer, que la audaz indisciplina postulada no fuese contra el Estado, sino contra la misma sociedad, y aconsejada en gran parte por un odio antisocial.

Aquello no me gustó. Parecióme inconveniente y peligroso, al primer golpe de vista. Poco después, cuando pensé más en ello, me pareció hasta malsano, de origen tan lamentable como los mismos efectos que cabía esperar de ello. Interesado en otras cosas, no tardé en olvidarlo. Pero a los dos o tres meses me encontré con Jorge Woodcock en París, donde estaba reuniendo materiales para una biografía de Proudhon; y al poco rato de saludarle, yo, recordando al autor del manifiesto, le pregunté:

—¿Conoces personalmente a X.?

—Sí. ¿Por qué? —me contestó y preguntó, a su vez.

—Ya te diré... ¿Sabes si tuvo una infancia desdichada, una adolescencia de frustración?

—No; nunca me ha hablado de eso.

—¿Tiene algún defecto físico?

—¡Hombre, sí! Por desgracia, lo tiene. Pero no sé si está bien el decir que “por desgracia”, ya que él lo muestra con orgullo: con tal agresividad, que te lo mete por los ojos.

—No me extraña —dije a Woodcock, una vez que él me describió la anomalía anatómica del brillante compañero—. No me extraña, porque el odio antisocial, no antiestatal, que campea en algunos de sus escritos junto al amor por “el hombre” a secas, tenía que venir de algo... Su infortunio se ha hecho agresividad. Así es que, no ya por nosotros, amigo Woodcock, sino en bien de los demás y de nuestros ideales, ¡ojalá no seamos desgraciados!

—¡Ojalá!...

En eso quedó el asunto, del que pocas veces he vuelto a acordarme ya. Pero sí lo recordé recientemente, al leer cuatro antologías que ofrecen amplia selección de la lírica francesa, portuguesa, italiana y española. Cuando, en volumen tras volumen, llegué a los poemas de principios del siglo XIX, encontré en todos, con sorpresa, ritmos de marcha militar; y no de marcha militar majestuosa y sosegada,

como, por ejemplo, la *Marsellesa*, sino viva, de tumulto callejero, de victorioso motín... o de revista teatral. Aquellos ritmos eran, ciertamente, una insurrección contra los propios de toda estrofa clásica, así romancesca como italiana, renacentista; pero eran ritmos de rebelión uniformada, de milicia corretona sometida a entrenamiento militar; y a entrenamiento militar napoleónico, de pequeños minotauros, porque su módulo era el paso de piernas cortas y apresuradas...

Tales ritmos de *run-run* o de *chin-chin* perduraban en la lírica casi hasta fines de siglo, y hombres tan dispares en muchas cosas como Víctor Hugo, Alejandro Herculano, Zorrilla y Manzoni, parecía marcar el paso en ellos —el mismo paso de hombres cortos, presuntuosos e infantiles— de manera cómicamente arrogante, tremebundamente vana, como lo es la rebeldía uniformada. Su marcialidad era de charanga; de ella, intentando describirla, sacó el español la onomatopeya, tan elocuente y graciosa, de *chundarata*. Música de chundarata, poemas de chundarata, rebelión de chundarata... ¿Cómo sufrir eso ahora? ¿Cómo leer *Il Conte di Carmagnola*, de Manzoni, sin sentirse el lector un *tenorino* y avergonzarse de sí mismo al correr del sonsonete? Sin embargo, recordemos una estrofa, que en ritmo y tema es epítome de casi todo el romanticismo:

*Ahi sventura! sventura! sventura!
Già la terra è coperta d'uccisi;
Tutta è sangue la vasta pianura;
Cresce il grido, raddoppia il furor.
Ma negli ordini manchi e divisi
Mal si regge, già cede una schiera;
Già nel volgo, che vincer dispera,
Della vita rinasce l'amor.*

Helo ahí: tierra cubierta de muertos, la vasta llanura en sangre, grito en auge, y, por doquier, un redoblante furor; pero en la tropa, llamada “el vulgo” por resabio aristocrático, aun sin tener esperanza de victoria, renace el amor: el de la vida, que es el único existente, por diverso que sea en su expresión.

Al leer cosas así, de que está llena la poesía romántica, especialmente la del principio, recordé una exposición de cuadros de Géricault, vista un año antes en Londres. Los de su primera época, sujetos a la influencia de David y Delacroix, tenían temas tempestuosos: cielos de tormenta, nubes con mucho de banderas, rayos espléndidos y terribles, caballos encabritados, lanceros de alto *pom-pom*, trompetas de desafío, violencia de guerra por doquier. En los de quince años más tarde predominaban los temas lúgubres, tétricos a veces, como si al glorioso ocaso, tan sangriento de esplendores, hubiera seguido una noche oscura y húmeda, espectral: cielos de opresivo plomo, miserables casas renegridas, la carreta de los muertos, la carroña y la sangraza de la Morgue, la borrasca con sus fustas en los náufragos sin esperanza de salvación, pero clamantes de nuevo amor a la vida... Y también en el color, oropimente entre verde y amarillo, oscurecido por sombras fúnebres, venenoso de arsénico y azufre. Mientras que, sola y elocuentísima en un rincón, una escultura del pintor mostraba cruel, enfermizamente, el estupro de una ninfa por un sátiro —haciéndonos recordar aquella otra en que Rodin, pese a ser generalmente tan sano, tan equilibrado y clásico, manifestó su satiriasis—.

¿Era preciso ver después la mascarilla mortal de Géricault, para adivinar que vivió abrasado, como en cal viva, por la tuberculosis y la sífilis? Lo esencial de sus cuadros, ¿no proclamaba que sufrió también la fiebre —tan carnal como mental— de la Revolución Francesa? Ideas filosófico-políticas y temas artísticos son una cosa; otra, a menudo bien distinta, es el origen secreto de unas y otros, revelado en acción y ejecución, en el modo de dar vida a idea o tema. La ninfa

forzada, de Géricault, y la mujer de Rodin atravesada por un falo, tienen, creo, su clara relación con las del *Rapto de las Sabinas*, típicamente prerrevolucionario, y con las imágenes femeninas de la Revolución —fiera, jarifa, por conseguir y domar— en su período meridiano, como también con las cortesanas de aquel Imperio napoleónico en que, como suele ocurrir en todos, Marte buscó su reposo entre los brazos de Venus. De las sabinas a la estatua de Rodin, pasando por todas las diosas de barricada y las *demi-mondaines* que las siguieron en los salones, tiende su arco una parábola sexual, inseparable de la Revolución y del romanticismo que dejó por estela.

Romanticismo y Revolución se hallan, embrionariamente, en las obras de Rousseau; pero también se halla en ellas una exaltación sexual tan violenta como enfermiza, sádica a ratos, masoquista en otros. ¿Y es que no hay analogías entre el puro Robespierre y el corrompido De Sade? Albert Camus no consiguió esclarecer la cuestión de la *révolte* sin hacer un análisis de la vida y escritos del Marqués. El impacto de la Revolución en la España de 1808 no fue de ideas, sino de satiriasis, según muestran los estupros de mujeres, las mutilaciones de hombres, la obscena sevicia de las masacres, los mismos rostros de mamelucos que Goya expuso en sus *Desastres de la guerra*; y ni su España ni él mismo, dé tan risueña majeza anteriormente, fueron los que habían sido, a partir del Dos de Mayo; parecieron contagiarse de lo llevado por la invasión... ¿No llegó el contagio hasta nuestra América? El criollo Miranda presumía de haber estado en los brazos de Catalina la Grande, y el abnegado Bolívar empezó por dedicar tanto tiempo y energías a *l'amour* como después ofrendó a la independencia americana.

Ved el hombre de la época, el más típico, que es el militar a quien luego imita el currutaco, el petimetre, el señorito donjuanesco y un tanto afeminado: su aire, su traje, su estirado cuello altivo, las patillas a modo de carándulas, la cabellera alzada en cresta, la casaca y las bandas de colorines que —atadas a la cadera— le forman una vistosa cola, como el sable le sirve de espolón, nos revelan que está imitando al gallo, y, en efecto, con todos sus ademanes tiende a convertir la vida en refugio de gallos, como el salón de sarao en gallinero. Eso mismo, hecho temas o modos de expresarlos, pomposamente farruco, aparece en la escultura, la poesía y la mímica de entonces: un fondo de satiriasis.

La Revolución dio al romanticismo sus principales características. De ella vino, al principio, su impulso heroico, su tempestuoso arrebato, su donjuanismo político, bizarramente conquistador; de ella vino, al fin, su amargura tétrica, su morbosa inclinación hacia lo lúgubre y espectral, su deleite en corrupción, estrago y muerte: el donjuanismo final, de cementerio, que sólo en *El estudiante de Salamanca*, de Espronceda, es conquistador hasta después de la muerte, porque sólo él llega a extremos nihilistas.

Hace unos años dijeron que el Papa pensaba canonizar, o poco menos, a don Juan de Mañara. Y no fue extraño. Pues la literatura romántica, revolucionaria, acabó siendo conventual, prendada de lo monástico, como había acabado el campeador Carlos V. Si el arte romántico, al principio, tuvo ímpetu combativo, no fue sólo de normal energía liberada, sino también de frenético sadismo; y el del final, tan penitente, tan amigo del cilicio... en la molición o la vagancia —recuérdese el pseudoascetismo de D'Annunzio—, tuvo, mentalmente al menos, una gozosa aceptación del fracaso y del tormento, típicamente masoquista y hasta casi necrofílica. ¿No llegó a Baudelaire —cuya estampa "española" en *Les fleurs du mal* es sádica y masoquista a la vez—, a Swinburne, a Rimbaud, a Verlaine, al Mirbeau del *Jardin des supplices*, a Oscar Wilde, a Huysman, a todo el surrealismo e incluso a la aparatosa literatura falangista de hasta hace unos quince años? De la Revolución Francesa, como causa o como síntoma de otros males ignorados, viene el

arte romántico en sus dos fases —de frenesí y postración—, como de esta última se ha derivado el decadentismo, que a menudo ha hecho pasar por audaz demolición lo que sólo era desintegración moral, bohemia con presunción de *maudite*, corrupción de toda suerte de valores.

Si el desastre afectara sólo al arte, podríamos darnos por satisfechos. Pero concierne también, mediante ideas y actitudes, a la sociedad en pleno: sociedad heredera de una tradición revolucionaria, que empezó rebelde, se hizo violenta y acaba de devenir irresponsable, ya sea en nombre de egregias ideologías —no siempre exentas de riesgos—, ya en el del vil y general *me'n-foutisme*. El clasicismo no fue una mera cuestión de formas, sino de equilibrio, de disciplina voluntaria, de hombría fuerte y moral, de virtud y virtuosismo: responsable —tanto en el artista, que deliberadamente hacía difícil su creación, como en el artesano, que tenía a deshonra el ser chapucero—. Cabía cambiar de formas, no prescindir de deberes. Y en vez de hacer aquello, se hizo esto otro.

Los fueros de la intuición tienen que ser compatibles con la ley de la razón; de lo contrario, se tornan en fueros de la locura, privilegios del delirio, y aun acaso en meras trampas picarescas, como a menudo se ve en todo el "arte moderno", que suele ser farsa antigua. Sólo a fuerza de hombría razonable, disciplinada, severa consigo misma, digna y risueña como Sócrates, se puede, creo, hacer arte de virtud y virtuosismo, independiente a la vez que responsable. Y sólo así se hace sociedad. Los infinitos partidos derivados de la Revolución, las infinitas escuelas derivadas del romanticismo, con su infinidad de improvisaciones extravagantes y triviales, no han invalidado nunca principio clásico alguno, ni en el arte ni en la vida.

Mens sana in corpore sano no fue una improvisación, sino un cuerdo dictado de la experiencia. Y sano espíritu en sanas formas, sano propósito en sana organización, medios tan dignos como sus fines, es lo que hoy necesitamos, no insolencias neobárbaras ni fueros neorrománticos. Harto está el mundo de regresivas revoluciones, de revueltas que refuerzan lo que quieren destruir. Y es de suponer que, al menos quien peina canas, está cansado también del primer *chin-chin* romántico, precursor del *jazz*, del *rock and roll*, del *cha cha cha* y de las demás expresiones coreográficas del disloque en que todo está acabando. En contraste con eso, la civilización es la gracia del tenis, la eutimia del patinaje sobre hielo, la variante ondulación del endecasílabo, la cohesión de las rimas, el equilibrio de proporciones, la adaptación de la forma al tema como el guante a la mano, la medida en todo, la disciplina que impone la razón. Y eso, que no la "rebeldía sin causa" a que hemos llegado ya, es lo que puede salvarnos.

Sólo deseo añadir que en esta pugna entre romanticismo y clasicismo, no terminada todavía, continúan enfrentándose dos mundos: el mediterráneo y el germánico, el del derecho público y el de la libertad personal, el socrático y el fáustico, que Goethe intentó fundir casando a Fausto con Helena. Desde que el Renacimiento salió de Italia y se extendió por el norte de Europa, está predominando el mundo fáustico; pero, también desde entonces, su trágico destino —el de quien vende su alma al diablo— está anunciado en las leyendas medievales que vino a recoger Marlowe, que en su *Fausto* mostró la aberración del afán de libertad convertido en frenesí de poderío, del anhelo de saber trocado en empeño dominador, de los medios en pugna con los fines. Si tenemos la desdicha de vivir cuando la fuerza impulsiva, anárquica, desplaza a la cordura racional, anarquista, procuraremos al menos distinguir entre las dos, para oponernos a aquella, que es la muerte, y defender esta otra, que es la única pauta de la vida.

Veinticuatro años de meditación

POR JUAN RUEDA ORTIZ

¿EXISTIRÁ DE VERAS EL PROPÓSITO DE REGENERACIÓN en los procedimientos tácticos de nuestro movimiento? Como la amorosa Penélope, nuestros ojos horadan el gris horizonte en éxtasis soñador, mientras las manos tejen la rutinaria dialéctica, en indolente conformación. Todo nos parece hecho y en cambio, todo está por hacer. Casi sabemos lo que somos, pero tenemos una vaga noción de lo que valemos. Multitud de ideólogos tamizaron nuestra ruta de exégesis brillantes donde quedaron pragmadas una "sociedad sin clases", un "sistema sin guardianes del orden", una "economía comunalista", un "mundo sin fronteras", un "régimen basado en el amor y en la fraternidad"... Era la Acracia, que por un instante pareció real en la generosa plástica de Thomas Moro y en el abanderado individualismo de Max Stirner.

Cuando en el estadio universal de las doctrinas hubo de justificarse la nuestra, Pedro Kropotkin blandió certero los argumentos de *El Apoyo Mutuo* y *La Conquista del Pan* y Miguel Bakunin instrumentó el aparato realizador de la primera Asociación Internacional de los Trabajadores. Amanecía en el campo del Socialismo la más humana de las místicas, que habría de requerir inverosímiles sacrificios de luchadores iluminados y el incendio apasionado de sentimientos colectivos. Lo que fue alimento espiritual de grupos selectos, de cenáculos teorizantes, llegó a tener efímeras manifestaciones colectivas en Francia, en las postrimerías del siglo XIX y, años después, en la segunda década de esta centuria, en Alemania, Suecia, Holanda, Italia, y, con menos fuerza, en otros países europeos y en Sudamérica. Sin embargo, habremos de rescatar para España el privilegio de sus más altas proyecciones, empezadas con el alzamiento del campesinado jerezano en 1892, recogidas en la Federación Regional del Trabajo, catalana y, posteriormente, en la CNT, cuya trayectoria mantiene abierto un trascendente debate, que sólo ha sido nutrido con improvisaciones, con invocaciones teóricas y con la exhibición magnífica de una fuerza revolucionaria, que ha mostrado posibilidades muy dignas de aprovechamiento.

Restar méritos a la improvisación es desconocer que constituyeron una respuesta a las circunstancias. No fue en las grandes ciudades, donde el proletariado tenía metas inmediatas por alcanzar: mejores salarios, derecho de asociación, seguridad profesional, adecuadas jornadas de trabajo y prestaciones diversas; sino en las zonas campesinas, donde las situaciones eran más confusas y la arbitrariedad más ostensible. Allí, las arengas rebeldes hallaron siempre mayor sensibilidad. Las proyecciones sociales de los oradores y las doctrinas escritas encontraron una fuerza expectante, confiada, dispuesta. Para ella, el Comunismo Libertario era posible en la forma que lo estaban conociendo, porque todo se limitaba a un cambio fácil, cuya primera fase: el acto violento, había sido experimentado en numerosos encuentros con la fuerza pública. Recordemos con respeto los pueblos que usaron la huelga general como prólogo del cambio social, en Andalucía y Extremadura, durante los tres primeros años de la República. Y recordemos también cómo sin defensa ni orientación alguna, montaron su régimen comunal aquellas poblaciones gaditanas y malagueñas situadas en los propios límites del campo franquista y, con mayor fuerza, en la zona liberada de Aragón. Todas las soluciones eran buenas ante lo incierto, mas no deben

ser tomadas como modelo, porque carecen de consistencia realizadora. Son una manera de empezar, pero ni el Congreso de Zaragoza ni los teorizantes habían podido pontificar con certeza unas medidas aseguibles para tan importante suceso histórico.

¿Quién no ha leído a Proudhon, a Malatesta, a Fabri, a Gori, a Mella, a Lorenzo, a Rucker, a Faure, en aquellos opúsculos luminosos que forjaron la mística de nuestras luchas? Había en ellos exposiciones desbaratando la creencia en Dios; señalando la injusticia de las desigualdades sociales; acusando al Estado policiaco de sus crímenes contra la libertad de pensar; incitando al proletariado a participar en la administración de la riqueza, en la defensa de sus derechos públicos y a organizarse para ocupar las fuentes de trabajo. La ciencia electrónica no había empezado a ocupar el mundo todavía; el hombre no empezaba a conquistar el espacio cósmico; la humanidad vivía en relativa calma social; las guerras no violentaban la liberación colonial; las venerables banderas sindicales no habían sido arrolladas por las necesidades públicas y las trincheras ideológicas defendían posiciones individuales que hoy carecen de valor realizable.

Estamos frente a situaciones que reclaman fórmulas certeras y visión realista.

De todo este pasado hemos salvado varias convicciones. Una, es que podemos crear una fuerza sindical poderosa inspirada lealmente en principios de esencia libertaria. ¿Debemos empecinarnos en el error de dogmatizarla? ¿Debemos aislarla al extremo de fincar en ella todo el valor preciso para una transformación como la concebida en su último Congreso, expresión numérica regular de la CNT? O, por el contrario, el día en que pueda rehacerse en territorio español, ¿debe hacer una revisión integral de sus principios y su estructura, para participar seriamente en la reorganización funcional que la economía española necesita? Otra, es que será muy difícil forjar una militancia soñadora. El cambio de la fisonomía del mundo inclina a los hombres hacia planos de un disfrute inmediato de los beneficios de la civilización. La dinámica militante tiene que ser otra. El desencanto es la peor de las frustraciones. Las convicciones tienen que surgir de un análisis honrado de nuestras cosas. La mística no se ha perdido, pero necesita saturarse de nuevos alientos, aceptar el mensaje que las nuevas generaciones traen consigo. Y otra, acaso la más interesante, es que solos no vamos a ninguna parte, más que a satisfacer los íntimos anhelos ideales de quienes guiaron nuestros primeros pasos por aquellas románticas sendas del anarquismo de fines del pasado siglo.

Veinticuatro años de meditación no parecen haber predispuesto a muchos de los naufragos de aquella tempestad a considerar conveniente el cambio de su vieja postura. Por el contrario, los ha afirmado en ella. Cosa respetable si consideramos que todos los hombres tienen derecho a ensimismarse en su mundo ideal; pero inaceptable desde el punto de vista de nuestra responsabilidad ante el problema español, que sigue siendo problema y sigue reclamando nuestra indeclinable responsabilidad.

Veámoslo a través de estas breves y precisas consideraciones:

1. ORGANIZACIÓN SINDICAL. ¿Es adecuada la estructura que dimos a la CNT en el ya citado Congreso de Zaragoza? Deberemos significar, en apoyo de esta necesidad, que había una desde el nacimiento de la Confederación, hasta el Congreso de la Comedia, otra que se mantuvo—salvo la clandestinidad primorriverista—hasta el Congreso del Conservatorio, otra que prevaleció hasta el Congreso del Iris Park y la de "tiempo de guerra", con que podríamos cubrir las precipitaciones de 1936 a 1939. El destierro nos ha obligado a montar, sobre escisiones y plenos, compromisos que han recogido la necesidad de trabajar de cara a la liberación de España. Sería plausible que los militantes que se mantienen por lealtad dentro de la Organización, se avocaran a un examen de este asunto y, con la amplitud requerida por tan importante cuestión, estudiaran todos los puntos que tienen relación con el futuro sindical de la CNT. Se argüirá que eso es fácil y que habrá de resolverlo en pleno la CNT cuando volvamos allá. Esa sería una manera de eludir el compro-

miso. Si somos capaces de sugerir fórmulas de gran contenido, ahora que nada turba la tranquilidad con que podemos pensarlo, estaríamos adelantando mucho.

Nuestro regreso a tierra peninsular puede venir de improviso. Un accidente político interior o internacional, de los que tantos han habido, puede ponernos frente al dilema. Y no por eso, las fuerzas obreras que evolucionan en torno al mismo objetivo, dejarán de hacerlo. De una u otra manera, con direcciones ideológicas distintas a las nuestras, los sindicatos actualmente establecidos bajo la égida de Falange manejan los intereses de los trabajadores. Son muchos los años transcurridos para que la conciencia creada por ese sistema desaparezca de la noche a la mañana. En último análisis, sería una fuerza que reclamaría gran parte de nuestra atención, para impedir su influencia. Conste que eludo en este planteamiento la característica ideológica o política de estas fuerzas obreras. Me refiero, de manera concreta, a la eficacia sindical que deberá tener la nueva organización cenetista.

La CNT tiene metas invariables que subsisten, no obstante las modernas condiciones que rigen la vida obreropatrolal y el avance público de las conquistas proletarias. Si por una parte fueron superadas, por otra se han enriquecido. Estas metas requerirán de una estrategia diferente. ¿Tenemos capacidad para planificarla? Hagámoslo. Estamos muy a tiempo. Comencemos a limpiar de telarañas los procedimientos, a desempolvar sistemas, a examinar el pasado. Pensemos en todo: en aquellos sindicatos de oficios varios; en los que se ramificaban nacionalmente, como las empresas de que dependían; en las federaciones nacionales; en la coordinación local, comarcal y regional; en los organismos especializados para el control económico; en los representativos para la integración de los institutos colectivos con las otras organizaciones sindicales, ahora llamados de "alianza"; en tantas y tantas cosas que pueden hacernos falta para observar un ejercicio pleno y consciente de nuestra responsabilidad en el campo de producción y del consumo.

Aun suponiendo que esta inquietud—lo ha sido, virtualmente—hubiera significado una honda preocupación de algunos grupos de militantes y se hubiera llevado a Plenos en años pasados, la superación de los sistemas debe obligarnos a pensar seriamente en un estudio panorámico del asunto, de la misma manera que por ciclos más o menos espaciados nos ocupó a lo largo de la vida de la CNT.

2. FUNCIONALIDAD DIRECTIVA. Puede parecer un poco ilógico el rubro, pero tiene su razón de ser. Por una de tantas "fobias" a caer en terrenos excesivamente legalistas, nuestras asambleas tienen poco en cuenta a las minorías, no mantienen un sistema parlamentario adecuado, y confunden militancia y afiliación.

Se necesita ajustar bien la maquinaria para hacerla más efectiva. Casi podríamos decir, salvando toda suspicacia, que es necesario un *nuevo modo* en el trato interno de los cuerpos que temporalmente dirigen a la militancia y un sistema que afirme la fraternidad y facilite el rendimiento y la realización del mandato aceptado.

A poco que se medite sobre este caso se verá que las divisiones habidas en nuestro campo se deben, principalmente, a no haber puesto mucha atención en un sistema adecuado. Para su buen equilibrio interno, contamos con dos corrientes bien definidas dentro de la CNT. Esto, lejos de contrariarnos, debe satisfacerlos. Existen en todas partes y no es motivo de quiebra más que en el caso en que, desprendidos de las normas que rigen el ejercicio directivo, surge el encono por no haber sabido valorar las posiciones ideológicas. No es intrascendente el caso. Muchos militantes han huido y seguirán huyendo de nuestro lado si los procedimientos parlamentarios y orgánicos no reconocen esa consideración que cada cual cree merecer. En la CNT han ido entrando elementos de todas las capas profesionales. Hace mucho tiempo que dejamos el estado de larva. La cultura ha sido una de nuestras mayores preocupaciones y no se cohonestan los procedimientos primarios con el tacto y el cuidado que atraiga a los hombres capaces.

3. DIALÉCTICA NUEVA. Es preciso que la renovación abarque hasta esa elemen-

tal manera de expresar las ideas. Una terminología común, estereotipada, no puede ser jamás el distintivo de una comunidad. Hay compañeros que se siguen expresando igual que hace treinta años. Su léxico exhibe una anquilosis que podría haberse curado con lectura abierta y no dogmática.

La naturaleza de nuestro movimiento—el de mayor contenido humanista y social, el que aspira a un cambio radical en la vida de la sociedad—ha de distinguirse por una superación sistemática. Las propias doctrinas llevan en su contenido esa aspiración.

La dialéctica tiene, como todas las manifestaciones ideológicas, una expresión exterior, en la que juegan los conceptos, y otra interna, que los genera. El que se aferra a los términos comunes está carente de contenido. Poco o nada hemos hecho por limpiar esa situación. Y aunque la iniciativa, más parece inclinada a una decisión individual, es cierto que si nos lo propusiéramos podríamos cambiar la dialéctica en uso, por otra que revelara avance constante en la apreciación doctrinal y conceptual que informa nuestra ruta. Y por si alguien pensara en extremos tan superficiales como el de estimar que la edad y las escasas luces son determinantes, diremos que no es obedeciendo a esas características por cuya razón hablamos de la dialéctica; sino porque la CNT está obligada a revisar actitudes y conductas que darían como resultado ese cambio substancial en su presentación.

4. ORIENTACIÓN Y CAPACITACIÓN. Aunque la televisión y el radio invaden la intimidad del hogar y hasta él llevan el mensaje cultural o político, científico o artístico y todos tenemos la oportunidad de conocer el avance de la Técnica, ésta tiene ángulos que merecen una posología particular en el seno de nuestros núcleos orgánicos.

A través de mesas redondas, seminarios y ciclos—cada sistema trabajando con sus características propias—los temas más importantes de la vida moderna pueden actuar de vínculo permanente. A las "mesas redondas" puede quedarle bien el análisis temático, porque se presta a debate y permite conclusiones. A los "seminarios", la incorporación de ponencias que forjen una conciencia sobre temas específicos, y a los "ciclos" de conferencias, las exposiciones completas sobre asuntos que requieren extensiones superiores para un buen planteamiento.

El interés personal, la atracción sensible de cualquier militante para el estudio angular de temas de preparación e interés, depende de una especial programación.

No debe extrañarnos ni parecernos inverosímil, la creación de una Facultad de Estudios Económicos y Sociales auspiciada por la CNT. Nuestros militantes deben conocer a fondo la naturaleza de los fenómenos que mueven la vida económica. Hemos de propiciar esta capacitación con sentido didáctico y preparación técnica especializada.

Conociendo esta necesidad debemos trabajar de cara a ella con verdadera ilusión, buscando el máximo acierto. Felizmente, los acontecimientos del pasado se llevaron aquella neurosis obsesiva de quienes hablaban contra la demagogia y no podían salir de ella. El mensaje que los hombres de la CNT digan públicamente debe mostrar conciencia plena y sugerente de nuestros problemas. La tribuna ha sido y seguirá siendo un medio de conquista, pero la precipitación de una vida política fugaz, nos obliga a calibrar bien el juicio y a presentar los pensamientos con limpieza y concreción. Pasó la época del discurso repetido. Contamos con todos los elementos básicos para una escuela de capacitación doctrinal, donde lo académico y lo universitario estén al servicio de quienes se sienten obligados a usar técnicas sólidas, si quieren ser útiles a esta organización, en la que han dado sus mejores esfuerzos emocionales y autodidácticos.

5. PERIODISMO EFICIENTE. No ha sido éste el capítulo más descuidado de nuestras actividades. Siempre pusimos en él un empeñoso interés cuyos resultados fueron buenos, pero hemos adolecido de "articulismo", a falta de dedicar a los

periodistas con que contamos, a ejercitar su profesión. Muchos de los periódicos que tenemos se nos caen de las manos por su pesadez. No tienen la variedad temática e informativa, la encuesta inquietante, la agilidad y la brevedad que pueden dar un sesgo nuevo a las orientaciones.

Bien es verdad que la palabra escrita permite menos errores que la hablada, porque se presta a rectificación y examen antes de ser publicada, pero no deja de ser una igual a la otra. Y si los pensamientos orales se escapan a diario de nosotros, como una necesidad que busca nuevos campos, importándonos mucho que sea conocido, el periodismo que construyamos ha de ser igual: independiente, pero aglutinante; doctrinal, pero evolucionado; viril, pero fraternal.

Qué bueno sería que este capítulo mereciera mayor interés en nuestra organización. Contaríamos con instrumentos de gran utilidad para mantener la ahora dispersa fuerza que necesita de orientación adecuada, para recordar que tiene deberes que no se extinguen más que con la propia vida.

6. CENSO DE LA MILITANCIA. Deberíamos comenzar por eso: por saber cuántos somos y cómo estamos. La auténtica realidad nos es desconocida. Hay ampulosidad en la apreciación del número. Sabemos que por toda la faz de la tierra hay compañeros esparcidos, pero ¿cuál es su posición económica, su edad y su interés en nuestros asuntos? Conocemos la existencia de numerosos grupos en México, Venezuela, EE. UU., algunos países sudamericanos y, del más fuerte, en Francia. Eso es empírico. Cuántos. Dónde. Cómo. Respuestas precisas surgidas de una encuesta minuciosa. Muchos compañeros se alegran al saber de nuestras cosas, pero no volverán a España a ocupar su vieja trinchera. La edad, las raíces familiares, la posición económica, el acomodo social... y tantas otras causas, lo impedirán. En cambio, podrían contribuir con sus recursos al sostenimiento de la lucha.

No es preciso abundar en razones para comprender la importancia de esta medida orgánica. En forma incipiente se ha intentado ya. Hace falta que la investigación ahonde lo suficiente para lograr resultados plenamente satisfactorios. No se podrá decir, igualmente, que esto es un trabajo para después. Debió haber sido lo primero que hicieramos. Y como también somos un cuerpo histórico, a estas horas debiéramos saber cuántos y quiénes nos dejaron para siempre en este peregrinar por la tierra, cuyos datos servirían para completar el censo que la CNT habría de tener a estas alturas.

7. ESTRATEGIA DEFENSIVA. No vamos a meternos "entre las patas de los caballos", sabiendo que éste es el talón de Aquiles de nuestras fundamentales disensiones. Precisamente, por ello, no podremos orillarlos tampoco. No me refiero a la lucha contra Franco y su régimen, sino a las medidas posibles para la defensa de la CNT, el día en que volvamos a territorio peninsular. ¿Debemos aceptar que pueda esperarnos la clandestinidad de nuevo, porque hayan fallado las previsiones o nos hayamos excedido en una confianza forjada en el exilio? ¿Sirvió de algo lo que aprendimos frente a los sucesos de mayo de 1937, en Barcelona? ¿Tendremos en cuenta lo que pasó en Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Cuba y otros países? ¿Deberemos confiar en la casi ineficaz resolución personal? ¿Qué instrumentos podrán defender a nuestra Organización en el previsible caso de que nos quieran reducir, como en tantas otras ocasiones, a la nada?

Tampoco es éste un asunto que deba dejarse para luego. Es un simple motivo de planeación interna para que los acontecimientos pasados nos sirvan de permanente experiencia y nos hagan dormir con un ojo abierto.

*

Por ese camino iríamos muy lejos. Los problemas surgen frente a la máquina de escribir, reclamando prioridad para su exposición y su examen. El exilio nos ha dado

oportunidad de conocer la marcha de los sindicatos y las metas obreras en cada país de nuestra residencia, de igual manera que nos tiene al día en el conocimiento de los problemas mundiales.

El juicio que nos merecen las cosas de la CNT y los asuntos económicos de España, así como la postura política que hemos de adoptar frente a un posible retorno, es ahora más claro que nunca. No se reduce al ámbito en que normalmente actuábamos, sino que irrumpe en otros planos de la vida nacional.

Hemos aprendido y gozado los beneficios de la seguridad social, implantada ya en todo el mundo. Los adelantos científicos desplazan también muchas de las cosas que habrían significado preocupación y lucha hace veinticinco años. El "internacionalismo" cenetista habrá de ser revisado, porque lo hemos visto reducido a escasos y poco importantes grupos en Suecia y Holanda, aparte de habernos sentido defraudados por las organizaciones obreras que pudieron significar su apoyo y su acción en favor de nuestra causa, limitando a ayudas *morales* y a declaraciones conservadoras una acción que pudo ser muy valiosa en todas las circunstancias por las que hemos travesado. Y si hay alguna duda, ahí están los resultados del Congreso Mundial de la CIOLS, celebrado hace un año en Berlín.

Volvemos, pues, al punto de partida de estos comentarios. Todo está por hacer. Contamos con una experiencia preciosa, tanto en lo que toca a las luchas vividas en España, como a lo actuado en el destierro. Obsesionados por un justificado anhelo de regresar pronto, hubimos de planear situaciones que el tiempo anuló con cada vez más lejanas posibilidades de retorno. Pero eso nos ha servido de mucho provecho. Debemos ir dejando lo provisional y haciéndonos a la idea de lo que sucedería si por un accidente inesperado nos halláramos frente al gran reto de las circunstancias. Y actuar bien de prisa. Porque en ese momento nos daríamos cuenta de que, además de una buena voluntad, bien poco es lo que podríamos llevarnos para allá.

Procuremos que la sublime quimera ideal que sirvió para forjar la mística que nos inspira en el más vigoroso movimiento revolucionario del proletariado, adquiera la prestancia de las grandes realizaciones históricas y que del naufragio de un exilio prolongado pueda salvarse el tesoro ideológico de la CNT para que siga constituyendo una esperanza frente al motín de fórmulas inciertas con que cada grupo político pretende salvar las libertades, hoy anuladas, del pueblo español.

EN TORNO AL ASESINATO DE MORENO BARRANCO

A instancias de nuestros amigos y merced a nuestros requerimientos, el Departamento de Estado ha intervenido en el caso del joven demócrata Manuel Moreno Barranco, asesinado por la policía franquista en la cárcel de Jerez, el 22 de febrero y en la forma que hemos relatado en nuestro número anterior.

En Madrid, la Embajada norteamericana se ha dirigido al ministro Fraga Iribarne solicitando información respecto a la muerte de Moreno Barranco, y el ministro de Franco, tras de colgar el consabido sambenito de... "haberse encontrado propaganda comunista en casa de Manuel Moreno Barranco", reconoce que algo anormal ha sucedido en la cárcel de Jerez de la Frontera, aseverando que... "se ha abierto una investigación judicial"...

En Washington, el Departamento de Estado ha comunicado a la Embajada de Franco, que por demandarlo una Comisión Congressional, solicita la información pertinente respecto a las circunstancias que concurren en la detención y muerte de Manuel Barranco.

(De *España Libre*, de Nueva York.)

Examinemos con calma nuestra situación

POR JUANEL

HOY MÁS QUE NUNCA SOMOS partidarios de la libertad del hombre y del derecho natural que tiene a satisfacer íntegramente sus necesidades morales, materiales e intelectuales y, como contrapartida, el cumplimiento de los deberes y obligaciones que imponen el goce de esos derechos y las exigencias reguladoras de la producción y de la convivencia.

Ni por un instante hemos dejado de considerar valederos los principios que han informado al Movimiento Libertario Español desde su fundación. Por no hacer más que una cita como ejemplo, los que declaraba la Alianza de la Democracia Socialista, después de su constitución en 1870:

La Alianza quiere, ante todo, la abolición definitiva y completa de las clases y la igualdad económica y social de los individuos de ambos sexos. Para llegar a este objetivo pide la abolición de la propiedad individual y el derecho de heredar. Que la tierra y los instrumentos de trabajo, como cualquier otro capital, llegando a ser colectivos, de la sociedad entera, no puedan ser utilizados más que por los trabajadores, es decir, por las asociaciones agrícolas e industriales.

Estos principios generales, de la más pura raíz libertaria, tienen hoy tanta actualidad como ayer y no dudamos que la tendrán mañana.

Hecha esta declaración previa para sosiego de susceptibles, entraremos en el examen de lo que motiva este trabajo.

Desde sus orígenes el carácter constructivo y realista del Movimiento Libertario Español le distinguió de sus homónimos de otros países y le salvó de las hondas crisis sufridas por éstos, que le han conducido a un naufragio completo.

Y se salvó también porque tuvo el acierto de conservar su unidad y no dar audiencia, o absorber, a las diversas corrientes o capillas individualistas, colectivistas, naturistas, etc., que lo han pulverizado en el resto del mundo.

Pero hace unos años que el Movimiento Libertario Español ha llegado a la encrucijada de ese proceso. O lo supera tomando la buena vía o se desliza hacia una vía muerta donde se irá extinguiendo, todo lo lentamente que queráis, pero de manera irremediable. Otras fuerzas, como han hecho en el mundo, como lo inician en España, entrarán en escena, ocuparán o usurparán su puesto y, mal que nos pese, irán dando solución a los problemas complicados del mundo moderno y mejorando las condiciones morales y materiales de los seres humanos. Escamotear esta alternativa es suicida y no seré yo quien la oculte.

Antes de que me llegue ese turno inexorable que nos va dejando ya tan solos, quiero unir mi voz a la sincera y valiente de nuestro Santillán que, como nadie de nuestra generación, ha hecho y hace tanto por la propaganda, por la organización y por el prestigio de las ideas.

De poco sirve que se intente convencernos de que nuestra salud es muy robusta porque nos limitamos todavía a sostener —¡y con qué penas!— media docena de publicaciones en su mayoría rutinarias, allí donde se nos tolera, aunque se declare a continuación que todos los regímenes son iguales.

La verdad es ésta: que aun allí donde nuestras actividades son libres, nuestros

efectivos han sufrido la aterradora disminución de un 85 por ciento. Y el descenso continúa. Muchos han muerto, es verdad, pero es indudable que la descendencia se ha duplicado. De seguir ese descenso, un simple cálculo señala nuestro destino.

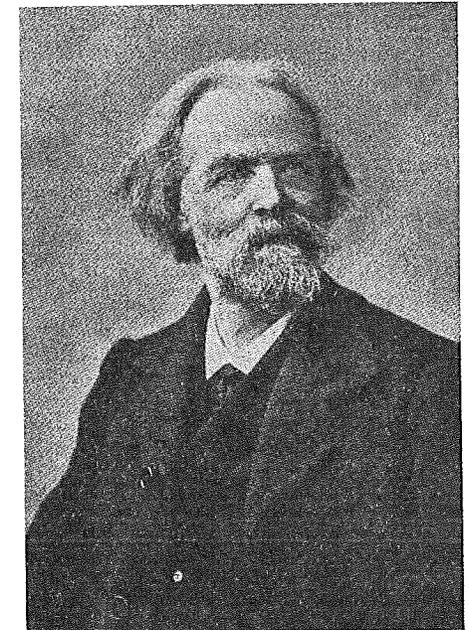
Hay salvación, ¡cómo no! Es muy posible que a pesar de esa poda tremenda constituyamos todavía la primera fuerza nacional en militantes convencidos y con disposiciones para trabajar; pero nuestra salvación está condicionada al examen implacable de las causas de nuestra crisis y a la aplicación de la terapéutica apropiada para remediarla.

En primer lugar hemos de dejar bien sentado que para cubrir la primera, indispensable y urgente etapa, que es la de contribuir a la caída del régimen de Franco —sin lo cual sobra todo lo demás—, estamos obligados a unir nuestros esfuerzos, de una manera decidida y sin reservas, con las diversas fuerzas antifascistas de oposición al régimen. Si no lo hacemos es evidente que torpedeamos y retrasamos la solución del problema, y en el mejor de los casos, si se resuelve sin nuestra intervención, nos condenamos voluntariamente a quedar al margen de toda influencia popular, reducidos a un grupo específico con la tolerancia legal que quieran concedernos. Aun actuando de concierto todas las fuerzas de la oposición, tendremos trabajo para hacer frente a un régimen que, después de derrotarnos, ha triplicado y modernizado su fuerza militar y su aparato represivo.

Por razones que están al alcance de todos, la influencia que ejercíamos entre las masas y la supremacía que teníamos en el orden sindical han disminuido en la proporción alarmante que hemos señalado. Allí el 80 o el 90% de nuestra militancia ha sucumbido, no por deserción o por indiferencia —caso muy corriente en el exilio— sino en la horca y ante los pelotones de ejecución. La minoría que queda está neutralizada, controlada y flanqueada rigurosamente por el aparato represivo del régimen.

En la escena han entrado otras fuerzas, nuevas generaciones no castigadas, al margen de nuestra influencia, que sólo tienen una idea muy vaga y deformada de lo que hemos representado en España. Y estas generaciones, como las del resto del mundo, sólo se movilizarán por conquistas auténticas e inmediatas. El barómetro nos lo dan los centenares de miles de emigrados económicos que abandonan España y ante cuya indiferencia se estrellan las repetidas llamadas que les hacemos. Aparte una insignificante proporción, no quieren saber nada con la emigración política ni con sus organizaciones representativas. Franco les abrió las puertas de las fronteras de par en par cuando los tuvo bien dominados. Atribuirse la paternidad de los últimos movimientos huelguísticos, como hacen algunos compañeros, es muy poco serio.

Con las juventudes universitarias y los intelectuales, muy desorientados ideológicamente, aunque bastante comunizados, entran en la oposición los socialcristianos, que ya acusan una influencia acentuada entre los trabajadores. Estas fuerzas tienen fácil desarrollo, pues la represión que se ejerce contra ellas tiene un cierto carácter



Eliseo Reclus

paternalista si se la compara con la que sufren las organizaciones antifascistas tradicionales.

Y, por último, están los comunistas, que con su proverbial oportunismo y pocos escrúpulos extienden su influencia y su penetración en varias instituciones claves del régimen. Todo les favorece: la propaganda sistemática del régimen atribuyéndoles la exclusiva de la oposición; la acción verdaderamente catastrófica de las democracias y su complicidad con el régimen, y el aliento y la ayuda que reciben del mundo comunista.

Todas las fuerzas verdaderamente liberales y democráticas del país, nosotros incluidos, perfectamente conjugadas, tendremos no poco trabajo para neutralizar la marea comunista y evitar que España se hunda en otro totalitarismo no menos temible que el franquista. Si hay algún compañero bastante miope para no presentir esto, la realidad se encargará de aclararle la vista cuando ya tal vez sea demasiado tarde si desde ahora mismo no se toman las medidas necesarias.

Y no, no será posible salvar la situación si nos atrincheramos en una posición absentista, negativa y dogmática, pretendiendo por nuestros únicos medios efectuar una transformación total, aislados de todas las fuerzas auténticas de oposición. Sólo la acción concertada de todas ellas puede provocar la crisis interna del régimen hasta lograr que le abandonen ciertas fuerzas interiores y exteriores, sin cuyo hecho no vemos la solución por parte alguna.

Sin perder de vista el objetivo final, señalado al comienzo de este artículo, hemos de actuar teniendo en cuenta las realidades del momento, reconociendo que los pueblos no quieren ya alimentarse de promesas para el año 2000, sino que exigen hechos concretos, realizaciones inmediatas que garanticen su existencia cotidiana y aseguren sus necesidades en caso de paro, de inutilidad, de enfermedad y de ancianidad. Y ni para eso está muy dispuesto a jugarse la vida, cuando en los propios sistemas capitalistas, aun con grandes deficiencias, lo van alcanzando sin explosiones revolucionarias.

Por mi parte estimo que no se trata de la intervención en el Estado ni en sus organismos ejecutivos; se trata de prever si hemos de situarnos al margen de la sociedad y de sus instituciones, siquiera sean culturales, laborales y económicas.

Yo creo que habría de hacer reflexionar a los compañeros el que cada vez que los anarquistas se han encontrado ante la responsabilidad de la administración de un pueblo, el imperativo de las circunstancias les ha obligado a ser flexibles en la aplicación de los principios rigoristas y a aceptar fórmulas conciliadoras poco ortodoxas, pero muy prácticas. La Comuna, Ucrania, México, Baviera, España misma, nos brindan ejemplos concluyentes. O hacer frente a la realidad substantiva, subtrayéndonos en lo posible al autoritarismo y afirmando siempre la libertad del hombre y de las colectividades, o admitir la exclamación que se atribuye al Nazareno: "Nuestro reino no es de este mundo." Y como para nosotros no existe otro, estaríamos arreglados.

Se expresan con frecuencia temores de traicionar nuestros principios, de no seguir la línea trazada por nuestros teóricos. Estos, sin embargo, con pertenecer a una época más favorable y menos complicada que la presente, no fueron tan cerrados y exclusivistas como se asegura y, como nosotros, estaban angustiados por los mismos problemas e incertidumbres. A demostrarlo dedicaremos una buena parte de este escrito.

Decía Cornelissen en *Die Internationale*, bajo el título de "Socialismo constructivo":

Teóricamente, para mí, es evidente que si no podemos cambiar la forma negativa y puramente crítica de nuestra propaganda, después de cuarenta años, no nos será posible interesar a las masas. A nuestra afirmación de que vamos contra el Estado, contra el parlamentarismo, contra la colaboración de clases, etc., y que nosotros esperamos solamente la revolución, un hombre de la calle, el primer llegado, nos responderá: "Esto no me

interesa; yo no quiero saber contra quiénes estáis, sino más bien lo que queréis practicar."

Y Rodolfo Rocker en *Teoría y práctica*:

Por lo que a mí se refiere he de declarar que veo también en la asociación de comunismo y anarquía la condición más favorable para un desenvolvimiento libertario de la humanidad, pero esa opinión sólo tiene una importancia relativa y no poseemos ninguna garantía de su exactitud. En todo caso, los acontecimientos revolucionarios de Rusia, de la Europa central, de Italia, etc., nos han colocado ante una cantidad de nuevos problemas que hacen aparecer como dudoso que una próxima revolución se desarrolle prácticamente en el marco de las condiciones que nos ha descrito Kropotkin en *La conquista del pan*.

Además, el lema de "cada uno según su capacidad", no será tan sencillo en su ejecución inmediata y práctica como la mayoría de nosotros creíamos antes.

Por eso nuestros compañeros de Alemania debieran aprovechar toda ocasión para cooperar con otros que tengan buena voluntad y aspiren honestamente a poner el bien común por encima de los intereses particulares de partido. Hay que tomar lo bueno dondequiera que esté.

Y en otro lugar añade:

Si tenemos que elegir entre la posibilidad de un sistema gubernamental dictatorial y fascista, y un estado constitucional burgués, preferimos absolutamente lo último.

Fue esa consideración la que incitó a Mots a preferir la República a la dictadura del sable, la que hizo saludar a Bakunin la victoria de los republicanos franceses sobre los monárquicos y la que, últimamente, hizo deducir las mismas conclusiones a nuestro viejo amigo Malatesta.

Y de Luis Fabbri, extractamos de *Dictadura y revolución*:

De cualquier modo que sea, nosotros comprendemos que, después de la revolución, podría instaurarse en el territorio de ésta un régimen no anarquista y que, al menos por ahora, ésta sea la eventualidad más posible y más probable. Nosotros podemos querer que la revolución tome una determinada orientación. La revolución, por la fuerza de los acontecimientos, por circunstancias imprevistas, por voluntad de las masas, etc., puede luego tomar una dirección contraria, considerada por nosotros como menos provechosa. Pero en tal caso, ¿debemos nosotros, los anarquistas, ponernos contra la revolución o retirarnos desdefiosamente al Monte Sagrado, encerrarnos en la torre de marfil de nuestra intransigencia, rehusando nuestras fuerzas a la defensa de la revolución, sólo porque ésta no marcha completamente de acuerdo con nuestros deseos? ¡Ni en sueños! Podemos y debemos rehusarnos a contribuir a los errores ajenos; pero nuestro deber de luchadores contra el Estado burgués, contra el capitalismo y sus supervivencias, por la expropiación y la libertad, es un deber que subsiste y que debemos cumplir con tanta mayor energía, cuanto más avanzadas e intransigentes sean nuestras ideas. Permanece íntegro para los anarquistas el deber y el interés de defender la revolución, a pesar de su orientación estatal y a pesar de sus métodos, contra los enemigos de dentro y contra los de fuera.

Estar ausentes, rehusarse al supremo deber de la defensa de la revolución, significaría, en realidad, traicionarse a sí mismos, por cuanto en los resultados se tendría una revolución aún menos radical y menos libertaria. Al contrario, cualquier gobierno que surja de la revolución será tanto menos opresor y permitirá tanta mayor libertad cuanto más los libertarios, es decir, los defensores de la libertad, hayan sido y sigan siendo los esforzados defensores de la revolución en todos los campos de la múltiple batalla.

Y dice Max Netlau en su artículo "¿Es posible la convivencia entre socialistas autoritarios y socialistas libertarios?":

Si los elementos liberales-humanitarios y los libertarios atenuaran, o mejor, olvidaran sus disensiones en toda la línea, presentarían una falange considerable que hoy falta por completo. También nosotros somos víctimas del fanatismo unilateral en nuestros propios medios. Ese fanatismo unilateral que extrema sus gritos cuando algún camarada o alguna tendencia inician el acercamiento a otra tendencia y parece con ello que todo está perdido y todo se hunde. Son hombres fatales de pensamiento único, inmutable, que se atribuyen la misión de defender su ideología única. Con todos los respetos para su fidelidad y constancia, diremos que son elementos verdaderamente conservadores que obstruyen la vía del progreso. Les falta el sentido de proporción, no dándose cuenta de que nuestra causa requiere una agilidad mental muy grande para hacer frente a situaciones cambian-

tes. Por lo que respecta a este tiempo, creo que nuestra causa demanda estar presentes en todos los medios progresivos, para animarlos, educarlos y unirlos. . .”

Del mismo Netlau, en el Apéndice a *Incitación al Socialismo*, de Landauer:

... Reclus sabía lo que vivía y vive siempre en iniciativa independiente y en deseo de comunión libre en todos los pueblos de la Tierra. Malatesta, más realista, pienso, lo ve todavía mejor. Pero los doctrinarios de que yo hablo no lo ven, lo desprecian; se creerían decaídos por la pureza de las ideas si tratasen de asociar la idea a alguna realidad viviente. Eso es verdaderamente en ellos el reflejo del culto a lo absoluto de las religiones. Son los creyentes en la concepción inmaculada de la Anarquía, ideología engendrada por las concepciones de origen extrahumano, absolutamente puro, de los fundadores de las religiones, como Jesucristo. Una Anarquía un poco práctica, realista, es, en su sentir, la virgen María arrastrada al arroyo.



Ricardo Mella

De Ricardo Mella en *La bancarrota de las creencias*:

Es el proceso evolutivo de todas las creencias. El anarquismo, que nace como crítica, se trueca en afirmación que toca los linderos del dogma y de la secta. Surgen los creyentes, los fanáticos, los entusiastas del nombre. . . La ilusión de un anarquismo cerrado, compacto, uniforme, puro y fijo como la fe inmaculada en lo absoluto, pudo vivir en los entusiasmos del momento, en las imaginaciones febriles, ansiosas de bondad y de justicia, pero exhaustas de verdad y de razón. Muere fatalmente cuando el entendimiento se aclara y el análisis desgaja las entrañas de la idealidad. Y llega el momento supremo de hacer añicos las propias creencias, de romper los cachivaches ideológicos adquiridos en tal o cual autor, en el amorío con esta o la otra tesis moral o filosófica. ¿Por qué ocultarlo? ¿Por qué continuar batallando a nombre de puerilidades pseudocientíficas o semilógicas? La verdad no se encierra en un punto de vista exclusivo, no se guarda en arcas de frágil tabla; no está ahí a la mano, ni al alcance de cualquier osado que resuelva descubrirla. Como la ciencia, como todo lo humano, está en formación. Estamos y estaremos obligados a caminar tras ella por tanteos sucesivos, que no de otra suerte se forma el caudal de los conocimientos y se establece la certidumbre. . .

Para la filosofía anarquista no hay una verdad inmutable, una justicia inmutable, una ciencia absoluta, sino verdades que varían en el tiempo y en el espacio, concepciones relativas de la justicia y parciales realizaciones de la ciencia.

¿Son científicamente racionales las ideas y los estados definitivos? ¿No es contradictorio con el estado de perpetuo movimiento de la energía universal ese otro pretendido estado definitivo de las ideas, ese prurito de las sistematizaciones en que arbitrariamente se encierran toda la vida y todas las manifestaciones de la vida? Las ideas hechas, las fórmulas cerradas, los dogmas imperativos, todos los absolutos han fracasado.

Y dice Alejandro Berkman en *El ABC del Comunismo Libertario*:

Hay una literatura considerable sobre el anarquismo, pero la mayoría de sus grandes obras fueron escritas antes de la guerra mundial. La experiencia de un pasado reciente ha sido vital y ha hecho necesarias ciertas revisiones en la actitud y argumentación anarquista. Aunque los propósitos básicos permanecen idénticos, algunas modificaciones de aplicación práctica son dictadas por los hechos de la Historia en curso.

Y como lo hace Netlau, Malatesta opina también sobre la unidad de esfuerzos en los siguientes términos:

Hace falta, por tanto, un acuerdo, unirse para desembarazarse de la monarquía que impide todo progreso, toda mejora. Permanezca cada cual como es y haga también su propaganda con las propias ideas y por el propio partido; pero las diferencias, por grandes que sean, que separan a los diversos partidos, no deben impedir que éstos se unan, para un objetivo determinado, cuando realmente existe un interés común a todos. ¿Y qué interés más urgente que el de conquistar las condiciones esenciales de libertad, sin las cuales el pueblo cae en el embrutecimiento y se hace incapaz de reaccionar, y los partidos no tienen modo de propagar sus ideas? Ante la brutalidad de ciertas situaciones, toda discusión se encuentra necesariamente interrumpida. Es preciso obrar. ¿Sería error gravísimo obrar cada uno por cuenta propia, sin acuerdo alguno, y correr el peligro de paralizarse recíprocamente, con ventaja del enemigo común! Incluso hay que tratar, con una acción concertada, de asegurarse aquella victoria material que es condición necesaria de cualquier transformación del orden actual de cosas. . .

Y en cuanto a los principios, dice tal vez cargando un poco la mano: “Por mi parte, violaría todos los principios del mundo con tal de salvar a un hombre.”

Peiró, al que con tanta justicia se recuerda por todos nosotros, dedica una buena parte de su obra a examinar estos problemas. Aunque ya se van haciendo largas las citas, no quiero terminarlas sin reproducir algunos juicios:

Dejando las cosas en su debido lugar, no se pueden confundir los principios con las tácticas, lo fundamental con lo contingente, lo permanente con lo circunstancial y transitorio.

Hasta julio de 1936, la táctica del anarquismo consistía en permanecer al margen del Estado, y desde allí combatir a éste y a sus instituciones. Pero la táctica del anarquismo de la primera mitad del siglo XIX consistía en lo contrario. Proudhon, por ejemplo, ocupaba su escaño en la cámara francesa y desde él combatía al Estado y a sus instituciones.

Y no fue solamente Proudhon, que al fin y al cabo no era anarquista declarado, sino anarquistas militantes como Salverio Friscia y José Fanelli, eran diputados al parlamento italiano. Cuando Fanelli vino a España en 1868 a organizar con tanto éxito la Internacional y la Alianza era diputado por Nápoles y diputado continuó a su regreso a Italia de acuerdo con Malatesta y los anarquistas.

Nuestro mismo Fermín Salvochea fue elegido diputado por Cádiz para las Cortes de 1869, aunque le fue anulada el acta por una condena de doce años de presidio. Y sigue Peiró:

La forma y lugar de y dónde combatir al Estado es un problema que se reduce a una cuestión de táctica. Lo fundamental, la médula de los principios del anarquismo consiste en combatir y debilitar al Estado hasta su completa desaparición y en traspasar al pueblo la autoridad y el poder del Estado.

Hace cerca de un siglo que el anarquismo lucha contra el Estado desde fuera del Estado, y éste, en lugar de verlos reducidos, cada día acrecienta más su autoridad y su poder.

Quiera que no, el anarquismo habrá de contribuir a la reconstrucción económica de España, con la particularidad de que habrá de hacerlo dentro de un plan de colaboración tanto o más directamente que lo está haciendo ahora para ganar la guerra, o el anarquismo se hundirá en la más profunda de las crisis como factor operante y como valor histórico.

Sí, del anarquismo recordamos solamente sus principios y olvidamos que la realización de aquél, más que de sus principios depende de la Historia y de las tácticas que se empleen para realizarlo. Sí, en efecto, la razón del anarquismo podrá ser ésa; pero cuando la Historia no se pone de acuerdo con el anarquismo, que sea el anarquismo el que se ponga de acuerdo con la Historia.

Y he dejado para el final al maestro de todos y el más esclarecido exponente de la filosofía anarquista, Miguel Bakunin. Aconsejamos la lectura de su “Catecismo Revolucionario” del libro de Max Netlau *Life of Bakounine* (páginas 221-233) y del que tomamos unos párrafos que, como todo él, hace referencia al plan a establecer a la supuesta caída de la sociedad capitalista. Dice así:

Elección inmediata y directa de todos los funcionarios públicos, judiciales y civiles, así como de los representantes y consejeros nacionales, provinciales y comunales por el pueblo, es decir, por el sufragio universal de todos los individuos mayores, mujeres y hombres.

La Comuna nombra y destituye por elección todos los funcionarios, administradores y jueces y administra sin control los bienes comunales y sus finanzas. Ella deberá someterse también al juicio provincial y a las medidas que, después de haber sido sancionadas por el voto del Parlamento Provincial, le serán ordenadas por el gobierno de la provincia.

El Parlamento Provincial. Comprenderá ya sea una sola Cámara, compuesta por representantes de las comunas, ya sean dos cámaras, que una comprendería los representantes de las comunas y la otra los representantes de toda la población, independiente de las comunas. El Parlamento Provincial, sin inmiscuirse en la administración interior de las comunas, deberá establecer los principios fundamentales que deberán constituir la Carta Provincial y que serán obligatorios para todas las comunas. El Parlamento Provincial establecerá la Carta constitutiva de la Federación de Comunas, sus deberes y derechos vis a vis del Parlamento, del tribunal y del gobierno provincial. Votará todas las leyes, disposiciones y medidas que reclamen las necesidades de la provincia entera y del Parlamento Nacional, sin perder jamás de vista la autonomía provincial y la autonomía de las comunas.

Y por ese proceso propone Bakunin el Parlamento Nacional, compuesto por delegados de todas las provincias, y el Parlamento Internacional, compuesto por representantes de cada nación o región para llegar a la Federación Universal de los pueblos. Es de suponer que Bakunin no se refiere al parlamentarismo al uso en el régimen capitalista.

Se podrá estar o no de acuerdo con todo o parte de lo que exponen precedentemente los teóricos del anarquismo, así como con lo expuesto por ellos en otros escritos. No fueron ni pretendieron ser infalibles. Lo cierto es que no tenían un concepto tan dogmático y cerrado como se pretende para justificar posiciones extremas. A la hora de la verdad y de la responsabilidad colectiva les asaltaban las mismas inquietudes que a nosotros, con la particularidad de que en los últimos cincuenta años la sociedad ha sufrido tales conmociones y transformaciones que hace más necesaria que nunca una revisión de objetivos y actividades inmediatas, un ajuste de posiciones de acuerdo a las exigencias del mundo actual.

No hay que ser esclavos de preceptos fijos e inmutables que, por otra parte, niegan la ciencia y la razón que, como bien dice Ricardo Mella, sólo admiten verdades y concepciones relativas que varían en el tiempo y en el espacio. Hay que afrontar las realidades de cada situación y de cada hora sin complejos atávicos que paralizan la acción. Una agilidad mental y actuante nos tendrá presentes en el centro de los acontecimientos para contribuir y decidir en los mismos y configurar las instituciones y estructuras de la sociedad, orientándola por caminos de libertad y de justicia social.

Nuevos caminos para la economía ibérica

POR CAMPIO CARPIO

A LO LARGO DE LOS SIGLOS, la economía española se ha distinguido, antes que por la cantidad, por la diversidad de productos extraídos de su suelo. La gran variedad ha actuado en el conjunto de la riqueza, varias veces a lo largo de la historia, como una reserva en la que podía confiarse. Encontrándose protegida siempre por cosechas más o menos regulares en rendimiento, el fracaso de producción de uno o más rubros no gravitaba catastróficamente en el equilibrio de su economía. La población española es de antecedente agrícola.

Tal vez se deba en parte a eso que lo que hoy conocemos como Península Ibérica sea una de las regiones más antiguas de Europa, pues que, según algunos, los primeros habitantes constituidos en comunidad en esa región datan del período paleolítico (50,000 a 25,000 años a. de C.), denominados gravetienses, que ocuparon la mayor parte del territorio y constituyeron el sustrato étnico mediterráneo que es todavía la base principal de la población.

Las nuevas aportaciones que se han sucedido refúndense con el primer estrato, sin anular sus características esenciales. Hasta el final de la época glacial y el comienzo de la era climática actual (10,000 a 8,000 años a. de C.), también penetraron en la península los capsenses, que deben considerarse como entidades africanas a juzgar por los testigos arqueológicos que nos dejaron. Posteriormente, con el neolítico se acentúa la diversidad cultural.

Los cazadores y colectores del período anterior, son sustituidos por agricultores y pastores que entraron en España probablemente procedentes del Cáucaso, el sur de Rusia y también con el aporte de contingentes oriundos, particularmente de Egipto y el Medio Oriente, por los años 4000 a 3000 a. de C. En la Edad del Bronce (2000 a. de C.) se registra otro contingente importante de población, esta vez de origen oriental, proveniente de Creta y Anatolia, que parecen ser el fermento de la cultura ibérica propiamente dicha. Aparte, otra invasión, a partir del primer milenio, constituida por entidades indoeuropeas (ligures o ilirios) mal conocidas, penetra por el norte, culminando con grandes oleadas celtas (900 a 600 a. de C.) que inician, ya en grande, una explotación agrícola.

De ahí en adelante, todos sabemos cuáles han sido los aportes de humanidad que recibió la Península Ibérica desde el comienzo de nuestra era. Mas lo que queremos significar es que étnicamente la población española es de origen agrícola por antecedente histórico, y esa característica que la singulariza predomina todavía, ya que esa explotación ocupa el 57% (17.100.000 personas) en esas tareas. El fuerte de su economía está constituido por frutas, cereales y una pobre ganadería que no puede mantenerse en un suelo de suyo pedregoso.

España cuenta ya con 30.000.000 de habitantes. La agricultura representa el 50% de la renta nacional. Las dos terceras partes de las precarias exportaciones provienen de productos agrícolas. El 70% de la población rural son braceros (12.000.000 de personas) con rudimentos de educación cultural, que repiten las tareas de trabajo—tanto de preparación del suelo, como siembra, cultivo y cosecha— como en las épocas del Imperio romano. El campo español está reclamando a

gritos un ejército de ingenieros agrónomos para instruir a la población sobre los métodos más racionales para la explotación del suelo, elección y selección de las mejores y adecuadas especies que la composición química de la tierra permita, las múltiples ventajas que proporciona el empleo de la maquinaria, su uso y cuidado. Del mismo modo, el suelo ibérico pide la realización de un plan de forestación adecuado en aquellas regiones desoladas, previa instalación de equipos de regadío, por surgente y extracción subterránea, para ponerlas en plan de producción.

La extensión territorial es de 506,487 Km². Las posesiones africanas abarcan 340,000 Km² y 2.000,000 de habitantes (60 h. por Km² en el continente ibérico). Si verdaderamente puede estimarse como admisible, en comparación con otros países de Europa, no hay que olvidar que gran parte del espacio corresponde a suelo rocoso o semicubierto con una capa improductiva o de tierras lavadas por aluvión de deshielos y correntadas pluviales.

El suelo productivo reclama una subdivisión revolucionaria, que desarticule los latifundios en el sur y centro de la península, que tienen un régimen de aprovechamiento medieval proveniente de los primeros duques de Alba, y están dedicados, en algunos casos, a cría de ganado de lidia, a cotos de caza y a otras inutilidades improductivas, en tanto la nación gime por escasez de suelo en donde enterrar sus energías. De otro lado, la misma reforma, pero en sentido inverso, hay que aplicarla en el norte, donde los minifundios creados por los motivos anteriores han obligado a una desastrosa e inconsciente división de la tierra al punto de convertirla en una explotación ruinosa rayana en la esclavitud. Contra esto habrá de pelearse sin consideración para convertir el suelo en unidades racionales productivas a tenor de los adelantos de la técnica agrícola moderna.

El trabajo de la tierra tiene un origen esclavo, que data de las formas más inicuas de la explotación del hombre. El rendimiento del suelo, en regla de proporción con el trabajo y las penurias que ha demandado, siempre ha sido una carcoma económica. Recién en los tiempos modernos, el estudio intensivo de la técnica agrícola, por un lado, y por el otro, la aplicación de las máquinas roturadoras, plantadoras y sembradoras y cosechadoras han venido a liberar, no sólo al ilota, al esclavo de ayer, sino que enriquecieron también al explotador de la tierra. Y las tareas agrícolas, concebidas como trabajo, no sólo se distinguen y dignifican al hombre que las ejecuta porque también la maquinaria le permite portarse y conducirse como persona civilizada. Los ejemplos vivientes de los pueblos con un gran caudal agrícola tradicional y aquellos de entidades modernas que del suelo arrancaron el sustento para constituir un núcleo de población próspera, como el caso de los judíos, encuentran en las faenas de la tierra un entretenimiento agradable, honesto, sano y alegre que, por añadidura, proporciona grandes beneficios no comparables con los que obtienen de tareas industriales.

El suelo productivo de España proporciona, para consumo interno de sus habitantes, buena parte de trigo, arroz, cebada, maíz, remolacha y caña de azúcar. De la fruticultura proviene un millón de toneladas de naranjas; aceituna, como que España es el primer productor mundial; manzanas y gran variedad de frutas en tal medida que permiten elaborar respetable cantidad de sidra y transformar en vino un tonelaje muy importante de las mejores variedades de uva. La exportación de vinos españoles, de calidad tradicional, ocupa el tercer lugar entre los países exportadores. De la ganadería proviene importante tonelaje de carne para alimentación, y lana para atender parte de la demanda de la industria textil. La variedad de productos y artículos, aunque en cantidades insuficientes, explican cómo ha podido sobrevivir esta comunidad a lo largo de los siglos dentro de un marco de economía estrecha, que las generaciones del porvenir tienen que equipar con los adelantos modernos para obtener el máximo rendimiento. Veamos cómo podremos lograrlo.

Nosotros, el día de mañana, podremos hacer trizas el estatuto de la Iglesia, las

instituciones del ejército y la policía, el régimen carcelario, los registros inmobiliarios, anulando los privilegios y extirpar la burocracia administrativa. Pero si no sabemos cómo administrarnos, tampoco podremos despedazar nuestra economía, que representa la gallina de los huevos de oro. Esa gallina está constituida por cuanto representa trabajo y bienes de fortuna en uso, provenientes de la explotación agrícola y de la extracción de la riqueza del subsuelo. Podremos dismantelar esa maquinaria cerrada de las clases que mancilla la dignidad personal y representa un descenso y degradación tan inútil como ruin con lamentable detrimento para la economía nacional. Pero nosotros vivimos en un mundo de relación y no podremos eludir ciertos compromisos exigidos por la vida y los intereses propios como extraños.

Nosotros tendremos que administrar nuestros intereses, no con discursos encendidos ni propaganda doméstica, sino con trabajo y aplicación para aprovechar el esfuerzo humano que exige. Queremos que los jóvenes estudiosos nos presenten el cuadro clínico de cómo vamos a resolver el problema de la economía en la sociedad futura que preconizamos, prescindiendo de los paliativos y emplastos burgueses. Por lo pronto, sabemos que a los 30.000,000 de habitantes hay que agregarles 5.000,000 de judíos sefarditas dispersos desde hace cinco siglos por varios países y 5.000,000 de árabes que deben, si lo prefieren, volver a un suelo de grato recuerdo histórico. Incorporando a un trabajo productivo los rezagos sociales eclesiásticos, militares y policía y residuos burocráticos, probablemente podremos contar con un 70% de la población en actividad. Doce millones de personas, entre niños, ancianos y enfermos no podrán contribuir con energías, pero podremos salir con victoria si sabemos conducir la situación.

Además de la agricultura, España cuenta con una industria pesada muy importante en el norte; una flota pesquera de relativa eficiencia, a la que es necesario dedicarle la máxima atención para que pueda rendir un total superior a las 560,000 toneladas que extrae anualmente en la actualidad. La siderurgia aporta también una buena cifra en divisas por buques de mediano calado y maquinaria en general, así como hulla, antracita, lignitos, volframio, potasa, mercurio, cobre, piritas, plomo y plata que, no obstante estar explotadas por instituciones capitalistas extranjeras, con relativo interés en modernizarlas, producen alrededor de 3.330,000 toneladas de mineral, de las que se exportan 2.250,000.

España, país semiindustrializado, ha tenido en la agricultura su válvula de escape. La ruinosa empresa de Carlos V, que hipotecó hasta el último tornillo obtenido de la explotación de ultramar, encontró en el suelo continental las reservas que permitieron la subsistencia y permitieron la existencia de España. Cuando ha agotado el caudal proveniente de las colonias y el derrumbe del Imperio, la nación ha tenido que contraerse y replegarse al reducto peninsular para realizar el milagro de la pervivencia. La tierra ha sido siempre la madre pródiga y fecunda que salvó a la comunidad ibérica de sus quebrantos. Hoy, en este estancamiento que comprime su vida económica, apenas si encuentra un alivio en sus pequeñas exportaciones tradicionales de limitado volumen, como son hierro, carbón, maquinaria pesada, barcos, productos de la pesca, vinos, algo de frutas cítricas en particular, pequeña cantidad de aceite de oliva, sidra y alguna que otra exportación auxiliar. Pero no en cantidad suficiente que permita un estándar de vida más o menos correcto a sus habitantes.

El trabajo, producto del esfuerzo, es la medida de fortuna de los pueblos. Por muy adelantada que se encuentre la ciencia económica, desde Adam Smith hasta hoy no ha sido posible modificar el *status* de bienestar de ninguna nación por ningún medio ni artilugio. Si en verdad el esfuerzo personal y las privaciones no han permitido realizar otras proezas, que nadie olvide tampoco que el bienestar futuro podrá sernos ofrecido por extraños o por virtud de préstamos o créditos que a la larga hay que cancelar con gravamen de intereses. Y en una economía de orientación anarquista como la que preconizamos y pretendemos implantar, con menos

facilidades pensamos contar de parte de amigos y extraños. Nuestra fortuna ha de provenir de la consagración a una tarea rígida, una disciplina de hierro a la que no podremos exigir reducción de jornadas de labor. Por lo contrario, habrán de ampliarse en la medida de las circunstancias. El milagro que esperamos será fruto de nuestro esfuerzo y consagración a una tarea sin límites, pero fecunda.

Nosotros, en este orden de ideas, tendremos que modificar el estatuto de la dinastía. Invertirla, retorciendo hasta la estructura del dinero, canalizándola a un medio de cambio. Será preciso abrir anchas puertas al crédito de suerte que invada todos los campos de la actividad, ya en esferas de socialización, de cooperación o de simple colaboración. Porque no es posible cortar el cigüeñal de la vida económica cerrando los ojos a la realidad del país y a las condiciones imperantes en las naciones del mundo a cuyo unísono tendrá que moverse en parte la economía social que preconizamos. Nuestras miras hacia el mañana reposan en estos pilares que serán el orgullo legítimo de una comunidad que necesita poner a prueba su capacidad en una nueva empresa de magnitud similar a la que realizó en el mundo hasta hoy, quemándose los ojos y las manos con el hierro enrojecido.

El tiempo nos acosa. Lo que ha quedado atrás debe servirnos de ejemplo. Medio siglo de expatriación a través de los caminos del mundo, en un destierro provocado por mantener ideales irrenunciables, nos está acercando al hogar, a cuyo rescoldo hemos de concebir las mejores ilusiones. Atraer las inteligencias consagradas hoy a una tarea rígida al servicio del capitalismo, los elementos que se destacan en la esfera mundial actuando en una causa extraña, debe ser la primera preocupación de cuantos tienen cifrada la esperanza en el porvenir del destino ibérico.

EL SENADO NORTEAMERICANO Y LAS BASES EN ESPAÑA

Acerca del tema de las bases militares norteamericanas en España, algunos senadores han dicho lo siguiente en el Senado de EE. UU.:

Richard R. Russel, demócrata, presidente del Comité de los Servicios Armados, el día 8 de febrero: "... Para mí es muy difícil entender que pueda surgir cualquier dificultad respecto a la prolongación del arriendo de las bases en España. No me acuerdo de la cantidad exacta que hemos gastado para construir esas instalaciones, pero estoy seguro de que será más de mil millones de dólares..."

"No se me alcanza ninguna razón válida para un aumento, sea de la clase que sea, en los pagos por esas bases. Hemos sido muy generosos con España. Hemos renovado su Marina. Hemos suministrado aviones para su fuerza aérea. Hemos suministrado una gran cantidad de productos agrícolas... Sería para mí ciertamente una gran perturbación si tuviera que creer que España está a punto de exigir un gran aumento...; cualquier aumento en los pagos por esas bases está completamente injustificado."

Wayne Morse, demócrata, miembro del Comité de Relaciones Extranjeras, el día 14 de febrero: "... Hemos leído relatos sobre la visita del señor Gilpatric a España para negociar con un portavoz del gobierno español el asunto de las bases de los Estados Unidos, y que ha sido insultado y desairado por dicho portavoz español en una declaración hecha a la prensa, en la que se decía que iba a cazar y no estaría disponible para ver al representante de los Estados Unidos. En lo que se refiere a mí, este portavoz español puede seguir cazando indefinidamente, porque estas bases están ya anticuadas. Nunca debieron haber sido construidas; estaré siempre orgulloso de haberme opuesto desde el principio. Ha sido un error histórico para los Estados Unidos ayudar a los países fascistas España y Portugal. En lo que a mí se refiere, anuncio ahora que no voy a votar, en el Comité de Relaciones Exteriores, un solo dólar más para ninguno de estos países...; estoy cansado de la clase de cooperación que hemos venido recibiendo de España y Portugal."

Las condiciones de una política obrera

Por S. PARANE

DESDE HACE CUATRO AÑOS se sigue en Montevideo una experiencia de gestión de una gran empresa, que presenta caracteres originales, hasta el punto que no puede ser clasificada en una categoría clásica. Esta gestión no es capitalista, ni de administración autónoma, ni nacionalizada, ni cooperativa. Es producto de circunstancias particulares, especialmente de la necesidad de trabajo de muchos millares de obreros y de la voluntad de un puñado de técnicos y de militantes sindicales.

Su historia es relativamente sencilla. Las compañías internacionales —una, inglesa, y la otra, norteamericana— que eran propietarias de los frigoríficos uruguayos, tomaron un día la decisión de cerrarlos. Juzgaron que no les rendían beneficios. Por múltiples razones; unas relativas a las condiciones del mercado mundial, otras a las dificultades del transporte del ganado en el mismo Uruguay, otras, en fin, directamente relacionadas con el costo de la mano de obra local.

El carácter internacional de las compañías les permite, a la vista de los balances y de los estudios del mercado, recurrir a medidas como éstas: abrir un establecimiento donde las condiciones de aprovisionamiento, los salarios y las facilidades de embarque son ventajosas; cerrar otro allá donde las dificultades no están compensadas por un beneficio seguro, donde la rentabilidad ha disminuido o desaparecido.

Los trabajadores no pueden mostrar la misma agilidad y la misma movilidad. En Uruguay menos que en otros lugares, pues el país es pequeño y su escaso desarrollo industrial no le permite absorber los miles de brazos súbitamente "liberados". No obstante, el movimiento sindical posee tradiciones de lucha y de organización. La Federación de Trabajadores de la Carne, autónoma, pudo, por movimientos reivindicativos y numerosas huelgas, imponer contratos colectivos que garantizaban a los obreros ciertas ventajas y una relativa seguridad, especialmente por lo que concierne a períodos de desempleo. Es precisamente el costo global de estas ventajas, unido al marasmo del mercado internacional, lo que determinó el abandono de la explotación por las compañías. En realidad, no hay caja de paro forzoso que pueda mantenerse si la única perspectiva es el desempleo.

No se presentó ningún candidato para suceder a las compañías internacionales. Los capitalistas privados no quieren arriesgar inversiones en una empresa deficitaria. El Estado, que ya soporta el sostenimiento de una costosa clientela electoral instalada en los servicios públicos y en las numerosas administraciones, rehusa encargarse de las fábricas no rentativas. Por otra parte, no se manifestó en el país ningún movimiento de opinión para exigir e imponer reformas fundamentales que eliminaran las estructuras mercantiles, suprimieran el mercado negro de la carne, organizaran la ganadería y racionalizaran las exportaciones.

Sin embargo, Uruguay es tradicionalmente país productor de carne y su clase obrera ha vivido largo tiempo, en gran parte, de las industrias de que depende. El "Cerro", esta colina poblada de trabajadores de la carne, privada bruscamente de toda actividad, y que posee un carácter simbólico, se inquieta y lo manifiesta. Entonces, antes de marcharse, pues las elecciones generales están próximas, el gobierno ofrece las fábricas cerradas a los obreros. Que ellos se las arreglen, si pueden.

Y comienza la experiencia. Los trabajadores ven en ella, esencialmente, un medio de restablecer una fuente de trabajo. Los técnicos participan porque ello permite utilizar locales y maquinaria construidos con ese objeto. Algunos militantes la consideran como una posibilidad de realizar un ensayo de administración obrera. No hay capital, ni crédito. Sólo hay adversarios: los frigoríficos privados competidores, el frigorífico nacional subvencionado por el Estado, los traficantes del mercado negro, los escépticos, los partidos de izquierda que sólo creen en las estatificaciones, los revolucionarios palabreros.

Al cabo de cuatro años, el frigorífico continúa existiendo, pero la situación financiera es siempre desastrosa: sólo se pagan los salarios y, claro está, el ganado. Ni amortización del material, ni cotizaciones sociales, ni reservas.

La cuestión está planteada así: ¿Es necesario continuar? Lo que significa preguntarse: ¿Es necesario comenzar? Las perspectivas no son mejores que en 1958. Las reformas generales, condicionando la mejoría del ganado y de la industria de la carne, no han sido realizadas, ni siquiera esquematizadas. La aportación positiva de la experiencia — en la cual lucha en condiciones espantosas un equipo de activistas — es la del mantenimiento de una fuente de trabajo que permite a millares de familias vivir de un salario.

No se trata de un problema teórico. Se trata de elegir. O bien es necesario que se proponga volver a la táctica obrera habitual, y que sean los patronos y el Estado los que deban encontrar soluciones; o bien, por lo contrario, es necesario proseguir la batalla, intentando hacer participar en ella al conjunto de la clase obrera. Sin olvidar que una serie de posiciones suplementarias exigen ser definidas: sobre la solidaridad de los trabajadores de la empresa controlada por ellos y la de los obreros de los otros frigoríficos; sobre la aceptación de una fórmula de gestión que de hecho liquide el sistema de seguridad social, por el no pago de las cotizaciones a las diversas cajas de seguros, etc.

A poca distancia de allí se presenta otro fenómeno. En Buenos Aires existe un sindicato combativo, el de los obreros plomeros e instaladores de aparatos sanitarios, hidráulicos. Es una organización que posee su tradición (conserva su nombre original: Sociedad de Resistencia), la de la FORA anarcosindicalista. Entre los sindicatos que han mantenido el espíritu de lucha, la práctica de la acción directa y el gusto de la libertad, ha podido casi solo controlar un sector de industria. Y esto a despecho de condiciones desfavorables: el empuje general del sindicalismo peronista, intervención del Estado, corrupción generalizada, integración progresiva de las fuerzas obreras en los juegos del poder.

Este sindicato de plomeros no es un grupo de ilusos. Domina efectivamente el mercado de la mano de obra y su fuerza es suficiente para que el patronato se vea obligado a negociar con él. A fines de 1961 sostuvo una huelga muy dura para imponer la generalización de la jornada de seis horas, ya aplicada en numerosas empresas.

Sus militantes, que tienen los pies sobre la tierra, lo que no les impide perseguir sus objetivos de transformación social, se dan cuenta de que se hallan ante un callejón sin salida. La reivindicación tiene sus límites: los que son naturales en la sociedad capitalista. Un patrón puede llegar a reconocer al sindicato el derecho a controlar a los trabajadores, puede tratar con él de igual a igual, pero en ningún caso aceptará contratar un trabajo que le cueste más caro de lo que pueda reportarle, o que no le reportará nada. El capitalismo no es una doctrina por la cual se pueda luchar, sino un conjunto de procedimientos que permiten ganar dinero.

No obstante, este límite está próximo a ser alcanzado por lo que se refiere a la industria de la plomería y de las instalaciones sanitarias. A tal punto, que para destruir al sindicato que hace imposible el funcionamiento de las empresas, los

patronos se esfuerzan por crear cursos donde se formarían obreros dóciles, el Estado sostiene una organización peronista, la organización patronal intenta recurrir al trabajo a destajo. Frente a estos peligros, el sindicato de los plomeros se sostiene. Sin embargo, es necesario escoger. O debe conformarse con las ventajas adquiridas, o debe intentar disminuir todavía la suma de trabajo realizado y obtener una contrapartida en salarios más elevados, lo que le llevaría a chocar con los límites del funcionamiento del capitalismo, o transformarse en cooperativa de producción; es decir, que tomara a su cargo no sólo la gestión del trabajo, sino la administración de las obras mismas, con todos los problemas que implica este cambio.

Los dos ejemplos presentados constituyen quizá casos extremos, pero no hacen más que ilustrar situaciones fundamentalmente idénticas, que se hacen numerosas, en América Latina como en otras regiones del mundo. Así, el estado de los ferrocarriles argentinos, donde existe una poderosa unión de ferroviarios, es tal que será necesario, tarde o temprano, elegir entre su reorganización por los propios ferroviarios, y la reforma de su administración por el ejército o un departamento del Estado. Para complicar el problema hay que tener en cuenta que los sindicatos de obreros, empleados y técnicos de los ferrocarriles, los cuales por definición deben defender los intereses de todos sus miembros, cuentan algunas decenas de millares de asalariados que entraron en los servicios por razones que no tenían nada que ver con la conducción de una locomotora, la reparación de un vagón o el cuidado de las agujas: diversas sinecuras, presiones políticas, clientela electoral. Casos parecidos se han presentado en Europa, al día siguiente de terminada la guerra: imprentas sin propietarios en Francia, que era necesario poner de nuevo en marcha, sea por la iniciativa sindical, por la constitución de una cooperativa obrera, o bajo la dirección, y en su provecho, de nuevos burgueses salidos de la Resistencia o del mercado negro.

La respuesta a estos problemas concretos no puede ser de carácter ideológico, aun cuando pueda ser en parte determinada por consideraciones o convicciones sostenidas por la voluntad de participar en la vida y en la orientación de la sociedad. Pero la opinión de los militantes no puede ser lo único determinante, si no se quiere caer en el peligro de la dictadura, aunque esté inspirado por el cuidado del bienestar general. Es la decisión de los trabajadores mismos, que no son militantes o lo son en grados muy variables, lo que cuenta.

Esta respuesta no puede estar hecha de puro pragmatismo, de simple adaptación, si quiere eludir los peligros del oportunismo, así como de la exaltación de la irresponsabilidad. Es difícil, pues debe, como es corriente, tener en cuenta dos impulsos contradictorios: el de las ventajas inmediatas y el de la voluntad de dominar el destino. Pero ella sólo puede, siguiendo el grado de conocimiento de las situaciones y según el grado de voluntad de intervención por parte de los trabajadores interesados, dar consistencia a una política obrera. Sin embargo, con las condiciones históricas, sin ilusionarse acerca de los límites de una iniciativa y de un esfuerzo en el cuadro de una sociedad sin fundamento, sin aceptar la evasión por la ideología.

¿Qué es la UNESCO?

Por A. TARRAGÓ

EN MI PRIMER RESUMEN INFORMATIVO, dejé constancia de los fines que perseguía la UNESCO, de su estructura y de las funciones que corresponden a cada uno de los seis Departamentos principales que se encargan de la aplicación de su programa en el área internacional. Hoy veremos cómo cubre su presupuesto y cuáles son sus principales actividades de orden práctico, sin olvidar las características particulares que concurren en el reclutamiento de una parte importante de sus funcionarios.

Para cubrir su presupuesto, la UNESCO cuenta con varias fuentes de ingresos. La cotización de los Estados Miembros, los fondos que recibe de las Naciones Unidas en virtud del Programa Ampliado de Asistencia Técnica, los que le concede el Fondo Especial de las propias Naciones Unidas y la Cuenta Especial de la Organización que se creó en 1958, autorizando al Director General de la UNESCO a recibir "contribuciones económicas voluntarias de los Estados Miembros, de fuentes oficiales o privadas".

Los Estados Miembros sufragan el presupuesto anual ordinario de la UNESCO, mediante una cotización que se establece de acuerdo con el volumen de su población y la importancia de la renta nacional: Estados Unidos de América cubre el 31.5% del presupuesto, seguida por la Unión Soviética (15%), el Reino Unido (7.5%), Francia (6.2%) y la República Federal Alemana (5.2%). La cotización de países como Australia, Polonia, Italia, Japón, Países Bajos y Canadá oscila entre el 1 y el 3%. España no abona más que 0.90% del presupuesto y en línea descendiente se encuentran el resto de países, hasta llegar a la cotización mínima de 0.04%, que es el importe que abonan Estados como la República Centroafricana, Dahomey, Albania, Haití, Honduras, Liberia, Panamá, Paraguay, Laos, Libia y Nicaragua.

La Secretaría de la UNESCO se compone de un personal que se divide en dos categorías de funcionarios, encabezadas por el Director General y por tres Subdirectores, de nacionalidad india, soviética y norteamericana, respectivamente. La primera categoría, de la que forman parte los altos funcionarios, se recluta mediante un procedimiento de distribución geográfica, es decir, que cada uno de los Estados Miembros tiene derecho a estar representado en proporción al importe de su cotización. Es obvio señalar, naturalmente, que se exige de los candidatos un mínimo de calificaciones; que es la UNESCO quien determina el reclutamiento de la persona que le parece reunir mejores condiciones, y que la función del Estado Miembro se limita a manifestar si acepta o no que el candidato escogido se incorpore al número de puestos que le corresponden.

La segunda categoría, mucho más modesta —aunque no menos útil—, se recluta sin entrar en ningún detalle de distribución geográfica, sin dar ninguna prioridad a la nacionalidad y sin que los Estados Miembros tengan en ello la

N. de R. El primero de los tres artículos de nuestro colaborador A. Tarragó sobre la organización y funcionamiento de la UNESCO fue publicado en el núm. 4; el tercero y último será insertado en el núm. 6 (septiembre-octubre).

menor intervención. Se trata de la categoría denominada de "servicios generales", de la que forman parte, en número importante, súbditos de nacionalidad francesa. Los miembros de esta categoría que ejercen funciones en las oficinas del Secretariado, deben conocer como mínimo dos de las cuatro lenguas de trabajo de la Organización, que presentadas por grado de importancia son las siguientes: inglés, francés, español y ruso.

Con respecto a las condiciones de trabajo y al espíritu de que están animados los mil trescientos o cuatrocientos empleados con que cuenta la UNESCO, tanto en su sede central como en las distintas oficinas regionales que ha instalado en los lugares más apropiados para el desarrollo de su misión, daré mi opinión al terminar la serie de aspectos informativos, haciéndolo igualmente con respecto al alcance de las actividades emprendidas, que quizá hubiese sido mayor de haberlas previsto desde una óptica más positiva.

Veamos ahora lo que la UNESCO ha realizado o está realizando ateniéndose a los fines que se propuso en el momento de su constitución. Para facilitar la mejor comprensión de estas actividades, me referiré a ellas tratando por separado a cada uno de sus seis departamentos principales.

EN EL DOMINIO DE LA EDUCACIÓN

Partiendo del principio de que la mitad de la población del globo no sabe leer ni escribir y teniendo en cuenta que la Declaración Universal de los Derechos del Hombre proclama que cada ser humano tiene derecho a la enseñanza, la UNESCO ha puesto en marcha varios programas de desarrollo regional, entre los que cabe destacar el proyecto principal para América Latina (que entró en aplicación en 1957) y que tiende a procurar el beneficio de la enseñanza primaria a 40 millones de niños, de los cuales más de la mitad gozan actualmente de un nivel medio de escolaridad primaria. Recientemente se han emprendido nuevas actividades en otras regiones donde por falta de maestros, de escuelas y de libros, más de 200 millones de niños no disponen de ninguna posibilidad para seguir la enseñanza primaria.

Con vistas a facilitar el desarrollo de la enseñanza, la UNESCO ha cooperado en la formación de varios centros de formación pedagógica (Enseñanza Normal), de modo que los países interesados puedan contar lo más rápidamente posible con un plantel de maestros capaces de ir asegurando, paulatinamente, una tasa de escolarización en constante aumento. Centros de este orden han sido creados, en particular, en regiones tales como América Latina, el Medio Oriente y África, donde el analfabetismo sigue siendo una de las lacras principales.

Paralelamente a esta labor, se han establecido y puesto en práctica programas encaminados a la formación de administradores y planificadores, como también de cuadros superiores de enseñanza, sin perder de vista los estudios efectuados o en curso de preparación que se refieren al problema de las construcciones escolares y a la necesidad de adaptar la enseñanza a las necesidades económicas y sociales de cada una de las regiones a que antes me he referido. A este respecto, y teniendo en cuenta que el desarrollo agrícola, industrial y comercial requiere un número cada día mayor de hombres de ciencia y de técnicos, la UNESCO concede particular atención a la orientación profesional y técnica en todos sus niveles, prestando desinteresado apoyo a los países que proceden a la creación de colegios e institutos técnicos de diversos grados, dedicados a la formación de cuadros especializados y a la investigación.

Las actividades concernientes a la educación de adultos tampoco son desdeñables, señalando que en varios países de Asia se han organizado centros que editan, publican y distribuyen libros y periódicos, destinados especialmente a los

adultos que acaban de aprender a leer. En otros veinte países se han creado, también, con la ayuda de la UNESCO, Centros de enseñanza para adultos.

Para terminar con este rápido resumen que se refiere a la Educación, me parece útil indicar que en 1963-64 y para contribuir a la aplicación de los planes de desarrollo a que antes me he referido, más de doscientos especialistas internacionales colaborarán sobre el terreno en la puesta en práctica de los programas nacionales.

EN EL DOMINIO DE LAS CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES

En la actualidad, es evidente que la vida económica, social y cultural de un país está íntimamente ligada al nivel que han alcanzado las ciencias exactas y naturales —Matemáticas, Física, Química, Biología, Geología— y sus aplicaciones. Los programas científicos de la UNESCO comprenden, pues, las investigaciones pura y aplicada, estudiando muy especialmente, en provecho de la vida económica y social, los recursos utilizables en las regiones insuficientemente desarrolladas. Los océanos, por ejemplo, que cubren el 71% de la superficie del globo, nos son prácticamente desconocidos, contribuyendo la Comisión Oceanográfica Internacional, fundada por la UNESCO en 1961, al progreso de las ciencias del mar, en el marco de una acción concertada con un conjunto de gobiernos deseosos de intensificar sus esfuerzos en este dominio científico.

Trátese de las ciencias terrestres, de las investigaciones espaciales o de la física nuclear, la UNESCO intensifica la colaboración científica internacional, con el fin de contribuir al establecimiento de un inventario de los recursos mundiales prácticamente utilizables. En el dominio de la sismología, apoya constantemente las investigaciones internacionales destinadas a proteger las poblaciones instaladas en las regiones más expuestas a los terremotos.

Parece igualmente indicado señalar, en lo que a las Ciencias Exactas y Naturales se refiere, que se prosiguen las investigaciones encaminadas al desarrollo y aprovechamiento de los recursos naturales en las zonas áridas y tropicales húmedas.

EN EL DOMINIO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

La importancia de la educación en el desarrollo económico, inspira en gran parte las actividades de la UNESCO en materia de ciencias sociales: a las evaluaciones que a este respecto ha efectuado, deben añadirse las que se refieren a la ciencia y a la tecnología, como también a la información, sin olvidar los estudios estadísticos que completan, en cierto modo, la contribución de la UNESCO en la búsqueda de la solución que merecen los grandes problemas sociales de nuestro tiempo.

Una de sus principales preocupaciones consiste en hacer resaltar las incidencias sociales y psicológicas de las transformaciones económicas y técnicas en todos los tipos de sociedad. Con este fin la UNESCO publica numerosos documentos e informes y destaca sociólogos a los Centros Regionales de Cooperación Científica, dirigiendo igualmente Centros de Investigación en Asia del Sur y en América Latina.

Como se indica en su Constitución, la defensa de los derechos del hombre anima la acción de la Organización y se ha manifestado a través de tres series de publicaciones que conciernen los prejuicios raciales: *La cuestión racial ante la Ciencia Moderna, Raza y Sociedad* y *La cuestión racial y el pensamiento moderno*. También se consideran las consecuencias económicas y sociales de un desarme eventual, teniendo en cuenta las ventajas que proporcionaría al "desarrollo de la

educación, el progreso de la investigación científica y el desarrollo de los medios de información".

EN EL DOMINIO DE LAS ACTIVIDADES CULTURALES

Representando la cultura un conjunto de ideas y de obras que atestiguan la vida espiritual e intelectual de los pueblos, los esfuerzos de la UNESCO en este aspecto se encaminan muy particularmente al establecimiento de relaciones pacíficas, con vistas a que los hombres de todos los países y de todas las razas lleguen a conocerse y a comprenderse. La UNESCO se encarga de la traducción y publicación de las obras literarias más representativas de Asia, de Africa y de América Latina, organizando también numerosas exposiciones de obras de arte y preparando álbumes sobre aspectos del arte poco conocidos de diversas naciones.

Por otra parte, la UNESCO ha contribuido a la creación de organizaciones internacionales, cuyas actividades finanza en gran parte, y que se ocupan de cuestiones tales como el teatro, la música, las artes plásticas, la arquitectura, la literatura, la filosofía o las ciencias humanas. Las subvenciones que les concede se destinan generalmente a cursos de estudios, mesas redondas internacionales, becas de perfeccionamiento y publicaciones.

Además de colaborar en la creación y desarrollo de museos y bibliotecas para que unos y otras puedan cumplir su misión cultural poniéndolos al alcance de las masas, la UNESCO se esfuerza para asegurar la conservación de monumentos y obras de arte, habiendo lanzado en 1960 una campaña internacional para salvaguardar los monumentos de Nubia, en Egipto, amenazados por la construcción del pantano de Assuán. Ha sido igualmente la propulsora de la convención internacional (ratificada actualmente por cincuenta países) destinada a proteger los bienes culturales en caso de guerra, habiéndose ocupado intensamente de otra convención (ratificada ésta por 44 países) que refuerza la protección internacional del derecho de autor.

EN EL DOMINIO DE LA INFORMACIÓN

Si tenemos en cuenta que cerca del 70% de la población mundial, repartida en cien países y territorios, carece de todo medio de información, no habrá de extrañarnos que la UNESCO haya emprendido un vasto programa de desarrollo en este aspecto. Se han celebrado reuniones regionales en América Latina, en el Sudeste de Asia y en Africa, para estudiar los procedimientos más factibles de superar este grave problema.

Con el fin de ayudar a las regiones donde el analfabetismo será por mucho tiempo un impedimento a la información escrita, la Unión internacional de telecomunicaciones y la UNESCO estudian la posibilidad de una producción y distribución masivas de aparatos de radio a bajo precio. Desde otro aspecto, y teniendo en cuenta el insuficiente desarrollo técnico de un gran número de países, la UNESCO prepara medios audiovisuales utilizables en las escuelas y los centros de enseñanza para adultos. Además de la asistencia que destina a los servicios audiovisuales nacionales procurándoles documentación, equipo, informaciones y expertos, también favorece la cooperación regional por medio de cursillos de estudio y un intercambio regular de informaciones internacionales.

Para facilitar la comprensión entre los pueblos y las naciones, es evidente que la prensa, el cine, la radio y la televisión pueden y deben jugar un papel preponderante, siendo igualmente visible que la opinión pública sólo puede ser inteligentemente informada si los profesionales de la información están a la altura de la importante labor que les concierne. Por ello, la UNESCO ha participado en la

creación de Centros de Enseñanza Superior de Periodismo, en la Universidad de Estrasburgo y en la Central de Quito, habiendo organizado cursos similares en Africa y en Asia.

Como sea que son muchos los obstáculos que todavía se oponen a la libre circulación de informaciones, la organización ha hecho y sigue haciendo lo imposible para superarlos mediante la adopción y aplicación de cuerpos internacionales, como el Acuerdo sobre la importación de material educativo, científico y cultural, ratificado por cuarenta países. Los bonos de la UNESCO permiten igualmente vencer ciertos obstáculos, permitiendo a los súbditos de las naciones cuya moneda es de escaso valor la compra de libros, de películas y de equipo científico a los países de moneda estable.

La UNESCO ayuda a diferentes organismos de información que dan a conocer sus fines y actividades y que trabajan con ella en estrecha relación para que se impongan en el mundo los derechos del hombre y la comprensión internacional. Por otra parte, los organismos nacionales tienen la posibilidad de participar activamente en el sistema de bonos de ayuda de la UNESCO, que proporcionan al público la oportunidad de contribuir personalmente a la obra de la Organización, ayudando, por ejemplo, a escuelas carentes de medios económicos a procurarse el equipo, el mobiliario o los libros de que tienen necesidad.

EN EL DOMINIO DE LOS INTERCAMBIOS INTERNACIONALES

Para 1963 y 1964 la UNESCO tiene concedidas más de ochocientas becas de estudios para fines educativos, científicos y culturales. Facilita la celebración de reuniones entre súbditos de todos los países y de todos los medios y ofrece viajes a trabajadores manuales y a los dirigentes de movimientos juveniles o de educación de adultos. También se esfuerza para favorecer los viajes educativos de la juventud, publicando repertorios periódicos sobre las formalidades de frontera y una información detallada sobre cerca de 130,000 posibilidades de estudio y de investigación en el extranjero.

La automatización

Por J. GARCÍA DURÁN

EN 1947, Y EN ESTADOS UNIDOS, aparece una nueva palabra, bautizada así por J. Diebold, profesor de la Universidad de Harvard, y según él asegura, por D. S. Harder, vicepresidente de las factorías Ford en Cleveland, que la lanza simultánea aunque separadamente.

¿Es *automatización* —en español— la palabra más adecuada? ¿No podría ser también *automatismo*, o *automación*?

Aunque Bergson haya dicho que se pueden emplear las palabras que se quiera, siempre que se las defina, esto, gramaticalmente, es una verdad muy relativa, por la simple razón de que la semántica desinencial se impone, para determinar las significaciones.

Automación es un neologismo que viene a chocar un poco con la pureza de nuestro lenguaje y que, en razón de su terminación, tiene un carácter más abstracto que el preciso; e indica más el resultado de una acción, que la acción misma. Sin embargo, tiene la ventaja de ser más internacional que las otras, y, por ley de menor esfuerzo, pudiera imponerse, a la larga.

Naturalmente, admitimos por adelantado que todo ello está sujeto a interpretación, discusión y controversia.

Aunque el fenómeno mayor, y más impresionante, es el producido por los *robots*, seguidos de grandes estadísticas, nosotros trataremos solamente el lado social, los resultados de esta revolución.

¿Es por casualidad que la revolución socialista en el mundo, toma impulso, profundidad y anchura, al mismo tiempo que la automatización? ¿Hay entre este paralelismo cierto secreto designio, científico-social-histórico?

Las revoluciones sociales se producen, en contra de lo predicho por Marx, en zonas y condiciones de pobreza y subdesarrollo. Luego, no hay conexión aparente; sin embargo, el paralelismo, en el tiempo, es un hecho.

La revolución industrial de hace un siglo, vino a agrandar y reforzar al capitalismo. ¿Cuál será el resultado de la automatización?

En el régimen capitalista de libre empresa, interesa en tanto que resulta rentable. Así, su desarrollo estará en razón directa de su provecho.

En un régimen socialista, las razones son opuestas; no es el lucro lo que interesa, sino la producción por ella misma.

En el primero, el exceso de producción lleva al *dumping*; en el segundo, al bienestar, al cuerno de la abundancia que el hombre busca desde su origen.

¿Por qué se automatiza, pues, en régimen capitalista? Aunque no hubiera otras razones, una es fundamental: el progreso en marcha, que se hace necesidad. Daremos unos ejemplos: La Compañía Corning Glass, de Estados Unidos, que vendía las pantallas de televisión a 75 dólares, perdía dinero. Tan pronto como puso en acción todo un sistema automatizado, pudo venderlas a 8.50, ganando mucho, construyendo mejor y vendiendo más. Naturalmente, el público también salió ganando, puesto que la televisión se le hizo más accesible. Pero, sin duda, los obreros desempleados salieron perdiendo.

Ford ha calculado que si hoy se emplearan los mismos medios que en 1908 para fabricar un automóvil, éste costaría 65,000 dólares. De la misma forma que si no se sigue el progreso de la automatización, un automóvil, que hoy cuesta 2,500 dólares, costará, en 1985, 65,000.

Quiere esto decir que el precio estará regido por el mayor o menor desarrollo de la automatización, y no en razón de la mano de obra. O, dicho de otro modo, quien menos contará en el precio del trabajo, será el trabajador.

Esto que, aparentemente, tiende a mejorar el tipo de vida, por la abundancia de cosas y disminución de esfuerzo, viene a incrementar el desempleo; no sólo porque la máquina sustituye al hombre, sino porque la natalidad aumenta (la población de Estados Unidos aumenta en tres millones cada año) y la vida se alarga.

Queda, como solución aparente, la reducción de horas de trabajo y la subvención adecuada al paro, pero esto lleva a la economía de Estado y al socialismo. Luego, el capitalismo se opondrá.

Decíamos en un mitin de Primero de Mayo, en Detroit: "Si la automatización envía cada día más obreros a sus casas; si más de medio mundo, por vivir en régimen comunista, cierra el mercado a lo norteamericano; si África y otros países subdesarrollados tratan de crear sus industrias y aceptan la ayuda rusa, a la vez que, en parte, rechazan la americana; si el Mercado Común Europeo se hace un rival formidable; si Estados Unidos, en razón de la automatización, necesita producir más y más, y, al mismo tiempo y en la misma proporción, el mercado se reduce en el mundo entero, entonces, nada ni nadie podrá evitar una catástrofe económica".

La capacidad industrial norteamericana es inmensa; tanto, que está hecha a medida del mercado universal; pero el día que este mercado quede reducido a América, es muy difícil que este coloso lo acepte sin intentar destruir las columnas que sostienen al nuevo mundo que, con la automatización y una revolución social en marcha, viene a crear un modo de vida diferente.

Si ésta ha de ser una consecuencia directa o indirecta de la automatización, hay que llegar a la conclusión de que el régimen capitalista no es capaz de absorber el progreso técnico-científico. Podría frenarlo, como ya hizo, y hace, quemando el café, trigo y demás superproducción (en un mundo hambriento) para mantener los precios; pero el problema está en que Rusia y los demás países comunistas, al desarrollar la automatización, estarán en condiciones de abastecer ese mercado. De donde puede inferirse que la automatización es un bien para los países de economía socialista, y un mal para los países de economía capitalista.

Otro fenómeno de la automatización es que lleva al estatismo. El Estado moderno se rige cada día más por los tecnócratas, por las estadísticas, por el control. Los números toman una nueva dimensión. Las máquinas calculadoras, los "cerebros electrónicos", todo muestra que se sigue una espiral cuya cumbre es el Estado. Francia, que es el país de la libertad y el individualismo, está hoy ya en manos de la tecnocracia. Es tal la fuerza de la técnica, y cada día será mayor, que la voluntad innata de la libertad no será suficiente para pararla en su ascenso estatal, ya que se hace una necesidad.

Es curioso observar que la automatización nos aleja tanto del anarquismo como nos acerca al cuerno de la abundancia y al estatismo. El anarquismo, en cierto modo, es el retorno a la Naturaleza; la automatización es el alejamiento de ella. Anarquismo es más natura, sol, paz y... paraíso terrenal, que rascacielos, neón, trepidación... automatización. A nadie que tenga un conocimiento mínimo del anarquismo se le ocurrirá asociarlo a un Ford, Rockefeller, Du Pont; sin embargo, encontrará similitud y afinidad con los Rabindranath Tagore, Gandhi o Tolstoi. Esto dice mucho en favor del anarquismo y lo eleva; pero la verdad es que caminamos en dirección opuesta, ya que mientras el anarquismo busca la armonía entre el individuo y la Naturaleza, la técnica pretende la dominación de aquélla.

Se ha dicho, con alguna frecuencia, que los anarquistas piden la luna, como los niños, porque están poseídos de la misma inocencia y la misma ingenuidad; sin embargo, hoy ni eso puede decirse, ya que la luna está al alcance de la mano, como consecuencia de la técnica.

Cuando pensamos en el futuro de la técnica hecha cerebro (*robot*), un gran temor se apodera de nosotros, por una razón muy simple: no se puede disociar el "uso" de la técnica, de la técnica misma. Quiere esto decir que el hombre, que es quien ha de decidir el "uso", no podrá disociar la naturaleza de los útiles que él se forja para dominar las cosas, de su propia naturaleza de hombre.

Esto nos lleva de la mano a varias conclusiones:

1ª La automatización—buena o mala para el futuro del hombre libre—está aquí, como resultado del progreso, y a ella tenemos que ajustarnos, empezando por saber qué es, y quizá intentando revisar quiénes somos nosotros, si hombres del pasado o del futuro.

2ª La automatización será buena si sabemos qué hacer con ella y no nos hacemos sus esclavos.

3ª Si la automatización viene a ser la inmensa revolución que se prevé y que, no por casualidad, se desarrolla paralela a la revolución social que, sólo en unos pocos años, ha transformado más de la mitad del mundo, esto dará lugar a una nueva filosofía, a una nueva concepción de la vida y de los valores humanos.

La automatización, y su hermana gemela la revolución social, están aquí, hoy, ahora. ¿Estamos nosotros en condiciones de comprenderlas, orientarlas y hacerlas buenas? Permítasenos ponerlo en duda ya que, tanto la una como la otra, hasta hoy se han realizado sin nosotros y, hasta en muchos casos, contra nosotros. Bien pudiera ser que estemos tan pegados al pasado como la misma burguesía, porque, en contra de muchas creencias, el espíritu burgués puede persistir a pesar de las ideas.

En el número próximo

Entre otros, publicaremos los siguientes trabajos:

Los indultos en el sistema penitenciario español, por R. Rufat.

Las huelgas de abril y mayo de 1962 en Asturias, por Antonio Bermejo.

Karl Marx y "New York Tribune", por Joaquín Maurín.

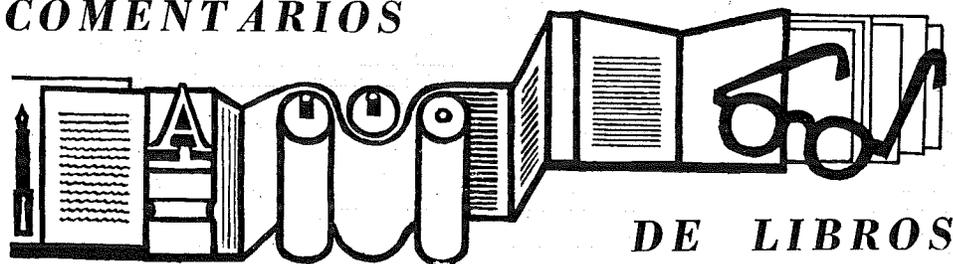
El desarrollo de la economía española y el papel de los trabajadores, por Manuel Díaz-Marta.

Rectificaciones de fondo y forma, por J. González Malo.

La muerte de Julián Besteiro en la cárcel de Carmona.

La cuestión agraria, por V. Alba.

COMENTARIOS



DE LIBROS

Mesa revuelta de libros sobre la guerra civil española

POR R. S.

LEYENDO el artículo de González Malo, en el último número de esta revista, sobre el libro de Miguel Maura *Así cayó Alfonso XIII...*, uno recuerda aquellas palabras de Pedro Kropotkin en sus *Confesiones*: "¿No habrá nunca un hombre que desee servir a las masas honestamente? ¿Han de querer siempre los hombres servirse de las masas para sus ambiciones personales?"

Una de las debilidades de la burguesía conservadora es que considera la nación y la patria como una mina explotable. El más patriota de esos seres codiciosos y torpemente egoístas lo único que espera es que le permitan atrapar una parte suculenta del botín y le dejen retirarse tranquilamente a su rincón a gozar de él como el perro con su hueso. Pero como todas las cosas tienen su reverso, eso que es una debilidad puede representar también la base de una forma de fortaleza, ya que el que identifica su bienestar y su prosperidad con las de un régimen se juega la vida por él mejor que los otros. Ya en tiempos de los romanos, los emperadores preferían que los gobernadores de los lejanos territorios se enriquecieran, porque entonces identificaban el buen orden de la colonia con su propia prosperidad. Y una vez ricos, los dejaban allí muchos años, seguros de su gestión.

Maura chico lo mismo que el Maura grande—su padre—tenían una idea parecida de la gestión política, aunque no fueran hombres venales. Vino la República en 1931 (mucho gente no ha llegado a entender todavía cómo) y Maura, lo mismo que tantos otros, lo que quería era que lo dejaran en paz disfrutar del poder. Pero un político de nervio y de raza sabe que ese poder tiene que ganárselo de nuevo cada día. No era que Miguel Maura lo ignorara, sino que en lugar de ganárselo golpeando a los enemigos de la República prefería golpear a los únicos que conspiraron y arriesgaron la piel durante el período de Primo: a los anarquistas. Recuerdo haber dicho a Alcalá Zamora en su casa del Paseo del Cisne el año 1929 en una discusión agria: "No se preo-

cupe. Todo lo que los hombres de la CNT esperan de ustedes en la República es que les blanqueen y les limpien un poco las celdas de las cárceles."

Sabido es que no lo hicieron. En cambio, se refugiaron detrás de las fuerzas de orden público (las de la monarquía y las de la República) para seguir matando trabajadores. ¿Era tan difícil pedir un informe a la CNT sobre el problema agrario en Andalucía? Ese informe y las tareas subsiguientes habrían evitado quizá la catástrofe de Casas Viejas. Otras gestiones parecidas en momentos de crisis habrían mantenido un contacto flexible de entendimiento y no habría habido rupturas tan totales. Pero, no. Desde el principio, lo que Maura y su grupo hicieron fue ir cortando esos contactos con el pueblo y volar los puentes que podían ligarlos a la tradición revolucionaria popular.

¿Miedo? ¿Incompetencia? ¿Reaccionarismo endémico? Un poco de todo. Y así le ha ido al pueblo español.

Se han publicado otros libros recientes sobre la República Española y sobre la guerra civil. Hasta ahora, que yo sepa, son más de seiscientos los libros escritos en diferentes países e idiomas sobre la guerra civil española, y si contamos los folletos y los estudios y monografías en historias generales, rebasan esas publicaciones el millar. No diré que los haya leído todos, pero sí la mayor parte.

Hay entre esos libros memorias personales, alegatos polémicos, relatos objetivos, novelas y hasta poemas más o menos inspirados. El libro de Maura pertenece al primer género, lo mismo que el libro de Hernández *Yo fui un ministro de Stalin* (México, 1953)—que estaría mejor si no tuviera la tendencia a literaturizar—o el del *Campesino Comunista en España y antistalinista en Rusia* (México, 1953) o los de Castro Delgado con su tendencia no a literaturizar—en eso está mejor que Hernández—, pero sí a dramatizar y a dar un carácter demasiado personal a los problemas. Los mismos defectos del libro de Hernández tienen los de Alvarez del Vayo, aunque en éste agravados por una

verbosidad exagerada y una pobreza—efecto de inversión—por superabundancia de lugares comunes. Ha habido también libros de memorias de políticos de segundo o tercer orden que al mal estilo, a la falta de sentido interpretativo y a otras lacerias añaden todavía un narcisismo lamentable. Por el hecho de haber sido escritos y publicados la mayor parte de estos libros fuera de España, sus defectos aumentan el lastre de la nave—no muy ágil—de la revolución española en el exilio. Pero mejor o peor seguimos navegando. (No vale la pena citar esos libros ni a sus autores.)

Libros recientes que todos hemos leído con placer: *Mi fe se perdió en Moscú*, de Castro (México, 1951); *La Gran Estafa*, de Eudocio Ravines (México, 1952), que es uno de los libros más densos de sentido psicológico y político y mejor escritos de los últimos tiempos; *La crisis española del siglo XX*, de Carlos M. Rama (México-Buenos Aires, 1960), excelente en su información y en su sentido de perspectiva histórica; *Historia de la Segunda República Española*, de Víctor Alba, bien documentado y con sentido de síntesis política; *Sobre la situación de España*, de Antonio Márquez, libro de temple juvenil y agudo; el libro de Fidel Miró *¿Y España, cuándo?*, cálido y vivaz de expresión, argumentativo y polémico. Juan M. Molina nos ha dado páginas vibrantes de recuerdos de las cárceles de la España fascista en *Noche sobre España*; Manuel Muñoz Díez escribió una biografía sencilla y veraz del último secretario nacional de la CNT en el período peninsular, Mariano R. Vázquez, con el título familiar *Marianet*, ofreciendo a todos nosotros un modelo de heroísmo revolucionario y de buen sentido. Y más libros de Juanel y de García Durán, y de otros que serán recordados siempre.

Hay libros menos recientes que por una razón u otra serán clásicos un día. Y no importa que su acento sea a veces sencillo y sin aparente resonancia. Recordamos, entre otros, un curioso libro muy bien escrito firmado con el seudónimo de "El Lazarillo de Tormes", titulado *España, cuna de la libertad* y publicado en Valencia en agosto de 1938—en uno de los momentos de mayor poderío moscovita en España—, cuando los comunistas creían y querían hacerlo todo. Y lo hicieron todo: incluida la catástrofe, la derrota y la ruina. Ese libro es un agudo análisis de la situación contra los marxistas con sus propios argumentos. Otros libros de ese carácter y más o menos de esa época: *La tragedia ibérica*, de Gonzalo de Reparaz (Buenos Aires, 1938), erudito, divulgador y sagaz. *Cómo terminó la guerra de España*, de J. García Pradas (Buenos Aires, 1940), libro admirable que puso los puntos sobre las íes de un modo desapasionado y veraz en lo que se refiere a la siniestra conjura de la caída de Madrid, *La guerra y la revolución*

en España, de Abad de Santillán (Buenos Aires, 1938) y *Por qué perdimos la guerra*, del mismo autor (Buenos Aires, 1940).

Entre los libros de memorias con poca materia informativa y más énfasis en el culto del mito personal que en los hechos generales o en los intereses políticos, podemos situar algunos libros que han sido bastante leídos, como, por ejemplo, *Un viaje azaroso desde Francia a la Argentina*, de Alcalá Zamora (Buenos Aires, 1942); *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, de José Antonio de Aguirre; *¿Para qué?*, de Juan Antonio Ansaldo (Buenos Aires, 1951); *Memorias íntimas*, de Azaña (Madrid, 1939)—bastante ligeras en cuanto a sentido político y discreción—; Coronel Casado, *Los últimos días de Madrid*, libro tan revelador como el de García Pradas, aunque no tan bueno (edición inglesa de Londres, 1939); general Gamir Ulibarri, *De mis memorias* (París, 1939); el conocido libro de Gorkin *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España* (México, 1941), siempre dentro de la verdad y en su caso con todos los derechos al apasionamiento; *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, de Largo Caballero (México, 1954); *La pequeña historia*, del barroco tráfuga Alejandro Lerroux (Bs. As., 1945).

Es justo—y un poco incongruente—situar entre los libros honestos en defensa de la democracia española uno del obispo de Victoria, Dr. Mateo Múgica, *Imperativos de mi conciencia*, que hoy no extraña seguramente a los jerarcas de Roma, después de los nuevos rumbos liberalizantes (*sic*) de la Iglesia; el libro honesto también, veraz y un poco a la vieja moda, de Ossorio y Gallardo, *La España de mi vida. Autobiografía* (Buenos Aires, 1941); los dos libros más resonantes de Indalecio Prieto, *Cómo y por qué salí del ministerio de Defensa Nacional* (París, 1939) y *Yo y Moscú* en una edición de Madrid de 1955. El importante libro de Zugazagoitia *Historia de la Guerra de España* (Buenos Aires, 1940). Como decía, la mayor parte de esos libros—no tanto este último—son aclaraciones y explicaciones sobre la propia conducta con el objeto de rectificar malentendidos sobre sus autores. Del sector comunista no hay libros. No es extraño, ya que los militantes no pueden publicarlos sin obtener antes el *imprimatur* de la *casa episcopal* y suele haber entre ellos poco gusto por la discrepancia. Como dice Doris Lessing en su novela reciente, *The golden notebook*, el partido comunista está integrado largamente por individuos que no son realmente políticos, pero que tienen un *arraigado sentido del servicio*. Esto se podía decir de todos ellos antes del XX Congreso y de las tremendas acusaciones del partido contra Stalin. Sería de suponer y hasta de desear que las nuevas filas—con los reclutas de los años próximos—tuvieran un espíritu más libre si hemos de creer a Jrushchiov. Nosotros

no tenemos prejuicios ni supersticiones sectarias, pero sí convicciones, y la primera es la de la libertad de juicio.

No hay que decir que de todos estos libros los más interesantes —y los que tendrán mañana un valor de documentos vivos— son aquellos escritos por testigos oculares. Los hay no sólo de españoles sino de escritores de otras culturas y nacionalidades. Releemos con el mayor interés, por ejemplo, algunas páginas de Agustín Souchy *La semana trágica de Barcelona* (Londres, 1937), la *Obra colectiva de la revolución española* (Barcelona, 1937), *El comunismo libertario en las comarcas liberadas* (Valencia, 1937). En otro nivel, *Los grandes cementerios bajo la luna*, de Bernanos (París, 1938); *El batallón Lincoln* (New York, 1939), de Edwin Rolfe; *La historia secreta de los crimenes de Stalin*, de Alejandro Orlov (New York, 1953), que no revelaban nada nuevo a los españoles, pero lo confirmaban con la autoridad de quien había estado en la intimidad del sátrapa. El libro de Orwell *Homenaje a Cataluña* (Londres, 1938), que es discretamente veraz, pero tiene rasgos insospechables e incomprensibles de pequeño burgués y ocasionalmente reacciones infantiles como la de sentirse herido al ver oficiales españoles con el mismo uniforme de los ingleses; *Vida y muerte de una aldea española*, de Eliot Paul, directo, sencillo y con transfondos líricos.

Entre estos libros de testigos conmovidos los hay a veces del otro lado que, sin embargo, no hacen bien alguno a la causa de los fascistas —el primer ejemplo fue el de Bernanos, que tenía un hijo falangista y vivió en Mallorca ocupada por los de Franco—. Donde los partidarios de Franco ponen su mayor énfasis es en el incidente del Alcázar de Toledo, que si debía reflejar alguna gloria sobre alguien sería sobre los republicanos españoles dueños de la ciudad, quienes pudieron ocupar el Alcázar y lo habrían hecho a no ser por consideraciones humanitarias. Había demasiados niños y mujeres con los rebeldes y éstos no quisieron dejarlos salir porque les servían de escudo. Cobarde recurso. Yo estuve algunos días en las cercanías del Alcázar y vi que dado el declive de las entradas a los sótanos (con pavimento de piedra o de cemento), hasta las puertas blindadas, era la cosa más fácil del mundo enviar a los sótanos algunos miles de litros de gasolina y prenderles fuego. Pero la crueldad de aquella medida habría sido mayor teniendo en cuenta la presencia dentro del recinto de población civil. En cuanto a la posibilidad de salvarse del incendio saliendo a los espacios descubiertos de la parte trasera —corrales, establos, etc.— no habría sido posible porque había cuatro baterías de artillería ligera tirando día y noche sobre aquellos lugares descubiertos. Pero *La epopeya del Alcázar*,

de Muro Zegri, *The epic of the Alcazar*, de McNeill-Moss (1939) y cuarenta y tres libros más con títulos parecidos cantan las glorias de Moscardó.

Así como hubo libros extranjeros de primer orden (el de Bernanos, por ejemplo) hubo también inepticias escandalosas y no sólo escritas por los enemigos nuestros, sino a veces también por amigos que maldito el bien que nos hicieron. Entre esas inepticias se puede contar incluso algún libro de políticos españoles —ex ministros y otros altos cargos— y también de agentes interesados de la República en el extranjero.

Hubo casos que nos recuerdan la poca relación que hay entre el intelecto y la vida emotiva, es decir, el orden de los sentimientos y de los valores morales en tiempos y ocasiones en que se trata de poner la vida entera en la empresa. Por ejemplo, nuestro compañero Mauro Bajatierra, a quien conocí el año 1927 en la cárcel modelo de Madrid, se condujo durante la guerra como un héroe, lo que es más meritorio sabiendo que tenía defectos físicos —veía poco y estaba sordo— y de que su edad no era precisamente la más adecuada para vivir en las trincheras. Por si eso no basta, todos sabemos cómo murió y el ejemplo de nobleza revolucionaria que nos dio a todos. Esperó a las fuerzas de Franco en Madrid en espectacular desfile y las recibió con una ametralladora. Estuvo disparando hasta caer él, a su vez. Nuestra devoción por el revolucionario se siente molesta ante la calidad ligera y descuidada de algunos de sus escritos como *Crónicas del frente de Madrid* (Barcelona, 1937). Querriamos que su libro fuera el mejor del mundo.

Hubo quienes estuvieron en el campo de Franco y escribieron con su retórica y acento pero contra él, como Antonio Bahamonde en *Memorias de un nacionalista español*, publicada según creo en México en 1940. Por cierto que había sido hombre de confianza de Queipo de Llano, aquel títere ridículo que en 1935 me decía en el despacho de Joaquín Aznar, director de *La Libertad*: “Yo, con ustedes, a donde quieran. No lo olvide y sepa que lo haré bueno en cualquier momento.” Supongo que entonces no era ya jefe del cuarto militar del presidente de la República o quizá lo era todavía —es igual entre esa gente—. Al decir *con ustedes* quería decir con los opositores de izquierda del régimen. Leyendo muchos libros de esa época de un lado o del otro se advierte con cierta dramática sorpresa lo que había de incierta aventura en la posición política y las convicciones de la mayor parte de los que dirigieron la empresa, especialmente entre los cabecillas que se lanzaron a la criminal aventura de reducir a sangre y fuego al pueblo español y robarle sus libertades.

Otro día seguiremos con este mismo tema, tan vasto y rico de sugerencias y lecciones.

UNA CONFERENCIA DE ROQUE SANTAMARÍA

HACE POCAS SEMANAS, el secretario general de la CNT de España en el Exilio, compañero Roque Santamaría, pronunció una conferencia en la Federación Local de Toulouse, acerca del tema “Lo que el pueblo español necesita de nosotros”. Dada la significación de este militante en las actividades del movimiento y en los trabajos que han dado por resultado la constitución definitiva de la Alianza Sindical, consideramos útil la reproducción de algunas de las partes de esa conferencia. Debemos advertir que ha sido impresa por acuerdo de la Federación Local mencionada.

El tema de esta conferencia, “Lo que el pueblo español necesita de nosotros”, ha sido inspirado por motivos generales que afectan a todos los sectores de opinión antifascista que pugnan por situar al pueblo español en condiciones de discurrir por cauces de coexistencia libre. Así, al hablar como confederal, como militante libertario, las críticas que voy a formular son igualmente valederas para los sectores de opinión ajenos como para los de la propia casa. Su carácter debe interpretarse como genérico y no como parcial.

● Fracasó la Junta Española de Liberación, que debió constituir la base de una acción consecuente y continuada, que debió abrirse perspectivas susceptibles de interesar a todos los españoles de buena voluntad, deseos de proyectar al pueblo español hacia realizaciones acordes con las exigencias de nuestra época. Sobre la base de una obstinación firme en defensa de aquel instrumento de lucha, se habría obtenido llamar la atención de la opinión internacional, entonces favorable, y a partir de ahí, entrar en liza o diálogo con quienes se dispusieran a permitir el fin del fascismo en Europa.

Quizá antes de la J.E.L. habría sido inteligente mantener un instrumento de lucha común inspirado en las coincidencias que unían al antifascismo, de suerte que estas coincidencias y la determinación de luchar por el futuro, con olvido del pasado negativo, nos permitiera establecer la solución de recambio ante una coyuntura favorable. Esta coyuntura fue, sin duda, la que ofreció la derrota del fascismo hitleriano-mussoliniano. Si al término de la guerra el antifascismo exilado, y el que en el interior de España estaba en medida de poder manifestarse, hubiera concluido una plataforma común, una solución de recambio, frente a la dictadura, es más que posible que España habría encontrado su vía de salvación. Se optó, como antes indicábamos, por esperar soluciones externas en lugar de crear condiciones, por politiquear en lugar de actuar franca y decididamente contra el enemigo común.

● Este juego de posiciones y actitudes nos ha conducido sin alternativa a la afirmación de la dictadura fascista que continúa sufriendo el pueblo español, lo que nos coloca en el lugar opuesto al que él mismo estaba, y está en derecho a esperar de nosotros.

¿Es posible aún esta entente? (la de todos

los sectores de opinión emigrados). Para mí, cada día que pasa lo es más, sobre ser más necesaria, y parece llegada la hora de que los hombres hagamos un análisis serio y formal, que nos sitúe en el término justo de la lógica y la capacidad, de la realidad y de la idealidad, de lo inmediato y de lo mediato. El realismo y la objetividad deben prevalecer sobre lo ilusorio y lo demagógico, sobre la especulación que engendra la negación y la inoperancia más lamentables.

● Para mí es evidente que nuestra colectividad sola no puede responder a las exigencias de la situación; que cada sector de opinión por sí mismo no ofrece una solución aceptable por todos; que cada uno de por sí y por separado no puede aspirar a otros resultados más lógicos que los que cuentan como realidades en el momento que vivimos. Entonces se plantea una cuestión, a la que hay que responder de manera consciente y formal. Si solos somos impotentes, incapaces para dar una respuesta constructiva, ¿no es lógico que nos esforcemos en buscar la inteligencia y el acuerdo para una solución común? Si cualquier concepción maximalista, entre elementos de concepciones dispares y antagónicas, es imposible materializarla en el terreno de los hechos, ¿no es elemental estudiar cuanto es susceptible de mancomunarnos y establecer los planes que conduzcan nuestra acción y nos lleven al objetivo inmediato?

Es evidente que el aislacionismo no conduce más que a la esterilidad y que la comunidad de aspiraciones y acción tiene, debe tener, su expresión natural en la aportación sin reservas de cada cual. No es cuestión... de formular ideas elevadas y soluciones idílicas, de aportar sugerencias y proyectos al uso común, para que sean los demás quienes trabajen y ofrezcan su esfuerzo. Una comunidad de intereses implica la aportación masiva de cuanto se es y vale en el orden particular, sin reservas y sin reticencias; honesta y desinteresadamente.

● Por lo expuesto, está claro que mi pensamiento se compenetra con lo que teóricamente proclama mi organización, la CNT, cuando afirma su disposición a combatir unida a los demás sectores antidictatoriales que se oponen al fascismo franquista. Y soy partidario determinado de esta unidad de acción, aparte del sentido utilitario que supone liberar a nuestro pueblo, para que nuestro movimiento viva y asegure su con-

tinuidad histórica, porque mis convicciones ideológicas me ponen a cubierto de complejos de inferioridad vis a vis de otras ideas, porque no temo al contagio del autoritarismo en mis convicciones libertarias.

● No creo razonable la pretensión de que los demás procedan conforme a nuestras concepciones ni que deban seguirnos en nuestras directrices sin renunciar a las suyas propias, de la misma manera que, a la inversa, tampoco sería razonable. He aquí que, así, volvemos al punto de partida; a la conclusión de que hay que proceder de conformidad con lo que nos une, por los medios o métodos que nos sean comunes, y en función de objetivos también comunes.

● Ideológicamente, por libertarios, somos adversarios formales de las prácticas autoritarias. Así definida nuestra condición, no puede ser motivo de sorpresa si nuestra Organización formula reservas, propias de su condición ideológica; de principio, digamos. Nuestras reservas deben ser claras y precisas: la CNT, llegado el momento de aplicar la solución de recambio, no participará en funciones de gobierno, aunque éste sea, como antes indicamos, de transición. Siendo nuestra naturaleza libertaria y nuestra condición sindicalista revolucionaria y popular, nuestro centro natural estará en los Sindicatos y entre el pueblo.

Por principio y por táctica, además, pues en la medida que los intereses del pueblo sean tenidos en cuenta y las garantías de expansión sean observadas por el régimen de transición, la CNT adoptará la actitud corresponsable a tales intereses. La CNT y el M. L. deben constituir la garantía más seria y segura de que el pueblo será considerado y respetado en todo cuanto significan sus intereses vitales. La presión permanente de nuestra acción y de nuestra presencia activa debe ser la garantía de que ese mañana común que debe ofrecerse al pueblo será por todos respetado y estimulado.

Por nuestra naturaleza sindicalista debemos, por otra parte, afirmar nuestra alianza con otras centrales sindicales de carácter evolucionista y revolucionario, entre las cuales debe contar esencialmente la Unión General de Trabajadores. El Pacto de Alianza de hoy, bastante amplio en materia de aspiraciones reivindicativas, debe ser objeto de confirmación y ampliación, si procede, una vez que la CNT y la UGT se reúnan en España, examinen los resultados obtenidos, ausculten las perspectivas y posibilidades futuristas que se las ofrecen y proyecten, a tal tenor, sus planes comunes de acción. En materia de movimiento obrero, nuevos elementos aparecen en el horizonte del futuro español, y parece indicado que a este efecto nos detengamos un poco para

establecer en qué medida el movimiento obrero clásico —el sindicalismo bajo las banderas de la UGT y de la CNT— tiene previsto este nuevo estado de cosas. Nos referimos al movimiento obrero de inspiración cristiana, abierto a las corrientes modernas de la evolución social y progresista, que ha hecho su aparición en la escena española y con el cual habrá que contar.

● Nuestra obstinación en permanecer en el punto de partida, es decir, donde nos encontrábamos al tener que abandonar nuestra tierra a la barbarie; querer desconocer que han pasado los años y que en ese tiempo se han creado nuevas circunstancias y situaciones no previstas entonces, no puede conducirnos a ignorarlas o a negarlas pura y simplemente. Ello equivaldría a lo que se ha dado en llamar "política del avestruz", a esconder la cabeza bajo el ala, lo que según mi concepción de la acción revolucionaria equivale al suicidio. Si deseamos abrir horizontes a una acción revolucionaria práctica y efectiva hemos de tener en cuenta todos los factores que han de concurrir, estimular, frenar o interferir en la acción. Sólo así se puede ser revolucionario y trabajar por la revolución. Cuando se trata de pronunciarse por soluciones a medida, por su comodidad, nos encerramos obstinadamente en precedentes, en historias escritas por hombres que todo lo dieron por la Libertad y la Revolución. Evocamos los nombres más ilustres y nos declaramos, inconscientemente a veces, identificados con ellos. Invocamos a Bakunin, Malatesta y otros precursores, olvidando que ellos fueron precisamente la acción revolucionaria permanente y que, entregados a la acción, jamás rehusaron la lucha so pretexto de que quienes a su lado luchaban no eran anarquistas; jamás reclamaron a quienes con ellos coincidieron en el combate su carta de naturaleza ideológica.

● Nuestra CNT y nuestro movimiento cuentan como factores esenciales; a tal punto, que una inhibición o una actitud negativa, nos situaría ante la Historia como responsables de la supervivencia del fascismo. Hemos dicho en múltiples ocasiones que sin la CNT nada será hacedero y contra ella menos aún. Si ello es cierto, es una razón de más para que nuestra colectividad sienta el peso de la responsabilidad que le incumbe; una razón de más para que nuestra militancia, como las de otros sectores antifascistas, presionen sobre sus representantes calificados para que obvien toda discusión secundaria, para que se afirmen sobre lo esencial, sobre lo que comúnmente interesa a todos los españoles que deseamos, para nosotros y para nuestro pueblo, una era de progreso, dentro de la justicia y la libertad.

Actualidad de España

El "milagro español"

En un alarde propagandístico muy costoso por supuesto, los voceros franquistas alardean del *milagro español*, pretendiendo establecer un paralelo entre el avance industrial y económico de España y el de los países de la Europa Occidental. Los que mejor podrían hablar de tal milagro son los campesinos sin tierra de las regiones centro y sur de la Península y los que habitan los cinturones de miseria de las grandes urbes industriales. Aquellos cuyos ingresos anuales oscilan entre 150 y 200 dólares anuales.¹ Milagro de resistencia en el diario subsistir: 100 pesetas por kilo de carne, de 200 a 300 por un par de zapatos, 1,500 mensuales por un piso un poco decente en cualquier ciudad importante... ¡Y 60 pesetas de salario mínimo!, según declaraciones del propio caudillo hace unos meses.

Un cable de la A.F.P. enviado el 3 de mayo desde Barcelona, informa que "el índice de los precios en España pasó de 102.2 en enero de 1962 a 112.8 en enero del año en curso, según dice el último número de la revista *Indicadores Económicos*, editada por el Instituto Nacional de Estadística". ¡Cuando ellos lo dicen!

El diario *La Vanguardia*, de Barcelona, hizo el siguiente comentario: "Mientras en muchos países europeos el alza de precios puede atribuirse en gran medida a las tensiones provocadas por el aumento de salarios, en España hay que buscar la principal razón en la insuficiencia de la producción agraria, atrasada, y en la estructura de las redes de distribución..."

Los dos más grandes milagros de la España actual han sido el turismo, debido principalmente al bajo nivel de vida² —léase miseria del pueblo— y el Valle de los Caídos que el fanatismo, el odio y el trabajo de esclavos —léase prisioneros políticos— hicieron posible.

Todavía podría citarse otro milagro. Según el senador demócrata de los Estados Unidos Ernest Gruening, "España es un claro ejemplo de un país sacado del marasmo económico gracias a los dólares de los contribuyentes americanos. Franco

debería haber recibido con regocijo nuestras bases como ayuda para combatir el comunismo, al que suponemos que él se opone, y no haber tratado de exigir hasta el último dólar". Y según el senador Richard R. Russel, también demócrata, "...No me acuerdo de la cantidad exacta que hemos gastado para construir esas instalaciones, pero estoy seguro que pasa de mil millones de dólares..."

Prueba irrefutable del *milagro* nos la da *Información Española*, boletín de la Oficina de Información Diplomática, que se edita en Madrid, al informar a fines de junio que en el primer trimestre del presente año las exportaciones habían descendido en forma alarmante en comparación con las del mismo trimestre del año anterior y que los ingresos por concepto de exportaciones, turismo, y giros enviados por los emigrados en general, no alcanzaron a nivelar la balanza de pagos, por lo que las reservas hacendarias habían disminuido en ese período.

Magnanimidad cristiana del Caudillo

Con motivo de la coronación del Papa Paulo VI, Franco hizo gala, una vez más, de sus grandes virtudes y de su profunda fe católica, decretando nuevo indulto para los presos, de cuyo indulto —como en todos los anteriores— fueron exceptuados los reincidentes, los que se les había conmutado la pena la muerte por cadena perpetua (¡cuánta generosidad!), los condenados por graves delitos de rebelión militar, etc.

Franco no engañó a nadie, pues en múltiples ocasiones ha repetido que él no perdona, que nunca dará una amnistía general para los presos políticos. Ello no es óbice para que los voceros del régimen repitan sin cesar que España es uno de los países que tiene menor número de presos, pese a que cualquier intento de organización política clandestina —no se permiten más organizaciones políticas que las que el Gobierno controla y dirige—, la menor protesta, un simple reparo de octavillas, constituye delito de rebelión militar que se paga con muchos años de cárcel. Cabe añadir que los opositores políticos fueron fusilados en cantidad aterradora al triunfar el "glorioso movimiento", medio millón huyó al extranjero, centenares de miles viven (?) permanentemente en régimen de "libertad vigilada", y a pesar de ello son todavía muchos los que penan largas condenas en cárceles y presidios.

¹ Los propios ministros del Gobierno español lo han declarado en más de una ocasión.

² El marqués de Santa María del Villar ha escrito recientemente: "Actualmente el turista viene a España por nuestras bellezas y costumbres y todo porque le cuesta menos venir aquí que ir a otras partes".